Una historia verdadera sobre la fuerza de un joven para superar el horror nazi

EL CHICO DE BUCHENWALD

ROBERT WAISMAN
SUSAN MCCLELLAND

DESTINO

El chico de Buchenwald

Robert Waisman y Susan McClelland

Este libro está dedicado a los miembros de mi familia que fueron asesinados durante el Holocausto y a la memoria de mi queridísima esposa, Gloria

Introducción

> Cuando menciona su nombre, regresan dolores pasados. ¿Que la olvide, dices? ¿Cómo puedes olvidar a un ser humano que aún respira?
>
> SHOLEM ALEIJEM

Recuerdo mis orígenes. Skarżysko-Kamienna, en el centro-sur de Polonia, descansa sobre el valle del río Kamienna. Si trazaras un círculo alrededor de Varsovia, Lublin, Cracovia y Łódź, Skarżysko-Kamienna quedaría justo en el centro. Y, de hecho, así es como nació: alrededor de la estación de ferrocarril que unía dichas ciudades. Skarżysko-Kamienna, a pesar de ser una ciudad pequeña, era conocida por sus industrias, sobre todo las armamentísticas, que en 1939 daban trabajo a más de cuatro mil personas de las diecinueve mil que vivían allí. La Państwowe Wytwórnie Uzbrojenia Fabrykę Amunicji, o Fábrica de Armamento Nacional, producía armas para el ejército polaco. Cuando los nazis invadieron Polonia en septiembre de 1939, confiscaron la fábrica y se la entregaron a un productor alemán, quien la rebautizó como Hugo Schneider Aktiengesellschaft (HASAG). Echaron a la mayoría de los trabajadores polacos y obligaron a los judíos a elaborar munición para la *Wehrmacht*, las fuerzas armadas alemanas, sin salario alguno.

Los judíos llevábamos en Polonia más de mil años, viviendo períodos de una relativa libertad y otros en los que éramos perseguidos. Al inicio de la Segunda Guerra Mundial, Polonia tenía la mayor población judía de todo el mundo. En Skarżysko-Kamienna vivían unos dos mil quinientos judíos, una comunidad a la que llamábamos *shtetl*. Había más de tres millones de judíos en Polonia y muchos otros *shtetls*. La mayor concentración de judíos de Polonia era la de Varsovia.

Cuando mi padre compró nuestra casa a principios de los años veinte en la Maya Tziejo, que se traduciría como «calle del Tres de Mayo» en español, las comunidades judías de Polonia estaban relativamente aceptadas y vivían en paz. Bajo el mando del líder

polaco Józef Piłsudski, los judíos tenían derechos, podían poseer tierras y negocios y ocupar cargos políticos, militares y en las universidades. Skarżysko-Kamienna floreció durante las primeras décadas del siglo XX y atrajo a multitud de inmigrantes judíos, entre ellos mi padre, provenientes de Rusia. La primera sinagoga de Skarżysko-Kamienna se construyó en 1910. Un puñado de años más tarde, se erigió el cementerio judío. Pero Piłsudski murió en 1935, y nada volvió a ser lo mismo.

De todas formas, apenas sabía nada de esto cuando vivía en Polonia. Para mí, Skarżysko-Kamienna era todo bosques y trinos de pájaros, vientos que arrastraban los aromas cálidos y ahumados de nuestra chimenea, y fogones y el olor de los *borsch* y los filetes de ternera que hacían nuestras madres.

Mi padre era mercero y sastre, lo que significaba que confeccionaba sombreros, sobre todo *shtreimel*, un sombrero negro de pelo con un ala anchísima habitual entre los hombres judíos de Skarżysko-Kamienna, y también otro tipo de sombreros, además de trajes.

Mi padre se llamaba Chil, y era un hombre de cara ancha y hombros fuertes, de aproximadamente un metro ochenta, igual que mis hermanos mayores Chaim y Moishe, que en 1939 tenían veintidós y diecisiete años, respectivamente. Mis otros dos hermanos, Motel, de quince, y Abram, de doce, iban camino de alcanzarlos. Y también teníamos una hermana, Rachella, a quien todos llamábamos Leah. Me sacaba ocho años.

A pesar de su imponente aspecto, mi padre nunca levantaba la voz. Todo el mundo lo apreciaba. Los ancianos y los visitantes de Skarżysko-Kamienna acudían a nuestro hogar a oírlo recitar pasajes de la Torá e historias como *Tevye, el lechero*, así como a buscar consejos sobre política, religión y filosofía. Pero, sobre todo, mi padre adoraba a mi madre, Rifka. En verano, caminaban junto al río agarrados de la mano mientras yo correteaba a su alrededor, tratando de cazar mariposas y haciendo rebotar piedrecitas en el agua. En invierno, solía patinar en el río, pero, si alzaba la vista, seguía viendo a mis padres cogidos de la mano, andando todavía, aunque esa vez bien acurrucados bajo un chal de punto que llevaban sobre los hombros.

Para mí, mi madre, mi padre y Skarżysko-Kamienna eran amor, carcajadas y bondad.

Yo era el bebé de la familia. Nací el 2 de febrero de 1931. Vivíamos en una casa pequeña de madera, con un tejado de tablillas. Compartía cama y habitación con dos de mis hermanos. La cocina de mi madre y sus dulces canturreos me arrullaban por la noche, aunque los ronquidos de mi padre solían despertarme.

Mis hermanos eran todos unos fortachones, capaces de superar a

cualquiera en las carreras por el campo y en los partidos de fútbol. Los dos más mayores eran, además, muy guapos, tanto que tenían a todas las chicas enamoradas. Era algo que, incluso de pequeño, captaba y comprendía; las mejillas sonrojadas, un pie adelantado y la rodilla flexionada, las cabezas ligeramente ladeadas cuando veían pasar a mis hermanos. Estaba orgullosísimo de pertenecer a mi familia. Quería crecer para ser como ellos, especialmente como Moishe, que se había matriculado en la universidad para estudiar ingeniería. Le gustaba trastear con cables y estaba construyendo una radio que, según afirmaba, podría llegar hasta América. Yo también quería ser ingeniero.

Mi madre siempre tenía sopa de pollo caliente sobre el horno de carbón, lista para cuando yo volvía de hacer recados. Ayudaba a mi padre a recoger los restos de tela esparcidos por el suelo de la tienda y aguantaba los metros y los cachivaches que utilizaba para tomar las medidas a los clientes. Era el encargado de cargar con la madera hasta la leñera, para que después mis hermanos la partieran. También recogía ramitas de los bosques para el fuego y barría la entrada que daba a la calle, que, a su vez, conducía al centro de Skarżysko-Kamienna, donde se encontraba mi lugar favorito de la ciudad: el cine.

Ah, qué bien cenábamos en casa... Mi familia, así como los invitados que pudiera haber, se sentaba a la larga mesa de roble que mi padre había tallado con sus propias manos y daba sorbos a las copas de vino que mi madre sacaba para tales ocasiones. Cuando las conversaciones derivaban en cuestiones políticas sobre la situación de Polonia, las mujeres dejaban solos a los hombres y a mis hermanos mayores. Mi comunidad judía era muy conservadora. Incluso en la sinagoga las mujeres solían sentarse en el gallinero, mientras que los hombres ocupaban el espacio central.

Uno de mis mejores recuerdos fue cuando Chaim se casó con Golda, la mujer más hermosa que yo había visto en la vida. Tenía los cabellos rizados y negros como el azabache, y uno de los rizos le caía sobre la frente como una interrogación invertida. Sus manos eran finas y delicadas, y bailaba y bailaba por el cuarto mientras cantaba canciones tradicionales en yidis o contaba historias. Me recordaba a un cisne. Estaba prendado de ella. La quería tanto que hasta le pregunté a mi padre si Golda podría ser mi novia cuando el *schadchen*, el casamentero, organizara mi matrimonio. Pero yo no era más que un crío, y Chaim era un hombre. Justo había acabado los dos años de servicio obligatorio en el ejército polaco, y había continuado como oficial mientras desempeñaba varios trabajos ocasionales, como construir vallas o reparar casas. Chaim le podía a ofrecer a Golda mucho más que yo, me dijo mi padre. Suspiré y reprimí las lágrimas, pero al final me contenté con la idea de que Golda siempre formaría

parte de mi vida al ser la esposa de Chaim.

En su boda me harté a comer: jalá, pescado *gefilte*, repollo relleno y estofado de pollo. Luego bailé la hora, venga a dar vueltas, antes de separarme para seguir comiendo hasta desvanecerme por pura fatiga en la mesa y hundir la cabeza en un bol de fruta en almíbar y *smetana*. Cuando me desperté, con el flequillo pegajoso por la miel, todo el mundo danzaba en el jardín trasero, así que me puse en pie y me uní a ellos.

Cuando eché la vista al cielo, era como si las estrellas bailaran con todos nosotros.

Entre 1939 y 1945, olvidé todos esos recuerdos, lentamente. Cuando por fin los recordé, vinieron a mí fragmentados, inconexos, como las telas que mi madre recogía para remendar las colchas.

El 1 de septiembre de 1939, el ejército alemán, bajo el mando de su *Führer*, Adolf Hitler, y el partido nazi, invadió Polonia. La *Wehrmacht* tardó algo más de un mes en dominar el país.

Los nazis nos arrebataron a los judíos todos nuestros derechos.

En 1941, mi familia y yo nos vimos obligados a abandonar nuestro hogar y mudarnos a un barrio judío que casi todo el mundo asimilaba a un gueto. Skarżysko-Kamienna se convirtió en lo contrario al amor y, con la oscuridad que se cernía sobre nosotros, me olvidé de mis orígenes.

Oculté muchísimas cosas, las encerré en una caja fuerte de mis adentros. Supongo que no me quedaba otra.

Mi buen amigo Robert Krell, un psiquiatra jubilado que había sido un niño judío oculto durante el Holocausto, me dijo una vez: «Cuando solo piensas en sobrevivir, ¿de verdad crees que te puedes permitir el lujo de recordar?».

Durante años, cuando aún no era más que un niño, vivía minuto a minuto, sin tener del todo claro si el guardia que tenía al lado se estaría preparando para matarme. No sabía tampoco de dónde saldrían las próximas sobras para comer, ni siquiera si llegaría a recibirlas. No sabía en quién podía confiar ni quién sería el hombre —o el niño— que me delataría. Me sentenciaron a muerte muchísimas veces, pero siempre me escapaba por los pelos del destino que sí sufrieron tantísimos otros.

La primera vez que me decidí a contar mi historia fue en 1984, cuando James Keegstra, un maestro de Alberta, Canadá, les relató a sus estudiantes que lo que me pasó a mí, ese terrible período de la historia humana que ha llegado a conocerse como Holocausto (o, como los judíos lo nombran en hebreo, la Shoah), no existió.

Desde 1939 hasta 1945, de los más de nueve millones de judíos

que vivían en Europa, se estima que unos seis, incluido un millón y medio de niños, fueron asesinados por los alemanes, generalmente con métodos bárbaros y sádicos, desde las cámaras de gas hasta brutales experimentos médicos. Los nazis nos torturaron y, directamente, nos masacraron. En 1945 había muerto el 90 % de la población judía de Polonia. Algunos fallecieron al lanzarse a las vallas electrificadas que rodeaban los campos donde nos tenían recluidos. Habían tirado la toalla.

Yo estuve allí. Yo fui uno de los niños que sobrevivieron al Holocausto.

Fui, sobre todo, obrero, un esclavo en una fábrica de munición que preparaba armas para los soldados alemanes durante gran parte del Holocausto y, más tarde, cuando cambiaron las tornas de la guerra en detrimento de los alemanes, me metieron en un vagón de ganado desde Polonia hasta Alemania, y acabé en el campo de concentración de Buchenwald, a las afueras de Weimar. El 11 de abril de 1945, el ejército estadounidense llegó y me liberó. No estaba solo. En aquel campo, ocultos entre los veintiún mil supervivientes, había mil niños como yo.

Cuando empecé a contar esta historia, hablaba en voz baja, vacilaba. Poco a poco fui ganando confianza y me expresé en medios de toda América del Norte, luego en Europa y, finalmente, en lugares tan remotos como Australia. Incluso hablé en Alemania.

Y, durante el camino, me pasó algo curioso. Comencé a ver que no solo podía hablar del Holocausto.

Lentamente, igual que mi madre tejía delicados hilos para adornar las sábanas, me di cuenta de que albergaba otra historia en mi interior. Y, antes de seguir, pido perdón. Tengo ochenta y nueve años en el momento en que le cuento esta historia a mi coautora, Susan McClelland. Quizá confunda fechas y, en ocasiones, combine dos personajes en uno. Pero los temas, nuestra transición, la forma en que los niños que lo habíamos perdido todo volvimos a encontrarle sentido a la vida son completamente verídicos. ¿Cómo fuimos capaces de seguir adelante y, muchos de nosotros, de comenzar vidas extraordinarias como doctores, abogados, líderes espirituales, profesores, maestros, padres, maridos afectuosos y abuelos cariñosos y permisivos? No todos lo conseguimos, no te equivoques. Algunos murieron jóvenes y otros lucharon con todas sus fuerzas contra los problemas mentales y físicos que arrastraban. Con todo, la mayoría de los niños de Buchenwald vivimos vidas más que gratificantes. Entre nosotros se encontraba Elie Wiesel, cuyas obras y activismo le granjearon el Premio Nobel de la Paz de 1986. Él fue uno de nosotros, uno de los niños de Buchenwald, como nos apodó la prensa.

En los campos de concentración, a los que nosotros llamábamos

«campos de la muerte», los hombres solían susurrar por la noche: «Si alguno de vosotros sobrevive, debéis contar la historia de lo que ha pasado aquí. El mundo no puede olvidarlo. El mundo jamás debe repetir lo que está pasando».

Algo que tampoco debemos olvidar es que el amor es más poderoso que el odio.

Y que, como descubrí, el amor nos conduce a casa.

1

> Los gatos monteses encuentran hienas, los chivos se llaman uno al otro, allí reposa Lilit y establece su morada.
>
> ISAÍAS, 34:14

El hombre llevaba un largo chaquetón plomizo, ajustado y limpio, adornado con botones cobrizos, una esvástica roja y medallas, que más tarde aprendí que indicaban su rango en las *Schutzstaffel*, también conocidas como SS, una unidad paramilitar del Partido Nazi alemán. El hombre tenía los ojos azul cielo entrecerrados y el ceño fruncido, y me señalaba.

Estaba desfilando con otros hombres hasta la fábrica de munición de Skarżysko-Kamienna, en Polonia. La fábrica se llamaba Hugo Schneider Aktiengesellschaft Metallwarenfabrik, pero todo el mundo la conocía como HASAG.

Trabajé en esa fábrica, igual que otros miles de judíos. Todos éramos esclavos y ninguno recibía ningún tipo de salario. Mi trabajo era estampar las iniciales FES en proyectiles de artillería para la *Wehrmacht*, las fuerzas armadas nazis. Podía llegar a estampar tres mil doscientos proyectiles en cada turno de doce horas, seis días por semana. Cuando empecé en la HASAG, tenía once años. Era 1942. Durante los primeros meses, trabajaba tan duro que la piel de las manos se me irritaba y me sangraba, pero sabía que, si me detenía, me ejecutarían; había visto a nazis y a soldados de otros ejércitos que trabajaban para ellos hacerlo con otras personas. Trabajé y trabajé hasta que las heridas se convirtieron en callos más duros que el cuero de los zapatos.

Solía trabajar durante el turno de mañana, que empezaba a las siete, pero estuve algunas semanas en el de noche.

Mientras marchaba con el resto de los hombres de mi turno, me aseguré de levantar bien alto las rodillas, con la esperanza de mostrarle al hombre de las SS lo sano que estaba. Con todo, el tipo me hizo un gesto para que saliera de la fila. Estaba gritando *«Raus!»*, que

significa *fuera* en alemán. El alemán no era demasiado distinto del yidis, que era lo que yo hablaba en casa con mi familia. Así que ya conocía un puñado de palabras alemanas cuando comencé en la HASAG. Y cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial, hablaba alemán con bastante fluidez.

Controlé el nudo que se me había formado en el estómago y obedecí al hombre de las SS. Se acercó a mí y se paró tan cerca que pude notar su cálido y húmedo aliento en el rostro. Me llegó el olor a huevo y cebolla de su desayuno cuando se arrodilló para gritarme de nuevo *«Raus!»*. Acto seguido, me dio la vuelta y me hundió la culata del rifle entre los omoplatos.

—Camina —me ordenó.

Cerré los ojos con fuerza; sabía exactamente adónde me llevaba: a la camioneta que esperaba al otro lado de la puerta principal de los barracones en los que nos encerraban a los obreros cuando no estábamos trabajando.

También sabía por qué me habían seleccionado. Llevaba un par de semanas sufriendo las idas y venidas de los sudores y escalofríos que me provocaba la fiebre tifoidea. Cuando me bajó la fiebre y descubrí que seguía vivo, sospeché que alguno de los hombres de los barracones, quizá el carnicero *kosher* amigo de mi padre, me habría ocultado bajo montones de paja y me habría dado agua. Verás, los guardias lituanos que trabajaban para los nazis venían a las siete de la mañana y a las siete de la tarde, cuando los hombres del turno de noche y del de mañana se cambiaban los puestos, para asegurarse de que no hubiera nadie escondido ni enfermo. Fuera como fuera, no me habían descubierto.

Al acercarnos a la camioneta, abrí los ojos.

—Otro más —les escupió el tipo de las SS a los que vigilaban la camioneta.

Acto seguido, me ordenó que me subiera a la caja. Había ya unos veinte hombres, todos en los huesos y con la piel azul por la malnutrición, muchos con costras en la cara por las distintas enfermedades que fluían por los barracones igual que el río Kamienna atravesaba Skarżysko-Kamienna. También había algunos amarillentos: los esclavos que trabajaban con ácido pícrico, un explosivo relacionado con el TNT. El ácido pícrico les ponía la piel y los ojos amarillos, hasta que finalmente les destrozaba los riñones.

Sabía que nos llevaban a los bosques para matarnos, aunque primero nos obligarían a cavar nuestras propias tumbas.

—Otra rata —oí que comentaba uno de los guardias.

—Comida para los gusanos.

Me estremecí de miedo y sentí la orina recorriéndome las piernas.

Sabía que me había arriesgado al volver al trabajo cuando aún

estaba pálido y me costaba moverme, pero no me quedaba otra. Si no hubiera regresado, al final se habrían percatado de mi ausencia.

Cuando mi hermano Abram trabajaba conmigo en la HASAG, me pellizcaba las mejillas antes del recuento de las mañanas para que tuviera mejor aspecto y me colocaba cartón en las suelas de los zapatos para que pareciera más alto y mayor. A los nazis no les hacía demasiada gracia tener a críos trabajando, por lo que solían despachar a muchos, probablemente para matarlos.

Estaba sentado en la caja de la camioneta, al fondo, echando un vistazo primero a los barracones —largos, grises, negros— y, luego, al cielo que los dominaba moviéndose como humo. Detecté una nube que viajaba mucho más rápido que las demás. Tenía la forma de una isla en mitad de un mar tempestuoso. De repente, los temblores, los escalofríos que me habían calado hasta los huesos, desaparecieron.

Vi una luz, casi como un rayo de sol, algo que, en retrospectiva, debió de ser imposible en un día como aquel.

Sentí algo que me arropaba, como una suave sábana que traía consigo la calma, una paz que no había sentido durante los últimos tres años, antes de que los alemanes irrumpieran en Polonia, la ocuparan y nos la arrebataran.

Iba a morir, pero ya poco importaba.

Empecé a recordar cosas olvidadas desde que había comenzado a trabajar en la HASAG: a mi madre cantándome *Mein Shtetle Belz*. A mi padre abrigándome con su *talit* en la sinagoga, a mí mismo jugando al fútbol con mis hermanos mayores. Incluso oí la voz de mi hermana, Leah, prometiéndome que volveríamos a vernos.

La oscura nube con forma de isla se convirtió en un par de alas, como las de los ángeles. «Azrael», articulé. Pude sentir a Azrael, el ángel que transporta las almas a los cielos, abrazándome con la máxima dulzura, fundiéndome con él.

Me inundaron recuerdos de amor que sabía que me acompañarían fuera donde fuera.

Dejé de aferrarme a la vida.

Oí sonidos místicos de carrillones de viento y campanillas, e incluso un coro.

Exhalé, consciente de que estaba perdiendo el aliento.

Me hallaba en un estado de tal gracia y sobrecogimiento que en un primer instante no noté la firme mano que me agarró del cuello de la chaqueta.

Me estaban sacando de la camioneta.

El alemán que solía venir a la HASAG a vigilar a los esclavos judíos, el que no me cabía duda de que ocupaba una posición elevada en las filas nazis, puesto que los alemanes solían cuadrarse, chocar los talones, saludarlo y exclamar *«Heil, Hitler!»* cuando pasaba por delante

de ellos, era quien me estaba bajando de la camioneta. Cuando los alemanes de Alemania visitaban la fábrica, solía presumir de mí y comentaba lo rápido y lo eficiente que era. Le estaba gritando al tipo armado de las SS que era un obrero demasiado valioso, que trabajaba más rápido que dos adultos juntos. Necesitaba tiempo para recuperarme. Debían salvarme.

La dulce música cesó y mi madre y mi padre desaparecieron.

Azrael también se había marchado, y los oscurísimos nubarrones del cielo habían empezado a escupir lluvia.

2
7 de junio de 1945

> Olvidar a los muertos sería matarlos por segunda vez.
>
> ELIE WIESEL

El tren frenó en seco y me desperté de una sacudida.

Me froté los ojos y miré por la ventana. Las nubes se deslizaban por delante de los rayos del sol y proyectaban larguísimas sombras sobre lo que parecían interminables kilómetros de campos de trigo. Se me había dormido la mano izquierda por haberla tenido debajo de la pierna. La meneé hasta que sentí cómo volvía a la vida, alargué el brazo y abrí el cierre de la ventana. Abram Chapnik, a quien yo llamaba Abe, estaba sentado delante de mí. Se puso en pie de un salto y los dos nos asomamos para respirar el fresco aire de Francia.

Ambos nos quedamos callados, escuchando los trinos matutinos de los gorriones, un cuervo graznando en la distancia y los rebaños de vacas mugiéndose las unas a las otras.

Cerré los ojos y alcé la cabeza al cielo.

—¡Mira! —exclamó Abe—. ¡Que mires! —repitió, y me dio un golpe en el tobillo.

—¡Ay! —grité, y abrí de golpe los ojos.

Había sacado los puños por puro instinto, listo para arrearle.

La última vez que le había pegado había sido en el campo de concentración de Buchenwald, justo cuando la primavera empezaba a asomar la cabeza. Por la noche, un viento cortante se colaba por los agujeros de los muros de nuestro barracón. Sobre nuestras cabezas se oían los zumbidos y ruidos de las aeronaves.

—Aviones de guerra americanos —susurró Yakov Nikivirov, también conocido como Jakow Goftman.

Jakow era un tipo fornido, artista del Circo de Moscú o del Teatro Bolshói, nunca tuve claro de cuál de los dos, y nos había metido a Abe y a

mí bajo su ala. Justo el día anterior, nos había dicho:

—Los americanos están cerca, soltando bombas sobre Weimar.

Algunos de los miembros de los movimientos clandestinos de Buchenwald, nos siguió contando Jakow, habían subido a los tejados de los barracones en las zonas más profundas del campo y habían escrito la palabra SOS *con bandejas de cocina robadas a los nazis, para así avisar a los aviones estadounidenses de que no nos bombardearan.*

Weimar, a unos ocho kilómetros de allí, estaba siendo pasto de los bombardeos. Solían enviarse prisioneros de Buchenwald a la ciudad después de las incursiones nocturnas de los estadounidenses para limpiar las ruinas de los edificios destruidos que obstruían las calles. Todo el mundo clamaba por ir, porque los residentes de Weimar solían ofrecer comida. Abe y yo habíamos ido en un par de ocasiones. La primera vez, una mujer alemana me había dado media hogaza de pan; la segunda, a Abe y a mí nos dieron un poco de queso y una botella de leche.

Jakow era un hombre enorme, prácticamente un gigante, y tenía un mostacho que se le rizaba en los extremos. Fue él quien nos habló del campo y de los presos políticos, como Wilhelm Hammann, que era el Blockleiter*, el líder del Bloque 8, nuestros barracones. Abe y yo lo llamábamos Willy el Alto, aunque no lo fuera en absoluto. Willy el Alto había sido profesor y miembro del Partido Comunista Alemán, regidor de un pueblo y parlamentario por la provincia de Hesse. El líder del Partido Nazi, Adolf Hitler, era un fascista, lo que significaba que era un dictador. Los comunistas, nos contó Jakow, creían en la igualdad de todos. Los comunistas eran el polo opuesto a los fascistas. Willy el Alto, como muchos otros comunistas, llevaba en prisión desde que los nazis se hicieron con el poder en Alemania en 1933.*

Durante la noche de aquella campaña de bombardeos por parte de la aviación estadounidense, Abe estaba imitando el sonido de los aviones cuando BUM, BUUUM, las explosiones. Todos los niños y los hombres del barracón nos quedamos en silencio, salvo Abe.

Jakow le espetó que se callara.

El Bloque 8 estaba cerca de la puerta principal de Buchenwald. Éramos una de las construcciones más próximas a los guardias nazis, y no estábamos lejos de los edificios donde dormían los de las SS. Todos sabían que la guerra estaba terminando. Alemania había perdido. Los comunistas del campo habían tenido acceso a cierta información, y Jakow nos había contado que las fuerzas aliadas del Reino Unido y Estados Unidos, así como otro montón de países, estaban golpeando las puertas occidentales de Alemania, mientras que el Ejército Rojo de la Unión Soviética se acercaba por el este.

Todos los prisioneros del campo se estaban comportando lo mejor posible, por miedo a llamar la atención. Dado que los nazis estaban a punto de perder la guerra, no era improbable que nos mataran a todos, que

colocaran dinamita por todo el campo o nos enviaran a marchar sin pausa alguna hasta que nos fallaran las rodillas y cayéramos muertos en el suelo. También corría el rumor de que los nazis habían camuflado algunos de sus bombarderos de la Luftwaffe *como aviones estadounidenses. Cuando el resultado de la guerra estuviera definitivamente decidido, dichos aviones bombardearían Buchenwald para que el mundo entero creyera que los estadounidenses habían asesinado a personas inocentes.*

Pero Abe no dejaba de hacer ruidos de aviones, poniéndonos a todos en peligro. Cuando vi que se había animado aún más, le propiné un puñetazo en un ojo y otro en la nariz.

Y volvería a golpearle allí mismo, en el tren.

—Déjame en paz —le espeté, frotándome el tobillo dolorido.

Abe inclinó la cabeza a un lado y movió varias veces las pestañas que enmarcaban unos ojos chocolate oscuro que le caían en los extremos, lo que siempre le daba un aspecto tristón.

—¿Qué quieres que vea? —suspiré, notando cómo se me relajaban las manos.

Abe sacó la cabeza por la ventana y señaló hacia un punto avanzado junto a las vías. Un grupo de hombres se aproximaba hacia nosotros. El humo de sus cigarrillos se remolinaba en el aire. Llevaban boinas negras y azules. A medida que se acercaban, vi rostros curtidos y ropas ajadas; eran granjeros y hablaban entre ellos en un idioma que no había oído en mi vida.

—Francés —susurró Abe, leyéndome la mente—. Son franceses.

Los hombres hacían gestos en dirección al tren. Uno de ellos, con unas mejillas altas y afiladas y el cabello negro como el carbón, clavó la mirada en mí. Estaba rojo como un tomate y tenía los ojos encendidos. Me dirigió unas palabras que no fui capaz de entender. Me quedé sin aliento y, de súbito, me dolieron los pulmones. Creía que me iba a desmayar. Me di la vuelta para intentar recuperar el equilibrio y me pareció como si las paredes del tren giraran sin parar a mi alrededor.

Ya no me llegaban los aromas del campo, sino hedores de residuos humanos y podredumbre, sudor, sangre y vómito. No iba en un tren camino de Francia, sino en uno de Częstochowa, Polonia, a Alemania. Éramos cientos los judíos apiñados en vagones usados para el transporte de vacas y caballos. Estábamos totalmente apelotonados en coches de madera sin asientos, moqueta, aislamiento ni sistemas de calefacción, donde apenas teníamos espacio para girarnos, y mucho menos para sentarnos.

Nos transportaban sin comida ni agua, a veces durante jornadas de

hasta cinco días. Cuando el tren se detenía, algo bastante frecuente, para permitir el paso de trenes de munición y suministros de guerra, los guardias armados abrían las puertas y nos exigían que les entregáramos los cadáveres. Los ancianos recitaban el kadish*, un rezo en honor a los muertos, mientras sacábamos los cuerpos —nadie podía cerrarles los ojos a los que habían fallecido, tal como dictaba la tradición judía— y, acto seguido, todos espirábamos al ver que teníamos más espacio para movernos.*

—¡Baja de la luna! —me gritó Abe.

Sentí las palmas de sus manos martilleándome las mejillas. Tosí y comencé a tomar grandes bocanadas de aire, consciente de que me había desmayado y de que posiblemente había dejado de respirar. Con los ojos aún cerrados, busqué a ciegas la mano de Abe y se la apreté con fuerza. En ese momento, Abe me susurró al oído una oración en yidis:

—Nuestro Dios, señor del universo. Escucha nuestra plegaria...

Estaba comenzando a tranquilizarme y a abrir los ojos cuando oí golpes secos contra los laterales del tren. Eché un vistazo por la ventana y vi que los franceses nos estaban lanzando piedras. Una, del tamaño aproximado de un huevo de ganso, entró volando por nuestra ventana y chocó sonoramente contra el extremo del vagón. Volví sin perder un instante a mi asiento, me hice un ovillo y me tapé los oídos con las manos para bloquear el ruido.

Levanté un brazo y tiré a Abe de la camisa para que se sentara.

—¡Déjame! —exclamó—. Los franceses no saben quiénes somos por la ropa que llevamos. No nos va a pasar nada.

Me di palmaditas en la camisa y los pantalones cortos. Después de que los estadounidenses llegaran a Buchenwald, algunos de los soldados les habían pedido a los comunistas del campo que nos buscaran ropa nueva. Éramos casi mil niños, y todos íbamos con los pijamas del campo de concentración hasta arriba de piojos y posiblemente también de otros insectos, como pulgas, que transmiten el tifus. Alguien encontró un almacén repleto de uniformes, zapatos y botas de las Juventudes Hitlerianas. No había suficientes uniformes para todos, pero la gran mayoría, yo incluido, pudimos cambiarnos los pijamas, que lo más probable era que hubieran pertenecido a gente ya muerta, por ropas que habían pertenecido a asesinos.

—Mira —trató de susurrar, sin éxito, Abe—. Tienes que mirar.

Saqué de nuevo la cabeza por la ventana, poco a poco. Dos de los niños de Buchenwald y el rabino Robert Marcus, el capellán del ejército estadounidense que nos acompañaba, charlaban con los franceses.

—Romek, no estamos en peligro —me dijo Abe—. Los franceses nos tienen más miedo que nosotros a ellos. Odian a los nazis. El rabino les está explicando quiénes somos.

Me relajé y agucé el oído mientras el tren se sumía en el silencio. El francés sonaba como un río con alguna que otra crecida, como el *crescendo* de una sinfonía.

Cuando me recosté de nuevo en mi asiento, entró en nuestro vagón un chico mayor, bajito como Abe pero no tan fornido, con las rodillas algo deformadas y llenas de magulladuras. Se dejó caer en la butaca que había justo enfrente de la mía. Sin esperar a que le preguntáramos, el muchacho empezó a contarnos lo que Abe me había comentado. Supuse por su acento polaco que sería de Cracovia o de Łódź. Debía de tener unos dieciséis años, pero era difícil saberlo.

Abe volvió a tirarme de la manga. Todos, incluido el chico nuevo, sacamos la cabeza por la ventana y vimos a los franceses soltar una carcajada y estrechar las manos de los niños y del rabino. Poco después, un grupo de mujeres francesas cargadas con cestas de mimbre rebosantes de comida se acercaron al tren sonriendo. En aquel tren, de unos ocho o nueve vagones, íbamos 427 niños de Buchenwald. Una organización humanitaria infantil —que más tarde supe que se llamaba Œuvre de Secours aux Enfants, aunque todo el mundo la llamaba OSE— había organizado nuestra salida de Buchenwald. Nos dirigíamos a Francia, pero otro grupo, uno más pequeño en otro tren, iba camino de Suiza. Nuestro tren estaba formado por los niños más pequeños de Buchenwald, y todos acabamos alzando los brazos al aire mientras las mujeres nos entregaban botellas de leche de vaca y de cabra, palitos de pan, manzanas y melocotones.

Al cabo de un tiempo, el tren se puso en marcha de nuevo y tomó una vía secundaria cerca de Metz, en el noreste de Francia. El rabino Marcus recorría el tren explicándonos a todos que pasaríamos allí la noche, por seguridad, hasta que los franceses pudieran identificar en condiciones quiénes éramos y, sobre todo, qué no éramos: nazis.

Durante la noche, algunos de los chicos usaron la pintura blanca que les había dado un granjero y escribieron lo siguiente en las paredes del tren, en francés, inglés y yidis:

Somos supervivientes de Buchenwald.
¿Dónde están nuestros padres?
Somos huérfanos de Buchenwald.

3

Mientras el tren serpenteaba por el interior de Francia, el chico nuevo se nos presentó a Abe y a mí como Salek, Salek Rotschilde. Tenía dieciséis años, nos dijo, o al menos eso era lo que creía. Él, igual que la mayoría de nosotros, no llevaba ningún tipo de control sobre el tiempo. Salek era un muchacho espigado, idéntico a un árbol joven, con unas rodillas que parecían chirriar cuando se movía.

Abe y yo no sabíamos que había otros niños más allá de nuestro barracón de Buchenwald hasta que llegaron los estadounidenses. La mayoría de los casi mil niños estaban escondidos en el Bloque 66, conocido como *Kinderblock*, ubicado en las profundidades del campo, que era, en sí mismo, como una gran ciudad, mucho más grande que cualquiera que yo hubiera visto hasta entonces. Abe y yo ni siquiera éramos conscientes del tamaño de Buchenwald hasta la liberación, cuando nos separamos del grupo durante lo que nos pareció una semana, sencillamente deambulando, como todos los demás, entrando y saliendo del laberinto de edificios, durmiendo cuando estábamos cansados. Fue entonces cuando vi a cientos de niños como yo. Pero era la primera vez que veía a Salek.

Las mujeres francesas volvieron por la mañana con más melocotones, pan y terrones de azúcar para que desayunáramos. Mientras comía, me quedó bastante claro que Salek era un sabelotodo; no dejaba de hablar con la boca llena sobre los distintos movimientos de la resistencia francesa que habían ayudado a los aliados a desembarcar en nuestro continente, a liberar Francia de la ocupación alemana y, finalmente, a derrotar por completo a los nazis. Alemania ocupó Francia desde 1940 hasta 1944, sustituyó banderas francesas por esvásticas e impuso durísimas normas a la prensa y a los medios de comunicación. De igual forma que en Polonia, a los franceses se les racionó la comida y fueron muchos los que pasaron hambre. Pero Francia tenía una sólida estructura clandestina de movimientos de resistencia y espías, según nos explicaba Salek.

—Me apuesto lo que queráis a que los granjeros que pensaban que éramos nazis formaban parte de los partisanos de la resistencia —comentó Salek, escupiéndose restos de pan en la camisa mientras hablaba—. Ahí fue donde se ocultó gran parte de la resistencia, en los campos, con hombres como los que hemos visto reventando puentes, deteniendo a los tanques y las motocicletas alemanes. Cosas de esas.

Empecé a desconectar de lo que Salek estaba contándonos, principalmente porque estaba exhausto. Después de la llegada de los estadounidenses, como si nuestros cuerpos hubieran estado reservando las enfermedades para otro momento, la mayoría de los niños caímos enfermos de varicela, sarampión y otras dolencias. Yo volví a sucumbir a la fiebre tifoidea, pero esa vez me atendieron doctores y enfermeras del Hospital de Evacuación 120, así como antiguos internos del campo con formación médica. En la clínica que habían montado en el campo tenía sábanas limpias, agua fresca para beber y sopa, así como medicamentos que me ayudaban con las fiebres y los sarpullidos. Sin embargo, incluso después del tratamiento, seguía agotado y me pasaba prácticamente todo el día y la noche durmiendo. No tardé en caer rendido, interrumpido solo por el traqueteo del tren a medida que se abría paso por las laderas de las montañas. Fue entonces, en aquel duermevela, cuando me llegó el alboroto de peleas en el tren. La mayoría no eran más que enfrentamientos de palabra, a veces en polaco o en yidis, otras en diferentes idiomas que había ido captando en los campos: húngaro, ruso, lituano y ucraniano.

La cuestión era que nosotros, los niños, no acabábamos de reconocer que la guerra había terminado. Igual que las enfermedades se nos habían presentado cuando nos liberaron, la guerra, para nosotros, no había hecho más que comenzar, y nos estábamos enfrentando los unos a los otros.

Cuando trabajaba en la HASAG, la fábrica de munición, los hombres judíos del turno de noche comentaban que, quien sobreviviera, debía contar nuestra historia, la historia de los judíos. Sin embargo, Jakow nos dijo algo diferente. Nos alertó a Abe y a mí de que, si salíamos de Buchenwald, debíamos ser muy muy cautos.

—La victoria definitiva de nuestros opresores llegará cuando nos enfrentemos entre nosotros —nos había dicho—. Cuando no conocemos más que abusos, nos convertimos en los abusadores, incapaces de sentir más que odio por los demás.

Y eso era lo que estábamos haciendo entonces los niños. Los húngaros se peleaban con los polacos, los polacos, con los rumanos, los rusos, con los ucranianos, y así. Pero no podía hacer nada por detenerlo, independientemente de la necesidad que tuviera de tomar parte por unos u otros.

Los periodistas occidentales escribieron sobre nosotros, los niños que languidecían en Buchenwald semanas después de la liberación del campo, la mayoría aún durmiendo en los mismos barracones donde nos habían encerrado, dedicándonos a robar a las familias de Weimar y sus tiendas, vandalizando hogares y edificios públicos, e intentando matarnos los unos a los otros. Por el campo corría el rumor de que los occidentales nos consideraban unos inadaptados sociales y unos

psicópatas, una palabra que entonces no conocía, pero llegué a comprender que se usaba para describir a alguien con comportamientos antisociales y falta de empatía. Los niños estábamos cargados de rabia e ira. No conocíamos la situación del resto de los judíos de Europa. La mayor parte de nosotros queríamos volver a casa, pero nos dijeron que no podíamos. *«Les enfants terribles de Buchenwald»*, los niños terribles de Buchenwald, rezaba el titular de un periódico. Un grupo de psiquiatras vino a vernos y afirmó que ninguno de nosotros pasaría de los cuarenta. Estábamos demasiado heridos, dijeron. Algunos periodistas incluso llegaron a escribir que los niños de Buchenwald debíamos de ser malvados, duros, revoltosos, agresivos y manipuladores para haber sobrevivido cuando muchos otros habían fallecido. Pero la OSE, esa organización que ayudaba a los niños judíos, creyó que podía echarnos una mano.

Físicamente estábamos para el arrastre, al menos tras la liberación. Cabellos ralos, rostros y cuerpos hundidos por el hambre, pieles grises. Éramos pura desconfianza y sospecha. Corría otra historia por el campo, una sobre otro hombre del ejército estadounidense, el rabino Shachter, que llegó en el primer *jeep* que atravesó las puertas de Buchenwald. A uno de los lados de los portones de hierro se apilaban montañas de cadáveres desnudos de judíos asesinados. El vehículo se detuvo y el rabino se bajó. Rodeó los cuerpos sin despegar la mano del arma que llevaba en el cinturón. Supongo que los estadounidenses, igual que nosotros, estaban constantemente inquietos. Poco después, paró en seco, conmocionado, al ver los ojos saltones —como los teníamos todos— de un niño que lo miraba fijamente. Aquel crío era Lulek, cuando tenía siete años. Se había ocultado entre los cadáveres, temeroso de salir. El rabino agarró al pequeño Lulek y lo alzó al cielo, primero riendo y, después, llorando.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó el rabino Shachter en yidis.

—Soy mayor que tú —respondió Lulek.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Porque puedes reírte y llorar. Yo no soy capaz. Así que dime: ¿quién es el mayor de los dos?

Una de las razones por las que los niños de Buchenwald no nos llevábamos bien era, según nos contó Jakow a Abe y a mí, que Gustav Schiller, el subdirector del Bloque 66, había favorecido a los niños de su país, Polonia. A Gustav lo apodaron «el Verdugo». Formaba parte del movimiento de resistencia clandestino del campo y era el jefe del escuadrón de castigo. Cuando los trenes llegaban, él y Otto, un gigantón comunista ucraniano, animaban a los recién llegados a identificar a los que hubieran generado problemas en los guetos o colaborado con los nazis. Poco después, a aquellas personas se las

encontraba muertas: asfixiadas, según los rumores, por Otto mientras dormían con la ayuda de una camisa o una sábana, o bien ahogadas en una de las letrinas. Gustav parecía odiar a los húngaros, incluso a los niños, y afirmaba que Hungría había entrado en la guerra en 1944, después de quedarse de brazos cruzados siendo testigo del sufrimiento y la muerte de los polacos.

Estaba pensando en Jakow y en Willy el Alto cuando me fui despertando poco a poco.

Abe y Salek seguían dormidos, despatarrados y con las mandíbulas desencajadas. Abe babeaba y Salek roncaba. Miré por la ventana. El tren dejaba atrás pueblos a toda velocidad, algunos aparentemente destruidos, con casas medio bombardeadas y otras cuyos cimientos asomaban entre los escombros.

—Nos acercamos a Écouis —dijo Salek, y yo di un respingo. No sabía que estaba despierto. Salek continuó parloteando sobre la guerra en Francia y ciudades que habían acabado completamente en ruinas.

Yo, sin embargo, pensaba en Polonia, trataba de recordar todo lo posible de mis orígenes, por muy difícil que me resultara. Los recuerdos no eran más que fragmentos efímeros, o bien me visitaban en sueños, pero, en cualquier caso, nunca tenía claro qué era real y qué no. Sí que recordaba que durante mis trabajos en la HASAG, en los trenes y en los campos tuve una visión, un sueño. Había empezado a decirme a mí mismo que aquello no era más que una prueba, igual que la formación de Chaim en el ejército polaco. Chaim me había contado que se había visto obligado a sobrevivir con apenas comida, bajo un frío extremo y buscando la forma de mantenerse alerta en las circunstancias más espantosas para combatir al enemigo. En mi cabeza, había tenido la visión de entrar en casa y ver a papá, mamá, Chaim, Moishe, Motel, Abram y Leah sentados a la mesa, esperándome. Mi madre, con brillo en los ojos, se ponía en pie y gritaba: «¡El bebé lo ha conseguido!».

Abe también se había despertado. A medida que el tren desaceleraba y llegaba a la estación, me ensordeció un alboroto de gritos y vítores que rebotaban contra el cemento de los andenes.

El andén central de la estación estaba hasta los topes de gente: niños subidos a hombros de adultos, bebés en brazos de sus madres y en carritos, hombres trajeados. Todos los que podían nos saludaban.

Salimos en tropel del tren y fue como si nos absorbiera un aspirador.

Perdí de vista a Salek al mezclarnos con los demás niños después de bajar las escaleras al andén. Una vez allí, clavé la mirada en la espalda de Abe hasta que él también se fundió con la muchedumbre.

Empecé a dar vueltas y vueltas con la esperanza de ver a alguien, a quien fuera, a alguno de nosotros o al rabino. A alguien a quien

reconociera.

Un grupo de muchachas francesas clamaban en dirección al tren, rodeando con los brazos a los niños que intentaban bajar, mientras los fotógrafos los asaltaban con las cámaras. La mayoría de los muchachos, comparados con los rostros relucientes de los franceses, tenían un aspecto mustio y abatido, como el de los nubarrones que se cuelan en un pícnic familiar. Algunos trataban de sonreír, pero casi todos estaban tan desubicados como yo.

Comencé a sudar, y apenas pasaron unos segundos hasta que noté la nuca completamente empapada. Eché a caminar hacia lo que creí que era una salida.

A medida que me abría paso entre la multitud, los *flashes* de las bombillas de las cámaras me cegaban y los franceses me lanzaban caramelos a las manos y ramos de gardenias y margaritas a los brazos. No comprendía nada. No entendía a qué venía una bienvenida tan cálida. Durante los últimos cinco años me habían considerado, bueno, no humano.

Cuando finalmente logré salir a la luz del día, me tambaleé hacia una zona con césped, lejos de los demás, sin aliento y confundido, sin tener ni idea de dónde estaba, ni de si seguía vivo. Tal vez aquella era la forma que tenía Azrael de darme la bienvenida al cielo. No sería la primera vez que me creía muerto.

Me apoyé en un chopo, me incliné para vomitar y me deslicé hasta una parte seca del suelo, donde me desmayé.

4

—Oye, tú —masculló el muchacho de la cabellera dorada que le bajaba por los hombros y le formaba un nido de pájaros en la coronilla—. Báilanos algo, judío. ¡Baila!

Se me revolvió el estómago. Los soldados que patrullaban los bosques acabarían oyéndonos: los hurras, las voces, los disparos retumbando en staccato *por el aire. La policía alemana y la polaca, según me había contado mi padre, se pasaban las noches en los bosques, dispuestas a abatir partisanos y judíos a la fuga. Nosotros éramos las dos cosas a la vez.*

—Shhhh —susurré, acercándome un dedo a los temblorosos labios.

El niño rubio me apuntó con la pistola.

—Que bailes, judío. —Masticaba cada palabra con unos dientes manchados de vino.

Él y su cuadrilla de partisanos, un movimiento militar destinado a expulsar a los alemanes de Polonia, estaban sentados en un semicírculo alrededor de una gran fogata que probablemente podía verse desde Cracovia.

Los mayores, prácticamente hombres, estaban todos borrachos, farfullaban, cuchicheaban, canturreaban y gritaban. La cogorza había sido posible gracias al alcohol robado: cerveza, vodka y vino que yo mismo les había ayudado a saquear a primera hora de la noche de los hogares de granjeros polacos o judíos, obligados a abandonar sus casas para mudarse al gueto.

Cuando los muchachos no bebían, se escabullían a los bosques cercanos al pueblo de Bliżyn a cazar ardillas para asarlas y comérselas o buscar armas que pudieran usar contra los nazis.

Aproximadamente un mes antes, mi padre había sobornado, con la alianza de mi madre, a un guardia de los barracones de la HASAG para que me dejara escapar por debajo de la valla electrificada. Durante los breves instantes que duraba el cambio de guardia, alguien apagaba la electricidad.

Mi padre me había dado instrucciones de que marchara hacia el este y encontrara el bosque de Białowieża y a los partisanos judíos. El bosque de Białowieża era un denso océano de árboles donde cualquiera podía perderse durante el resto de su vida. Sin embargo, apenas había avanzado cuando me topé con aquel grupo de partisanos polacos.

Durante las primeras semanas que pasé con ellos, los líderes se

portaron bien conmigo. Me dieron comida y un par de zapatos nuevos. También me ofrecieron una causa: subvertir a los nazis. Pero nunca me comunicaron sus planes. Tenía la impresión de que, en el fondo, no había ningún plan. Lo único que veía era un puñado de adolescentes renegados.

A las pocas semanas, comenzaron a verme como un mero entretenimiento. Era el judío.

—Baila. Baila. Baila..., judío —insistió el chico rubio.

Los demás se habían quedado callados y habían agachado la cabeza, tal vez porque les daba la sensación de que la tontería estaba yendo demasiado lejos.

Una fina capa de nieve cubría el suelo, una nieve que había empezado a fundirse y a convertirse en un barro que me recordaba a los púdines de chocolate de mi madre.

El partisano me estaba obligando a bailar porque quería comprobar si podía moverme lo suficientemente rápido como para esquivar las balas que me disparaba a los pies.

No era más que un juego para él. Una broma.

Saltaba de un pie a otro, exhausto, pero con la velocidad y la energía que me infundía el miedo. Las lágrimas me recorrían las mejillas.

En un momento dado, levantó la pistola y dejó de apuntarme a los pies para centrarse en mi corazón y, acto seguido, en mi cabeza.

Iba a matarme.

Se lo veía en los ojos.

Me desperté resollando, desesperado por coger aire.

Al borde de un ataque de pánico, comencé a darme golpecitos en la cara, el estómago, los muslos y los pies, hasta, finalmente, suspirar tranquilo al comprobar que tenía todas las partes del cuerpo donde debían estar y que seguía vivo. Ya no estaba en los bosques con los partisanos. Estaba en Francia.

A medida que recobraba la respiración y me relajaba, eché un vistazo alrededor de la habitación. Cuando llegamos, los equipos de la OSE nos dijeron que iban a dejar todas las luces encendidas porque la gran mayoría de nosotros teníamos pesadillas, puesto que la oscuridad nos recordaba a los campos, a los guetos, a los trenes... y, en mi caso, también a los partisanos.

La ropa —como casi todos los demás, seguía durmiendo con mi uniforme de las Juventudes Hitlerianas— se me había pegado al cuerpo por el sudor, y tenía la camisa completamente arrugada después de aquella mala noche. La ropa de cama —sí, ahora sí que teníamos— yacía hecha un gurruño en el suelo; lo más probable era que la hubiera tirado a patadas mientras dormía. Con todo, al menos tenía cama. En los campos, antes de Buchenwald, con suerte podía

disponer de sábanas, e incluso en tal caso me tocaba compartir esas telas repletas de agujeros de polillas y marcas de mordeduras de rata.

Después de que hube vomitado y vuelto con el grupo, los niños dejamos atrás la estación de tren y nos llevaron a un sanatorio abandonado, un lugar al que los enfermos iban para recuperarse. Contaba con un gran edificio principal, el más grande que había visto en la vida, donde comíamos en un largo comedor y nos reuníamos con psicólogos y terapeutas que nos ponían a hacer manualidades y a tocar música. Además, hacíamos ejercicios físicos en el patio. La finca disponía de otros edificios más modestos, de una sola planta, donde dormíamos los chicos, lugares que no solo me daban escalofríos a mí, sino también a Abe y a Salek, puesto que nos recordaban a los barracones de Buchenwald. La diferencia era que allí, en Écouis, nuestras literas tenían colchón y había una cama por persona, no una para seis o siete.

En mi edificio, que habían dividido en dos partes separadas por una cortina, dormíamos unos doce chicos de entre catorce y dieciséis años. Salek, Abe y yo estábamos en el mismo lado.

Las persianas dejaban entrar una deprimente luz gris. Oí los primeros trinos de gorriones y jilgueros, y poco después el canto de un gallo.

Escudriñé la habitación y las siluetas de muchachos durmientes, roncando, balbuciendo, sacudiéndose y girándose, como me había pasado a mí. Todos visitábamos ciertos lugares cuando caía la noche. Nadie se escapaba. Las noches, como descubrí por primera vez en el gueto, eran lo que más costaba soportar. Era cuando aparecían los *dybbuks*, espíritus de las almas desterradas, o eso me había contado Jakow. Los quejidos, los gimoteos, los temblores y las lágrimas de personas que dudaban de si aquella noche no sería la última.

—Por la noche se abren puertas totalmente cerradas durante el día —nos había dicho Jakow.

Los judíos íbamos perdiendo la esperanza por la noche, cuando las vocecillas que oíamos en nuestras cabezas nos escupían a la cara todo lo que hubiéramos callado y ocultado durante el día. Las noches deberían haber sido lo que nos había unido más, pensé.

La habitación olía casi tan mal como los vagones de ganado. No acabábamos de creer necesario bañarnos o lavarnos los dientes. Yo ni siquiera me lavaba las manos después de ir al lavabo ni antes de comer. Tenía las uñas completamente negras.

Cuando llegamos al complejo de Écouis, el equipo nos explicó que estaríamos un mes en cuarentena, lo que significaba que no se nos permitía abandonar el recinto. Por lo visto el gobierno francés no se fiaba de que no fuéramos a introducir enfermedades en Francia que sus ciudadanos pudieran coger, así que tuvimos que quedarnos allí

durante treinta días. El equipo de la OSE nos mostró los distintos lavabos. En el edificio principal, los cuartos de baño eran enormes, con suaves suelos de baldosas blancas y unos artilugios parecidos a abrevaderos de vacas, que Salek nos dijo que eran bañeras, en los que podría haber cabido un adulto del tamaño de Jakow. Aquellas bañeras descansaban sobre patas de metal pintadas del mismo tono de blanco que los váteres y los bidés, unos artefactos franceses que, según nos explicó Salek, servían para lavarse las partes íntimas. En mi vida había visto un baño así. En Skarżysko-Kamienna teníamos una letrina construida con madera vetada, y nuestro váter era un agujero en el suelo. Además, nos lavábamos en cubos de hojalata. En los campos también teníamos letrinas, con la diferencia de que los suelos solían estar cubiertos de orina y excrementos.

Abe dormía en la litera encima de la mía, y en un momento dado gruñó y se tiró un pedo; reprimí una carcajada.

Lentamente, saqué las piernas por un lado de la cama y me quité los zapatos para no hacer ningún ruido al caminar. Casi todos dormíamos con los zapatos o las botas puestos. Era lo habitual en los campos.

Me alegré de ser el primero que se despertaba. No quería ver a nadie, y mucho menos al chaval húngaro con cicatrices en el rostro. No hablaba polaco ni alemán ni yidis, y yo no tenía ni papa de húngaro. Cuando se metía en nuestro cuarto, iba directamente a pelearse con nosotros, los polacos. Salek ya se había tenido que curar una herida en la mejilla provocada por un codazo del húngaro que por poco no le saca un ojo.

Me acerqué de puntillas a la puerta del edificio y la abrí despacio. Ya fuera, me puse de nuevo los zapatos.

De camino al edificio principal, me llegaron aromas a café y pan recién hecho. En ese momento me di cuenta de que me estaba muriendo de hambre.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta del edificio principal, una mano cayó pesadamente sobre mi hombro y tiró de mí. Me volví de súbito con los puños en alto. Era Salek.

—¿Qué quieres? —resoplé, y bajé los puños.

Salek se nos había acoplado a Abe y a mí, como si fuéramos un trío con él de líder.

—Vas a mirar la lista —respondió. No era una pregunta. Se refería a la lista que la Cruz Roja estaba reuniendo con los judíos que habían sobrevivido. La mayoría de los supervivientes constaban en campamentos de desplazados repartidos por toda Europa.

—Vas a buscar la lista, ¿no? —repitió Salek—. Te acompaño.

Me agarró del brazo y yo me zafé. Ya no era solo que aquel chaval se hubiera autonombrado líder del grupo, sino que además me

cabreaba que de los cientos de niños que éramos, él siempre pareciera, más que feliz, entusiasmado, como si le ardiera un fuego en la tripa que lo mantuviera siempre a flote.

No moví ni un pie. Clavé en él la mirada. No quería ver la lista. Mi familia estaba a salvo en Polonia, y yo volvería pronto a casa. Pero, por alguna razón, no fui capaz de verbalizarlo.

—Prefiero estar solo —acabé diciendo con un suspiro.

Sin venir a cuento, recordé lo mucho que me gustaban las mañanas en Skarżysko-Kamienna. Salía al jardín trasero a escuchar el sonido del silencio durante las nevadas invernales. En alguna ocasión, el canto de los cardenales rompía la quietud del blanquísimo paisaje. En verano, en medio de la calina que danzaba a mi alrededor, escuchaba los carboneros y perseguía mariposas. Los domingos en Skarżysko-Kamienna, y después de las clases entre semana en la escuela polaca, tocaba ir al *cheder*, la escuela judía, donde aprendía el alfabeto hebreo y leíamos la Torá. Justo había empezado a aprender historia judía y partes del Talmud cuando Alemania invadió Polonia. Poco después, los nazis prohibieron que los niños judíos asistieran al colegio e ilegalizaron las escuelas y las ceremonias judías.

—Cuando acabe la cuarentena, Lulek y Naftali, su hermano mayor, dejarán Écouis y se marcharán a Palestina —comentó Salek mientras entrábamos en el edificio.

Seguí andando hacia la cocina acompañado de Salek, que había pasado completamente de mi petición de estar solo, guiado por el tintineo de platos y las animadas charlas de los cocineros franceses.

—Lulek y Naftali son famosos. —Era como si jamás callara, y yo me asombraba al pensar cómo habría podido desarrollar tantísimos conocimientos enciclopédicos, puesto que él, igual que yo, llevaba años sin ir a la escuela—. Los periodistas que venían a Buchenwald siempre pedían hablar con Lulek y los más pequeños, porque les interesaban sus historias —prosiguió Salek—. A los periodistas les fascinaba que hubieran sobrevivido, ¿sabes?

Conocía la historia de Lulek, pero Salek decidió contármela de todas formas: Naftali se había llevado a Lulek hasta Buchenwald metido en un saco de patatas, dado que no quería que los nazis tuvieran constancia del hermano, por miedo a que lo consideraran demasiado pequeño y lo mataran antes de la primera selección. Cuando se descubrió que en realidad las selecciones corrían a cargo de los grupos clandestinos de Buchenwald, al menos las que se realizaban cuando llegaban los trenes, y que estos protegían a los niños, Lulek acudió en ayuda de su hermano mayor para que los transfirieran a los barracones donde también él estaría a salvo de los nazis.

—Yo no pienso irme nunca de Europa —respondí—. Volveré a Polonia pronto y me reuniré con mi familia.

Por fin había podido decirlo.

—Ah —contestó Salek, y se encogió de hombros—. Vale —añadió, y levantó las manos, como si se rindiera.

Cuando Salek y yo entramos en el comedor, madame Rachel Minc, que era la que estaba al cargo de las listas y la que también nos recitaba poesías por la noche, estaba leyendo la historia de Moisés y su éxodo de Egipto a un puñado de niños que no podía dormir. Tenía al pequeño Lulek en el regazo.

Abe acababa de aparecer y estaba charlando con Salek, tan alto que madame Minc tuvo que detener la historia y girarse hacia nosotros, sobre saltarse las actividades de aquel día para ir a buscar a unas preciosas chicas francesas que habían visto en la estación el día que llegamos. Abe y Salek se dirigieron a una larga mesa próxima a los ventanales del comedor. Abe comentó que quería llegar lo antes posible y prepararse porque, en cuanto el equipo de la OSE dejara la comida en las mesas, empezarían a volar manos y a llevarse todo lo que hubiera a la vista. Eso era lo curioso del hambre: ahora que teníamos comida, nos apresurábamos por comer y, normalmente, nos pasábamos de la raya, temerosos de que se nos volviera a terminar.

Me había rezagado, caminaba algo más lento que los otros, cuando oí una voz a mis espaldas.

—Incluso en la más profunda oscuridad, es posible ver la luz.

El tono era dulce, romántico, casi el de una nana. Conocía esa voz de Buchenwald. Pertenecía a Eliezer, un judío rumano o húngaro (su *shtetl*, en Sighet, estaba ubicado en una zona geográfica que un día formaba parte de Rumanía y, al siguiente, de Hungría). Todos nos referíamos a él como Elie. Era una persona que me fascinaba. Él y su pandilla, que incluía a Naftali y, por extensión, al pequeño Lulek, eran para mí «los Intelectuales», porque hablaban de filosofía y religión, de matemáticas y ciencias. Eran devotos religiosos y le habían pedido al equipo de la OSE comida *kosher*. Querían celebrar el *sabbat* judío, algo que cuando aún vivía en Skarżysko-Kamienna comenzaba los viernes a media tarde con el cierre de todas las tiendas judías. Los judíos iban a la sinagoga durante el *sabbat*, leían fragmentos de la Torá y rezaban.

No todos los muchachos querían recuperar tan deprisa sus hábitos religiosos.

Me detuve y observé la cara larga y ojerosa de Elie.

—¿Qué? —murmuré.

Si Salek era como un árbol joven, Elie era más bien como un abeto marchito.

—Escoger entre la luz y la oscuridad siempre está en nuestras manos —prosiguió.

Sacudí la cabeza despacio. Los demás hedíamos, eructábamos y nos peleábamos. Apenas establecíamos contacto visual, y muchísimo

menos con los de la OSE; no les hacíamos caso y nos movíamos por el recinto con nerviosismo, como prisioneros esperando volver a sus celdas. Y allí tenía a aquel muchacho hablando con metáforas, como si no fuera uno de nosotros ni de lejos.

Elie esbozó una sonrisa y, con el aura de misterio que lo caracterizaba, pasó por delante de mí y se acercó a una mesa al frente de la sala, que por la noche, cuando el resto de las mesas se apartaban a los lados y las sillas se disponían a modo de platea, servía de escenario en el que cuartetos de cuerda y cantantes de ópera actuaban para nosotros. Observé los movimientos de Elie, sus andares vaporosos; era casi como si flotara, como si se tratara de un espectro y sus pies no tocaran el suelo.

—¡Coged comida! —gritó Abe, y me giré hacia él.

Abe y Salek estaban de pie, metiéndose en la boca y, al mismo tiempo, en la camisa y en los bolsillos de los pantalones los trozos de pan que arrancaban de largas hogazas, así como trozos de queso, manzanas, nueces y albaricoques.

—Nos vamos a pasar todo el día fuera, cazando ranas toro —dijo, con la boca llena.

Desde que llegamos, la mayoría de los chicos, y yo no era una excepción, habíamos estado acumulando comida, normalmente bajo las almohadas, incluidos trozos de pastel que envolvíamos en servilletas y acababan espachurrados. Era incapaz de fiarme de los de la OSE cuando afirmaban que podíamos comer todo lo que quisiéramos siempre que nos entrara el gusanillo. De hecho, llegaron a asegurarnos que la cocina jamás estaría cerrada, algo ante lo que yo puse los ojos en blanco.

Salí disparado hasta colocarme al lado de Abe, cogí una rebanada de pan y rápidamente la unté de mantequilla, antes de tragarme varios trozos casi sin masticar, seguidos de un queso maloliente que escupí de inmediato. Para quitarme el mal gusto del queso —camembert, según me dijo Salek—, me metí en la boca tres huevos cocidos a la vez, y acabé con los carrillos inflados como una ardilla.

Una vez que nos satisfizo la cantidad de comida, Abe y yo, así como nuestra creciente cuadrilla, compuesta por Salek y otros dos chicos polacos, Joe y Marek, echamos a andar hacia la salida. A medida que nos abríamos paso por el comedor, desvié de nuevo la mirada hacia Elie. Desde que empecé a trabajar en la fábrica de munición, había sido capaz de desarrollar mis habilidades para escuchar a escondidas, algo que había aprendido por primera vez en casa, cuando los adultos se reunían con mi padre y mis hermanos mayores a hablar de la guerra. Oía mucho más de lo que los demás creían escondiéndome en los lugares más insospechados o fingiendo que estaba concentrado en otra cosa. Sobre Elie, me enteré de que él y

su padre habían estado en Auschwitz, un campo de concentración. El padre de Elie había muerto poco después de que llegaran a Buchenwald.

No estaba prestando atención a nada de lo que pasaba en la sala cuando sentí un golpe seco en la nuca. Me froté la cabeza. Me había empezado a salir un chichón del tamaño de un huevo de tórtola. En el suelo, justo delante de mí, había un cuenco de cereales desconchado. Me di la vuelta y vi al chaval húngaro de nuestro dormitorio guiñándome un ojo desde el otro lado del comedor.

—¡Me lo ha tirado él! —grité, a nadie en particular.

—Vamos —dijo Salek, e hizo lo que mejor se le daba: tomar el control. Me empujó hacia abajo y él y Abe apartaron la comida de una mesa y la tumbaron para formar una barricada, echando por los suelos el mantel de lino blanco, la cerámica y los cubiertos.

Protegido por la barricada, cogí unos cuantos platos y los fui lanzando uno tras otro, igual que las piedras que lanzaba al río Kamienna. No acerté al chico húngaro, pero sí a otros niños, que se unieron a la refriega.

De repente, todas las mesas de la sala empezaron a volcarse. La comida, sin embargo, se protegía convenientemente. Nosotros jamás jugábamos con la comida.

Los cubiertos y la vajilla volaban por los aires. Supuse que lo del queso no era solo cosa mía, porque había más gente tirando aquel apestoso camembert contra las paredes, donde se quedaba aplastado para luego ir deslizándose lentamente hacia el suelo, dejando tras de sí manchas de grasa sobre la pintura blanca.

Era una pelea entre países. Judíos contra judíos. El odio contra el odio.

Maldecía con cada lanzamiento. En mi cabeza, mi objetivo era destruir a mis enemigos, a todos los nazis que me habían asustado, aterrorizado y horrorizado.

—¡Pum, pum! —grité, imitando a Abe, como si los platos que tiraba fueran realmente los disparos de un fusil. Algunos cuencos y platos salían volando por las ventanas abiertas.

Arrojé una salsera con todas mis fuerzas y una precisión inaudita, y la observé volar a toda velocidad por los aires hasta que aterrizó y siguió deslizándose hasta detenerse a los pies de un hombre, el profesor Manfred Reingwitz, uno de los terapeutas de la OSE. El profesor no apartó los ojos de la salsera hasta que se paró. Acto seguido, alzó la vista y me fulminó con la mirada.

—Ven conmigo —me dijo.

—Déjame en paz —le espeté mientras él me arrastraba del cuello de la

camisa por el suelo.

Las manos le olían a tabaco de pipa y a colonia. Era un hombre más bien menudo, y llevaba, a pesar del tórrido calor veraniego, una chaqueta de *tweed* y pantalones largos de algodón. Con todo, y al contrario de lo que podría parecer por su tamaño y las aparentes restricciones de la ropa, era un tipo fuerte.

Alargué los brazos para tratar de zafarme de su agarre, pero fui incapaz.

Me sacó del comedor y tiró de mí a lo largo del pasillo que conducía al despacho de madame Minc. Me las apañé para aprovechar el marco de la puerta, impulsar las piernas y golpearlo en la espinilla, pero no me soltó. Con una superfuerza de la que no lo creía capaz, me levantó por los aires y me lanzó a la silla que había delante de la mesa de madame Minc.

Me acomodé jadeando y le gruñí. Quería pelea. No soportaba verlo tan tranquilo.

El profesor no era un viejo; era algo más joven que mi padre, pero mayor que Chaim. Tenía un aspecto indudablemente sofisticado, como el de los judíos que acudían a la tienda de mi padre desde las grandes ciudades, Cracovia y Varsovia. El profesor, según teorizaba Salek, se debía de haber atrincherado en alguna galería de arte, como el Louvre, donde los nazis habían robado montones de obras.

—Me parece culto, como si conociera a Cézanne y a Monet —me había comentado Salek—. Son pintores famosos, por si no lo sabes.

Los únicos pintores que yo conocía eran Chaim y sus amigos del ejército, que pintaban casas y vallas en Skarżysko-Kamienna.

Eso sí, había algo indiscutible: el profesor no podía tener ni idea de lo que los niños habíamos pasado.

Madame Minc entró en la sala fresca como una rosa, no enrojecida, con una expresión que ocultaba el hecho de que más allá del despacho, en el comedor, había una batalla campal. Al verla me enfadé aún más, porque sus cabellos eran una maraña de rizos negros, como los de Golda. No quería que nadie se pareciera a Golda.

Resoplé cuando me miró y desvié la vista.

El profesor y madame Minc se pasaron un buen rato sin mediar palabra.

Oía a los chicos del comedor profiriendo gritos y maldiciendo, y nos llegaba el alboroto de la cubertería y de platos de cerámica rompiéndose.

—Romek —dijo finalmente madame Minc con una voz dulce. Yo seguí respirando con dificultad—. Romek —repitió.

Cerré los ojos y tarareé una de las canciones clandestinas de Buchenwald, *Los soldados del pantano*.

De nada nos sirven los lamentos,
el invierno pronto pasará...

—Romek, escúchame.

La oí mover la silla y plantarse delante de mí. Sentí su delicado tacto al levantarme la barbilla y girarme la cabeza hasta que nos miramos cara a cara.

—Romek, hemos encontrado a tu hermana. La hemos encontrado. Está en un campamento de la Cruz Roja, en Alemania.

5

Madame Minc me enseñó un trozo de papel.

Sabía que se trataba de la famosa lista.

Me quedé mirando fijamente el texto, tinta negra sobre la blancura del papel.

Reconocí algunas letras, pero tardé poco en verlo todo borroso. Mis entrañas se helaban y se derretían al mismo tiempo.

—Romek, ¿te acuerdas de leer? —me preguntó madame Minc al presentir cuál era el problema.

«No», quise decirle. No. El último curso completo que finalicé fue cuarto. Tenía nueve años cuando dejé de ir a la escuela. Para entonces tenía catorce. En el gueto, un rabino había organizado un *cheder* secreto en el sótano de su edificio, oculto bajo el cemento para que los guardias, y la policía judía de las calles, no nos oyeran. Chaim me había contado que podían llegar a matar al rabino si se enteraban de que nos estaba enseñando plegarias e historias judías. Pero ya está, aquella había sido toda mi escolarización durante los últimos cinco años.

—Mira —dijo madame Minc, señalando uno de los nombres de la lista—. Rachella Leah Wajsman. Nacida en Skarżysko-Kamienna, hija de Rifka y Chil, hermana de Romek. Ese eres tú, ¿me equivoco?

Asentí, enfocando y desenfocando, enfocando y desenfocando.

Al final alcé los ojos y clavé la vista en una mancha amarilla del estuco blanco del techo.

—¿Dónde... dónde está? —balbuceé, con el pulso acelerado.

—En Feldafing, al sur de Múnich. Eso está en Baviera, Alemania —respondió—. Feldafing fue un campamento de verano para las Juventudes Hitlerianas. Los americanos lo convirtieron en un campamento para las personas desplazadas.

—¿Puedo ir?

Tenía la voz temblorosa y la garganta reseca, además de la sensación de estar a punto de vomitar.

—No hasta que termines la cuarentena. Además, necesitarás una identificación en regla, como todos los demás, pero ya nos estamos ocupando de eso.

—Yo quiero ir ya —insistí. Estaba procesando poco a poco la situación. Leah estaba viva. Sería el comienzo de todo; pronto me habría reunido con todos los demás—. No puedo esperar más.

Me puse en pie de un salto y crucé las manos en un gesto de súplica.

—No te queda otra —contestó madame Minc.

Noté la presencia del profesor muy cerca de mí.

—Y, antes de hacer nada, toca cambiarse la ropa —continuó ella.

Sentí la mano del profesor en el hombro.

—No puedes volver a Alemania con esto. —Madame Minc se refería, claro está, a mi uniforme de las Juventudes Hitlerianas—. Para empezar, podrías acabar muerto. En estos momentos, los alemanes que jamás apoyaron a los nazis están deteniéndolos, golpeándolos, torturándolos e incluso matándolos.

El profesor levantó la mano y me acercó un vaso de agua. Di un largo sorbo con las manos temblorosas. Todo se había sumido en el silencio. La guerra de los muchachos había terminado, hasta el punto de que pude oír el tictac del gran reloj de pie del vestíbulo.

—Nathan —susurré.

Dejé el vaso de agua en la mesa y observé la condensación que comenzaba a extenderse desde el fondo, manchando la madera, y pillé a madame Minc también absorta. No hizo ademán de traer un posavasos.

—Mi sobrino —expliqué, echándome las manos a la cara—. El hijo de Golda y Chaim. Estaba conmigo en el granero.

No sé lo que me pasó ni de dónde vino, pero, de igual forma que la condensación del vaso, la historia de Nathan me salió lentamente de las entrañas.

—Cuando a Chaim le llegaron los rumores de que los nazis iban a reunir a todos los judíos del gueto para enviarlos a los campos, huyó con Nathan y conmigo.

Nathan y yo nos escondimos en la caja de la camioneta de Chaim, bajo una gruesa manta que usaba para pintar. Creo que Chaim tenía una camioneta de la HASAG, que era donde trabajaba. Me rogó que no hiciera ningún ruido y que mantuviera a Nathan callado con caramelitos de mantequilla. Sentí la camioneta moviéndose y, a los pocos segundos, deteniéndose. Oí a Chaim hablando con uno de los guardias y el manoseo de papeles, probablemente la tarjeta que lo identificaba como trabajador de la HASAG. Poco después, la camioneta dejaba atrás Skarżysko-Kamienna. Cuando Chaim me dijo que ya podíamos levantarnos, vi que estábamos en pleno campo, aparcados cerca de un granero. Antes de bajar de la camioneta, Chaim me ordenó que me escondiera en el heno hasta que él volviera. Acto seguido, me dio unos cuantos caramelos más para Nathan y me repitió que no hiciéramos ni un solo ruido. Nadie debía saber que estábamos allí. Nathan y yo nos quedamos metidos en el granero durante una noche y un día. Acabé con las piernas agarrotadas y doloridas, pero le

iba susurrando a Nathan al oído historias de los *cheder* y le acariciaba la espalda hasta que se quedaba dormido. Chaim volvió poco después y se llevó a Nathan, pero me dejó a mí.

—Nathan —repetí, y levanté la vista hacia madame Minc—. Tengo que encontrarlo. Debo asegurarme de que está bien. Tengo que irme.

—Romek —me cortó finalmente madame Minc. Se había arrodillado frente a mí—. Romek, lo mejor es que no hablemos de lo que has vivido..., de lo que habéis vivido. Ya es hora de mirar al futuro. ¿Sabes a qué me refiero? ¿Qué te gustaría ser en el futuro?

Incliné la cabeza, la miré a los ojos y me di cuenta entonces de que lo más quería en el mundo entero era contarle a aquella mujer de cabellos rebeldes, a aquella mujer que me recordaba a Golda, mi historia. Quería recordar todo lo que había olvidado.

En su lugar, tomé aire y gruñí que no me importaba nada mi futuro.

—¿No es eso lo que todos pensáis de nosotros, que no estamos bien de la cabeza? ¿Que no tenemos futuro?

—Eso no es cierto —respondieron al unísono madame Minc y el profesor, pero yo ya estaba a medio camino de la puerta, decidido a buscar a Salek y Abe, saltarme las actividades con ellos y salir a cazar ranas toro.

Si no podía contar mi historia, me olvidaría de ella.

Me encontré con Abe, Salek, Marek y Joe sentados con las piernas cruzadas bajo uno de los decaídos sauces llorones del recinto. Me senté justo en el centro, y los demás se fueron turnando para alborotarme el pelo y decirme que me habían estado esperando.

—Por fin te llaman la atención por tu mal comportamiento —comentó Abe, y me dio un golpe en el hombro.

Se aseguró de enfatizar el «tu», como si yo fuera el responsable de todas las peleas.

—No ha tenido nada que ver con eso —mascullé, pero opté por no contarles lo de Leah, principalmente porque seguía algo conmocionado. Se suponía que Leah debía estar en Polonia con los demás, esperándome.

Desde que habíamos llegado, el equipo de la OSE no había movido ni un dedo con respecto a nuestra mala conducta, que incluía quitar la colada —sábanas y colchas— de los tendederos, ponérnosla como si fueran togas y dejarla hasta arriba de manchas de barro y hierba. Un grupo de los mayores se había escapado a París, a pesar de la cuarentena. La mayoría de nosotros no hacíamos ni pizca de caso de lo que nos decían, salvo, claro está, los Intelectuales. En definitiva,

todo se había convertido en una especie de competición no verbalizada para ver quién conseguía hacer reaccionar al equipo. El primer muchacho que se metiera en problemas recibiría una medalla de honor imaginaria.

Los cinco echamos a andar por una trocha que daba a una campiña. Saltamos por un tramo derrumbado de un muro de piedra y nos adentramos en el campo. Atravesamos pastos de varas de oro y dientes de león hasta llegar a un prado, y luego volvimos a tomar otra vereda. A partir de ahí, seguimos caminando con cuidado, en silencio, hasta dar con otro sendero que conducía a un bosque. Empezamos a correr, cada vez más rápido, hasta echar una carrera entre nosotros, quitarnos las camisas a la mitad y atárnoslas a la cintura. Seguíamos como espárragos, con apenas músculo que mostrar, pero manteníamos un ritmo que me gustaba pensar que sería capaz de rivalizar con el de Jesse Owens, el corredor afroamericano del que Jakow nos había hablado a Abe y a mí en Buchenwald. Jesse Owens había dejado en ridículo a Adolf Hitler al ganar cuatro medallas de oro en los Juegos Olímpicos de Berlín de 1936. En Skarżysko-Kamienna no teníamos radio, así que no supe nada de Jesse Owens hasta que llegué a Buchenwald.

El sendero se unía a otro camino de tierra delimitado por margaritas y lavanda, árboles de hoja perenne y sauces llorones. Salek nos recordó que no nos alejáramos de los senderos, porque, al igual que en las playas del norte de Francia, puede que hubiera minas terrestres. A ninguno parecía importarnos. ¿Qué más daba la muerte cuando sabías que ya habías muerto?

Nos imaginamos que éramos soldados del ejército estadounidense y, con palos en los brazos a modo de armas, fingimos que cazábamos nazis. Avanzamos dando vueltas y giros, cruzamos arroyos saltando de pasadera en pasadera y atravesamos sigilosamente árboles caídos cubiertos de líquenes verdiazul y musgo como si fueran puentes.

Encontramos arbustos de cerezas y frambuesas, y, aunque acabamos con los dedos llenos de sangre y magulladuras provocadas por las espinas, comimos y comimos hasta que se nos pusieron las lenguas rojas. Con las tripas llenas de fruta, Abe y Salek empezaron a jugar con los tirachinas que habían creado a partir del interior de neumáticos desechados. Apuntaban a tórtolas silvestres y a cualquier cosa que se moviera por los bosques.

Finalmente, llegamos a un claro y descansamos sobre unas enormes rocas planas. Abe y Marek montaron una hoguera en el centro; Salek y yo encontramos madera seca y, con la ayuda de las cerillas que había traído Abe, hicimos un fuego, donde tostamos el pan que habíamos cogido del desayuno.

Poco después, todos nos quedamos muy quietos, absortos en las

llamas.

En medio de aquella paz, la mente se me fue al tren que nos había llevado desde Częstochowa, en Polonia, hasta Buchenwald, cuando el vagón de ganado ya tenía espacio suficiente como para que nos sentáramos y nos estiráramos, porque gran parte de las personas que habían empezado el viaje habían muerto durante el camino. Un tipo del tren se había hecho con una lata de comida, pero no tenía forma de abrirla, así que encendió un fuego en el suelo del tren y metió la lata entre las llamas, con la esperanza de que el calor reventara la tapa. Me había acercado a calentarme un poco, porque estábamos en enero, hacía un frío que helaba los huesos y lo único que llevaba puesto era el pijama del campo de concentración. La lata explotó y trozos ardientes de carne me salpicaron a la cara. Grité. Por un momento, creí que me había quedado ciego. El dolor físico era el peor que había experimentado en la vida. Me quería morir. Me giré hacia el otro niño del tren, un muchacho peleón llamado Abe, y le pedí que le quitara la tapa a la lata y me la clavara en la vena del cuello para desangrarme hasta morir. Así fue como Abe y yo nos hicimos amigos. Se negó a matarme.

Sin embargo, estaba convencido de que cuando llegara a Buchenwald me seleccionarían para morir. A pesar de que Abe y los hombres del tren no le dieran importancia, tenía la cara quemada. Notaba la hinchazón bajo los ojos y en las mejillas, y el escozor de las heridas. Los nazis me considerarían una persona enferma e incapaz de trabajar.

En el campo, después del recuento, nos condujeron a Abe y a mí hacia una serie de grandes contenedores circulares llenos de un agua lechosa, que, según otro de los prisioneros, era un desinfectante para acabar con los piojos. Después de quitarme la ropa, me ordenaron que me metiera dentro.

Me senté en la tina de metal y me hice un ovillo, temblando y resollando, convencido de que en cuanto el guardia me viera bien la cara me dispararía. Se acercó a mí un tipo vestido con un uniforme azul y una boina negra, y me miró fijamente a los ojos. Era el fin. Con la ayuda de un largo bastón con la forma de una vara de las SS, me hundió y me sumergió el cuerpo entero en aquel líquido.

Me estaba ahogando.

El dolor del desinfectante en las heridas que tenía en la cara era insoportable. Me mordí con tantísima fuerza el labio para no gritar que noté un regusto a sangre.

Pero poco después sentí cómo desaparecía la presión del bastón y floté hacia la superficie. Eché un vistazo alrededor. El guardia se alejaba hacia la tina siguiente para hacerle lo propio a otro prisionero.

¿Había vuelto a engañar a la muerte?

Aquel desinfectante acabó salvándome la vida, puesto que era tan fuerte que me cauterizó las heridas. La cara se me empezó a curar casi de inmediato.

De vuelta en el camino, una bandada de cuervos comenzó a sobrevolarnos y a graznarnos directamente a nosotros, o eso parecía.

Nos pasamos casi una hora caminando, gritando, maldiciendo y matando cosas —sobre todo pisoteando escarabajos y caracoles, porque ninguno de nosotros tenía demasiada puntería con el tirachinas— hasta llegar a un pueblecito. Las casas eran pequeñas, como las de Skarżysko-Kamienna, y estaban llenas de pintura desconchada, grietas y vallas caídas. La pared de una de ellas estaba sujeta por unos andamios.

—Aquí se enfrentaron los aliados y los alemanes —comentó Salek.

Joe, un chico más bien reservado, añadió que él quería ser general del ejército, como George Patton o Walton Walker, los dos del ejército estadounidense. Ambos habían visitado Buchenwald.

—Quiero asegurarme de que lo que nos ha pasado a nosotros... y a este mundo no vuelve a suceder jamás —murmuró Joe.

Examiné las viviendas. Las casas, pensé, igual que los ojos, cuentan historias. Aquellas, a pesar de estar destartaladas y laceradas por la guerra, emitían luz. Algunas incluso parecían felices.

—A lo mejor podemos asustar a los franceses haciéndoles creer que la guerra ha comenzado de nuevo —propuso Abe.

Me volví hacia él. Se había puesto otra vez la camisa de las Juventudes Hitlerianas y marchaba como los soldados alemanes que habíamos visto en los campos: espalda firme y piernas rectas hasta la altura de las caderas. Joe y Salek se habían quedado en calzoncillos y se habían atado los pantalones y las camisas al cuello; según ellos, no querían tener absolutamente nada que ver con aquella ropa. Abe y Salek habían comenzado un concurso para ver quién escupía más lejos.

Cuando entramos en el pueblo, vi unas cuantas bicicletas aparcadas en fila delante de una tienda.

—¿Qué os parece? —pregunté, después de echarle el ojo a una azul.

De repente, recordé que había tenido una bicicleta azul. Papá se la había comprado a un vecino, pero era demasiado grande para mí y los pies no me llegaban a los pedales. Hasta que las piernas me crecieran, me sentaba en el cuadro y movía la bicicleta con los pies. Me pregunté dónde estaría aquella bici en ese momento.

—¿Por qué no? —respondió Abe con picardía, y se acercó a una

pequeña bicicleta roja, pasó una pierna por encima del sillín y la movió hasta la calle.

Cada uno de nosotros cogimos una. Pedaleamos rápido, salimos del pueblo, subimos y bajamos colinas y, en un momento determinado, incluso llegamos a cruzarnos con una familia de patos que atravesaba la carretera.

Anduvimos en las bicis durante lo que me parecieron horas, y, de alguna forma, fuimos capaces de reorientarnos y volver al sanatorio. Cuando llegamos, ya había pasado la hora de la cena y el crepúsculo nos rodeaba como un velo nupcial. En el aire flotaba la música de un concierto de violín. Durante un instante me pregunté si estaría tocando el muchacho húngaro; no el que nos quería pegar a Abe y a mí, sino otro, uno que había robado un violín en Weimar tras la liberación. Se paseaba por el campo tocando para los estadounidenses, y cuando nos metieron en el tren con destino a Francia y nos ordenaron que dejáramos allí todo lo que hubiéramos robado, aquel chico se negó a partir sin el instrumento.

Abandonamos las bicicletas detrás de un palomar.

Los cinco nos dirigimos a uno de los extremos de la finca, donde nos sentamos bajo un sauce llorón y nos acabamos la poca comida que nos quedaba.

Después, nos quedamos allí sentados, hablando lo mínimo, hasta que cayó la noche y los grillos nos ofrecieron una serenata con sus cantos nocturnos.

6

> Cuyos ladrillo negro y rocas calcinadas revelan las bocas abiertas de unas heridas tales que ya no cabe aplicar remedios ni medicinas...
>
> JAIM NAJMAN BIÁLIK, poeta rusojudío

Mis amigos y yo seguíamos hambrientos, así que decidimos dirigirnos al edificio principal y saquear la cocina. Cuando entramos, uno de los chicos polacos de mi dormitorio me informó de que madame Minc me había estado buscando. Abe masculló que había llegado mi hora. Salek me indicó que nos encontraríamos más tarde en el comedor.

Madame Minc me hizo sentar de nuevo en aquel ancho sillón, mientras ella daba la vuelta al escritorio y removía varios montones de papeles.

—¡Aquí está! —anunció, antes de hundirse en su sillón a juego con el mío.

Tensé los músculos y la boca se me secó al pensar que lo que había encontrado era mi billete para Feldafing.

—¿Conoces a Elie? —me preguntó.

Mi gozo en un pozo. Asentí.

—Está escribiendo sobre sus experiencias —prosiguió, mirándome fijamente a los ojos. Ni siquiera parpadeaba. Por un instante, me pregunté si estábamos llevando a cabo algún tipo de concurso en el que perdía el primero de los dos que apartara la mirada. Fui yo—. Sé que os hemos estado animando a no hablar sobre el pasado, por vuestro propio bien, para ayudaros a seguir adelante, pero tal vez...

Madame Minc me alargó un libro, un lápiz, una goma y un sacapuntas. Abrí el libro; estaba en blanco.

—¿Esto para qué es? —pregunté.

—El profesor cree que a lo mejor te gustaría escribir sobre lo que has vivido, como Elie. Piensa que quizá hemos metido la pata, y que puede que sea terapéutico, e incluso sano, que contéis por lo que habéis pasado.

Estaba tensa, como si el hecho de que relatáramos nuestras historias la asustara. No respondí; mi mente era un hervidero de pensamientos que yo no era capaz de asimilar, pero, por alguna razón, me entraron escalofríos y me puse nervioso.

—Sé que eres listo —continuó madame Minc—. Salta a la vista. Llegarás muy lejos, y muy rápido, en cuanto vuelvas a la escuela. Tal vez, mientras tanto, puedas hacer dibujos de las palabras que no sepas. Cuéntanos tu historia con ilustraciones, o como se te ocurra.

No dije nada.

—Me gustaría mucho que fueras a la escuela —insistió.

—No me lo creo —murmuré.

¿Escuela? ¿Qué escuela? Lo que yo necesitaba era regresar a Polonia con mi familia.

—Está bien. Ya hablaremos de la escuela cuando estés preparado. De momento, intenta dibujar tus experiencias... sobre Nathan —añadió, acercándome aún más el libro, el lápiz y la goma.

Salté en cuanto mencionó a Nathan. Noté cómo me iba subiendo la temperatura y comencé a respirar sonoramente. Gotas de sudor me recorrían la frente, y estaba preparando los puños. Nathan, quise gritarle, era mío, una de las pocas cosas que seguía teniendo, que seguía poseyendo: mi historia y mis recuerdos de Nathan.

—No vuelva a mencionar el nombre de Nathan —gruñí.

—Lo siento, solo quería ayudarte.

—No necesito su ayuda —mascullé—. Me vuelvo a casa, a Polonia.

Se puso en pie, se plantó justo delante de mí y me puso las manos en los hombros como si fuera a abrazarme. Me estremecí. Me temblaba todo el cuerpo. La última vez que me habían abrazado había sido... ¿cuándo?

Sentía el impulso de apartarla de mí y, al mismo de tiempo, de hundirme en su cálido abrazo, de la misma forma que recordaba hacerlo con mi madre. Quería que madame Minc me prometiera que todo iba a salir bien.

—Romek, debo decirte algo.

La miré fijamente a sus pálidos ojos. Tragó saliva antes de empezar y tomó aire.

—Romek, ya no tienes ningún hogar al que volver —me susurró.

Incliné la cabeza, indicándole que no la comprendía.

—Los alemanes... bueno, entregaron la mayoría de las casas de los polacos a otras familias, o impidieron que se apropiaran de ellas familias judías. Nos llegan informes de Polonia que afirman que algunos judíos que han regresado a sus hogares han sido asesinados por los nuevos ocupantes. La situación en Polonia para los judíos sigue siento extremadamente peligrosa. El país está ahora bajo el control de

la Unión Soviética. No es seguro.

La cabeza empezó a darme vueltas. Me recorría la mente el recuerdo, el sueño que me había permitido sobrevivir a los campos: entrar corriendo en casa y que mi madre anunciara: «El bebé ha vuelto a casa». Estaba absolutamente convencido de que aquella imagen no era tan solo un deseo, sino algo real, una profecía.

Madame Minc mentía, no podía ser de otra manera.

—No es mentira, Romek —me dijo con dulzura—. Ya me gustaría.

—Si lo hubiera sabido —mascullé tras un largo silencio—, me habría rendido. Habría dejado que...

—Ya lo sé, Romek.

Y, por primera vez, sentí que de verdad lo sabía. Que me entendía.

La puerta del despacho de madame Minc se abrió de par en par y uno de los cocineros anunció que había habido otra pelea.

Me tragué sin perder un instante todo lo que había estado tan cerca de salir a la superficie, y me recordé a mí mismo que no podía confiar en nadie en absoluto.

Volví a mi edificio con el libro en blanco, el lápiz, la goma y el sacapuntas bajo el brazo. Los muchachos aún no habían regresado. El aire estaba cargado de humedad. Vi un puñado de luciérnagas al lado de un sauce.

Al pasar por delante de las filas de edificios me percaté, con el rabillo del ojo, de que habían aparecido unos papelitos clavados a las puertas que no había visto antes.

Bajé el ritmo hasta prácticamente detenerme cuando reconocí algunas de las palabras. Eran nombres de ciudades: Łódź, Budapest y Varsovia.

—El equipo ha considerado conveniente asignarnos las habitaciones según nuestra ciudad de origen —oí que comentaba una voz.

Elie siempre aparecía de la nada. Emergió de una de las sombras, se me plantó delante y esbozó una sonrisa triste.

—Creen que si nos juntan por nuestro origen en vez de por edad cesarán las peleas. ¿Qué llevas ahí? —preguntó, señalando el libro.

Respondí de mala gana que me lo habían dado para escribir algo.

—Yo también estoy tratando de escribir —añadió y empezó a alejarse de mí.

—¿Qué escribes? —le pregunté.

Elie se detuvo, se volvió y contestó despacio, con reservas, como si estuviera buscando las palabras adecuadas:

—La locura de los hombres y la muerte... Mi padre... Los campos —respondió, finalmente—. Escribo sobre lo que recuerdo, no solo lo que tengo aquí —dijo, tocándose la cabeza— ni lo que hay aquí —añadió, señalándose el corazón—, sino todo lo que hay entre medias, lo externo y lo que los conecta.

Sacudí la cabeza. Elie hablaba con acertijos, y yo nunca era capaz de comprender del todo lo que significaban sus palabras.

—¿Te gusta escribir? —pregunté. No sabría explicar por qué, pero me gustaba tener su atención.

—Sí —susurró y añadió—: Los de la OSE están haciendo todo lo posible por gestionar algo con lo que ellos... con lo que el mundo... nunca había tenido que lidiar hasta ahora. Es la primera vez, creo, que van a intentar rescatar a un puñado de críos que han sido testigos de lo peor que puede ofrecer la humanidad.

Quise decirle: «Yo me acuerdo de cosas. Tengo sueños y visiones. Me siento culpable por algo».

Pero, en su lugar, contesté:

—Yo no sé qué escribir.

Elie me analizó.

—Creo que muchos de nosotros nos sentimos culpables por estar vivos cuando tantísimos otros han muerto. —Me contó que había oído rumores sobre algunas personas que creían que debíamos de haber sido una panda de críos despiadados y crueles para haber podido sobrevivir—. Nada más lejos de la realidad. No creo que lo que nos ha pasado a nosotros, a nuestros seres queridos y a nuestro pueblo tenga demasiado sentido. Nada lo tiene. La culpa, creo, trata de comprender lo incomprensible.

Se giró de nuevo, dispuesto a marcharse.

—¡Mi familia sigue viva! —exclamé.

Elie volvió a detenerse, pero esta vez no se dio la vuelta. Se quedó callado durante un buen rato.

—Bueno, pues buenas noches —acabó deseándome por encima del hombro.

—¡No sé ni si voy a ser capaz de coger el lápiz! —grité cuando Elie ya doblaba la esquina.

No encontré Skarżysko-Kamienna en ninguna puerta.

—Te ha tocado el edificio de los de Łódź —me informó el húngaro que quería darme una paliza. Di un respingo, asumiendo que, al estar solos, iniciaría al fin la pelea a puñetazos que tanto ansiaba. Pero vi lágrimas en sus ojos—. Supongo que te has enterado de lo de Polonia —balbució—; no se puede regresar.

Asentí. Cuando pasó a mi lado, nuestros brazos se tocaron. Volví

a dar un salto, creyendo que iba a golpearme.

—Lo-lo siento —tartamudeó—. Lo siento mucho.

Finalmente, di con el edificio de los niños de Łódź.

Una vez dentro, repasé las literas hasta que vi mi cepillo de dientes y la pastilla de jabón sin usar que habían colocado en una cajonera junto a uno de los catres. Incluso habían dejado mi comida medio podrida debajo de la almohada.

Me tumbé en la cama y clavé la mirada en los travesaños de madera de la litera que había encima de la mía. Tenía la garganta seca y los ojos vidriosos. Poco después, se desató. Primero fue como un susurro, luego como una marea y, más tarde, como un diluvio. Las lágrimas me empapaban las mejillas, la camisa y la almohada, que agarré y aplasté contra mi rostro para amortiguar mis gritos.

Lloré y lloré, sollozando y gimiendo con tantísima fuerza que no tardé en quedarme afónico y, finalmente, perder la voz.

No podía volver a casa.

Ni siquiera tenía un hogar al que volver, ya no.

Era el único superviviente de Skarżysko-Kamienna.

7

> Los que pueden hacerte creer absurdidades, también pueden hacerte cometer atrocidades.
>
> VOLTAIRE

Me pasé varios días tumbado en la litera inferior; encima tenía a Marek y a mi lado, a Abe.

No disponía de energías ni de ánimos para salir a explorar con Abe, Salek, Joe y Marek, quienes recorrían las praderas y los bosques casi todos los días, se bañaban en los arroyos y echaban carreras por los campos de trigo.

Yo me limitaba a flotar en un duermevela, hasta el punto de no tener claro si estaba despierto o soñando.

Madame Minc y otros miembros de la OSE venían con regularidad a ver cómo estaba, a tocarme la frente y a tomarme la temperatura. No tenía fiebre. Cuando traían al doctor, él también afirmaba que no me pasaba nada, al menos físicamente.

—Yo diría que es algo psicológico —le oí comentarle a un miembro del equipo—. Lo mejor es dejarlo así un tiempo. Si en una semana, aproximadamente, no ha mejorado, ya decidiremos cuáles podrían ser los próximos pasos.

Alguien me dio sopa de pollo, acercándome la cuchara a los labios de una forma que me recordó a cuando mi madre y Leah me cuidaban cuando estaba acatarrado o griposo. Aquel recuerdo me provocó una punzada de dolor.

Leah. Leah era la que siempre ocupaba mis pensamientos. «Necesito estar con ella. Si tan solo la OSE me dejara marcharme...»

El profesor también acudía a verme, se sentaba en un extremo de la cama y hablaba sin parar sobre nada en particular, el tiempo, creo, y los jardines del exterior, y sobre cómo los alemanes habían convertido los majestuosos jardines de flores franceses en huertos cuando ocuparon el país. La comida escaseaba, y las verduras fueron de gran ayuda.

Me habló de Joséphine Baker, una reconocida cantante de *jazz*, que, por lo que entendí, era estadounidense pero vivía en Francia. Había liderado o participado en algún tipo de movimiento clandestino y ahora era incluso más famosa. Diría que el profesor me comentó algo sobre llevarme a París para verla actuar y escuchar *jazz*, un género musical profundamente influido por soldados afroamericanos de la Primera Guerra Mundial que habían decidido quedarse en Francia. El profesor tenía el pálpito de que me gustaría el *jazz*. La música, el arte, las historias y la danza podían abrirse paso hasta las entrañas de las personas, hacerles olvidar las vueltas y los ruidos de sus cabezas y ayudarlas a recordar lo bueno, lo puro y lo real que había en el mundo.

Yo apenas lo escuchaba. Mi mundo estaba hecho añicos. No iba a volver a Polonia y no había nada en mi interior, ningún sueño, que pudiera rellenar ese vacío.

De todas formas, ya fuera madame Minc o el profesor, cuando se levantaban para irse los agarraba de la ropa y exigía saber si ya me habían preparado el billete de tren para ir a ver a Leah.

—¿Se ha terminado ya la cuarentena? ¿Me puedo ir? —les preguntaba con una voz apenas audible que salía de una boca seca y cuarteada.

—Una semana más.

La misma respuesta de siempre. Abe o Salek, y a veces Marek, me traían pan y huevos, y dejaban el plato a los pies de mi cama. Nunca me lo comía. También me acompañaron un par de veces al lavabo, y sabía bien por qué. Les preocupaba que pudiera hacerme daño, como algunos de los niños de Buchenwald tras la liberación. Habían sobrevivido lo suficiente como para saber que no querían seguir viviendo e, igual que los hombres que se abalanzaban sobre las vallas electrificadas, optaron por dejar escapar la vida.

«¡¿No lo entendéis?! —quería gritarles a Abe y Salek—. Si muero ahora, adiós a todo. Adiós al sufrimiento.»

Por alguna razón, sentía que merecía aquel dolor.

Papá nos había dicho que pronto nos marcharíamos del gueto.

—Unos días más —le dijo a mamá—. Cuando los alemanes se enteren de lo que sus soldados están haciendo en Polonia, intercederán y le pondrán fin.

Pero los días se convirtieron en meses y, finalmente, en algo más de un año.

A medida que pasaba el tiempo, las raciones iban menguando. Llegó un punto en que a los judíos nos asignaron unas míseras doscientas calorías por día y persona. El coste por comprar comida extra, ya fuera

una hogaza de pan o unas cuantas patatas, metidas en el gueto por contrabandistas y vendidas en mercados improvisados, estaba mil veces por encima de su precio habitual, y nadie tenía dinero. Los nazis solo permitían que las familias judías dispusieran de doscientos eslotis semanales y dos mil en sus cuentas bancarias. Si no hubiera sido por Chaim, que tenía un permiso especial para entrar y salir del gueto por su trabajo como conductor de la HASAG, nos habríamos muerto de hambre. Recogía huevos y pan de los granjeros polacos que trataban de ayudarnos. Durante los últimos meses del gueto, antes de que lo cerraran en octubre de 1942, la humanidad, en palabras de Motel, se había ido al traste. Había padres de familia quitándoles comida a niños hambrientos en las calles para alimentar a los suyos; la policía judía, escogida por los nazis, controlaba los mercados improvisados y las medicinas, entregando los suministros más necesarios a las personas que les caían bien o a los ricos que los sobornaban, y en algunos casos con métodos más brutales que los de sus cabecillas de las SS. Pero papá, mi padre, no dejaba de decir que todo se arreglaría pronto.

—La gente volverá a sus cabales pronto —decía.

No llegó a arreglarse nada.

Cuando se convencieron de que no iba a salir de la cama a corto plazo, el profesor colocó una silla junto a mi lecho y se sentaba a leerme fragmentos de *Tevye, el lechero*, de Solomon Rabinovitsh, más conocido como Sholem Aleijem, un escritor de comedias judío. Me gustaba que el profesor me lo leyera. Y así fue como empecé a prestar atención.

Durante aquel tiempo no me quitaba a mi padre de la cabeza, todo lo que recordaba de él. Cuando el profesor me leía, me acordaba de mi padre leyéndome aquella historia. Mi parte favorita era cuando la hija mayor de Tevye, Tzeitel, anunció que se iba a casar con su amor de la infancia, Motel. Motel y Tzeitel rompieron la tradición al no recurrir a un *schadchen*. Me gustaba porque Motel y Tzeitel me recordaban lo que era el amor verdadero.

Otro día, cuando los chicos regresaron al dormitorio, los oí hablar de Gustav, de Buchenwald. Se había presentado en Écouis. Quería echarles una mano a los de la OSE con los que él llamaba «sus muchachos». Al equipo de la OSE le fascinó la idea de tener cerca a alguien que los niños conocían y respetaban. Y, desde la llegada de Gustav, todos los niños polacos que habían estado en el Bloque 66 esperaban sus instrucciones. En vez de entrar atropelladamente en el comedor y arramblar con la comida en cuanto la dejaban en la mesa, caminaban, casi a un ritmo marcial, y se sentaban en silencio hasta que Gustav les ordenaba que empezaran a comer. Abe comentó que

los niños polacos que habían estado en el Bloque 66 se comportaban como si siguieran en Buchenwald.

Sin embargo, no todo el mundo se alegró con la llegada de Gustav. Los que no eran polacos querían entregarlo a la policía francesa por los asesinatos que había cometido en el campo. Abe me contó que me había perdido una reunión muy tensa en la que un grupo de chicos había abucheado a Gustav mientras otro montón lo vitoreaba. Las divisiones entre todos nosotros se agrandaban.

Apenas había visto a Gustav un puñado de veces en el campo, y solo tras la liberación. Oí que en los días que precedieron a la liberación se paseaba por Buchenwald con granadas en los bolsillos, atento a cualquier soldado de las SS que estuviera huyendo. Su plan, por lo visto, consistía en detonar las granadas bajo sus vehículos.

De momento, según me explicó Abe, Gustav podía quedarse en Écouis, pero madame Minc y el resto del equipo de la OSE habían sugerido que decidiéramos su destino con una especie de juicio.

Me pasé una semana consumiéndome en la cama, con las extremidades entumecidas, entrando y saliendo de sueños, duermevelas y pesadillas, y despertándome empapado en sudores fríos con el profesor, que parecía no moverse de mi lado, esbozando un gesto de preocupación. Sin embargo, el octavo día, algo hizo clic en mi interior. No podía explicarlo entonces ni sabría ahora, pero estaba famélico. Me zampé una tortilla con albahaca y romero, seguida de media hogaza de pan y tres melocotones. El profesor me dijo que bajara el ritmo, que me iba a sentar mal, pero me moría de hambre. Cuando saqué las piernas por un lado de la cama, me mareé y me tuve que agarrar a la cajonera para no perder el equilibrio mientras trataba de ir al baño.

Cuando volví, el profesor Manfred parecía casi aliviado por el cambio de rumbo de mi enfermedad.

—Has sobrevivido, Romek. Ponte al día con la escuela, sigue adelante con tu vida. Yo voy a ayudarte —anunció—. Deja a un lado toda la tristeza, al menos de momento, y haz que tus padres se sientan orgullosos.

Apenas escuchaba lo que me estaba diciendo. Solo sabía que en algún momento entre todas aquellas pesadillas escogí vivir.

Lo que también me impelió a ponerme en pie fue que durante la semana anterior había estado diseñando una nueva estrategia de supervivencia: si no podía volver a Polonia y reunirme con la familia que me hubiera esperado allí, los buscaría por el resto de Europa. Nos encontraríamos y nos mudaríamos a otra ciudad, tal vez a otro país, un nuevo hogar, una vida nueva. Juntos.

—Es un héroe —comentó el chico, prácticamente un hombre, quizá ya lo era, que estaba sentado en el suelo en una de las esquinas de la habitación.

Salek, acomodado a los pies de mi cama, se acercó a mí y me susurró que el chaval se llamaba Ralph, Ralph Lewin, y que era de Łódź. Otro polaco.

Ralph estaba sentado sobre sus larguísimas piernas. Tenía el pelo negro peinado hacia atrás, con alguna especie de gomina, y el rostro dominado por unos ojazos almendrados que iban pasando por todos los chicos de la habitación. Contaba con unas cejas espesísimas, como los arbustos que limitaban las carreteras secundarias, pero eran negras como el carbón, como su camisa y sus pantalones de algodón.

Todos los muchachos del dormitorio lo estaban escuchando, algunos tumbados sobre sus catres con las piernas y los brazos sacados por cada lado, otros con los codos hincados en el suelo y las cabezas apoyadas en las manos.

—Iósif Stalin, el líder de la Unión Soviética —prosiguió Ralph—. Él fue quien nos liberó. Él y las tropas rusas acabaron con la guerra. Es nuestro salvador. ¡Deberíamos apoyarlo!

«¿No nos liberaron los americanos?», quise decir, pero todo el mundo parecía embelesado con aquel tal Ralph, un chaval que aparentaba dieciocho años, si no diecinueve, así que supuse que me equivocaba. Salek se acercó de nuevo a mí y me explicó en voz baja que Ralph había estado en Buchenwald. Al ser mayor, no lo habían obligado a venir a Écouis. Dependía exclusivamente de él, conque optó por viajar por Alemania primero. Junto con otros cientos de muchachos de Buchenwald, me susurró Salek, Ralph había viajado al este, hacia Polonia y Rusia. Sabía que en Buchenwald había discusiones entre el rabino Shachter, que quería que los niños fuéramos a los países democráticos del oeste, y los comunistas del campo, que animaban a los mayores a regresar a sus países y ayudar al movimiento socialista.

—Es un activista..., un comunista —añadió Abe. Estaba sentado en el suelo, justo delante de mí, asintiendo con la cabeza mientras Ralph hablaba, como si ser un «activista» fuera algo positivo.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Joe a pleno pulmón. A Alemania, quería decir. Al frente.

—No tardaré en marcharme a Alemania —anunció Ralph.

Tenía unos aires similares a los de Salek: un sabelotodo, alguien en quien yo no acababa de confiar del todo, pero me llamaba la atención. No era solo por ese carisma que parecía embelesar a los demás muchachos. Ralph volvería a Alemania, y yo quería irme con él.

—Si os hacen alguna foto, me las puedo llevar a los campamentos

de personas desplazadas y repartirlas —añadió Ralph—. Después de Alemania, regresaré a Rusia.

Me apoyé en un codo para verlo mejor. Me había ganado del todo. Quería irme con él y buscar a Chaim. Mi hermano me había dicho que, en cuanto supiera que todos estábamos a salvo, se dirigiría a Rusia para unirse a otras tropas del ejército polaco que se estaban entrenando allí. Recogería a Leah en aquel lugar llamado Feldafing y los dos partiríamos hacia Rusia a buscar a Chaim. Después, volveríamos juntos a Polonia a por Nathan, y luego a por los demás.

—¿Cómo está la situación en Alemania? —preguntó Marek, antes de acercarse a Ralph y ponerse de cuclillas justo delante de él.

—Asolada por las enfermedades. Los judíos se pudren en los campamentos de personas desplazadas, necesitan comida y atención médica. Todo el mundo, incluso los alemanes, está hambriento, porque la guerra ha destruido muchísimos cultivos y la mayoría de los países no están dispuestos a comerciar con Alemania. Pero los soviéticos, los rusos, están haciendo todo lo posible por echar una mano.

Mientras Ralph hablaba, sus brazos recorrían la sala como si estuviera dándonos un sermón. Era como Jakow en Buchenwald cuando nos contaba historias sobre Rusia, princesas y príncipes que habían vivido en reinos hechos de diamantes y perlas. Jakow tardaba días en acabar con sus historias.

—Mirad —continuó Ralph, terminando de liarse un cigarrillo, aunque ya tenía un par liados detrás de las orejas. Se sacó una pequeña libreta y un bolígrafo del bolsillo de la camisa y, acto seguido, se dispuso a dibujar lo que, según él, era un mapa de Écouis, con un punto donde se encontraba el sanatorio—. Hay una tienda fotográfica justo aquí —dijo, dibujando una gran X en el mapa—. Olvidaos de la cuarentena de marras: id a que os hagan fotos. Pedidle al fotógrafo que os haga doce copias como mínimo, y yo me encargo de repartirlas allá donde vaya, a ver si alguien os reconoce. Escribid vuestro nombre completo y la fecha de nacimiento en el reverso, si es que os acordáis de vuestro cumpleaños, los nombres de todos los familiares que os quepan, hasta de primos lejanos, y la ciudad en que nacisteis y vivisteis. Puede que vuestros familiares os reconozcan y no tengáis que estar aquí esperando encontrarlos en alguna de las listas.

Ralph finalmente se encendió el cigarrillo que había estado liándose y alargó los otros dos a los chicos para que se los fueran pasando. Cuando me llegó el turno, tosí. Era la primera vez que fumaba.

—Stalin es un profeta, el mesías, nuestro queridísimo padre, un hombre de acero —prosiguió Ralph, soltando anillos de humo. Era evidente que era todo un experto.

—¿Y qué pasa con Elías y Moisés? —preguntó Marek—. Son nuestros profetas.

—Mira lo que han conseguido nuestros profetas: una historia cargada de persecuciones, pogromos y, ahora, esta matanza —respondió Ralph con un resoplido, mientras la sala se quedaba sin respiración al oírlo—. El comunismo, el estalinismo..., su forma de pensar... —continuó Ralph—. Stalin tiene todas las respuestas que buscáis. El comunismo defiende la igualdad absoluta. Hombres, mujeres, paganos, judíos, ricos, pobres; todos iguales. Justo lo que Dios quería, salvo por el hecho de que...

Se interrumpió.

—¿De qué? —inquirieron Abe y Salek. Las palabras de Ralph atraían cada vez más a los presentes, como si de un imán se tratara.

—De que Dios no existe —respondió Ralph sin ambages—. Las religiones, todas, separan a las personas, no las unen.

Otro grito ahogado dominó la habitación, seguido de un silencio sepulcral. En los campos había prisioneros que afirmaban que Dios había abandonado a los judíos. También había quienes, a pesar de los horrores, seguían celebrando el *sabbat* como buenamente podían y rezaban. Nuestra fe, decía el mampostero que enseñaba geografía en el Bloque 8, era lo único que los nazis no podían arrebatarnos. «Solo vosotros podéis desprenderos de ella», afirmaba.

—Los nazis sí que nos quitaron a muchísimos judíos nuestras creencias... No solo la religión, sino también la confianza en la misma vida, nuestra forma de vivir —susurré, tan bajo que nadie pudo escucharme.

—Los dioses de nuestros campos eran los comunistas que nos cuidaban —acabó diciendo Salek sin demasiado convencimiento. Era como si su comentario hubiera roto el silencio colectivo, y la habitación no tardó en llenarse de ajás y cabezas asintiendo.

Me incorporé y me giré hacia Ralph. Levanté una mano, como si estuviéramos en la escuela. Ralph me miró y asintió.

—Los dioses que yo vi en Buchenwald eran Willy el Alto y Jakow —dije con voz queda, en parte por llevar más de una semana sin hablar y en parte por los nervios de estar diciendo algo incorrecto, algo que sabía que mi familia jamás aprobaría—. Aquellos eran los hombres que nos cuidaban —continué, a pesar de todo—. Nos salvaron.

—Nuestros dioses fueron Antonin y Gustav —añadió uno de los muchachos que había estado en el Bloque 66. Antonin Kalinin era el comunista checo que lideraba el bloque.

—¡Y los mamposteros! —exclamó otro chico, en relación con los doscientos mamposteros judíos que habían construido Buchenwald antes de que los enviaran a Auschwitz. Aquellos hombres, la mayoría

judíos polacos, tenían unas habilidades que los alemanes necesitaban y, por tanto, no temían a la muerte.

—¡Por Gustav, Antonin, Willy el Alto y los mamposteros! —gritó Ralph con el puño en alto.

Los muchachos pataleamos y vitoreamos con Ralph.

—Stalin es nuestro padre. Por Stalin. Defendamos a nuestro hermano Gustav de aquellos que quieren verlo en la cárcel. Nuestro hermano, nuestro hermano, nuestro salvador.

8

> ¡Está en llamas! ¡Hermanos, está en llamas! Dios no permita que llegue el momento en que nuestra ciudad y nosotros mismos acabemos consumidos por las llamas y convertidos en cenizas, como tras una batalla... ¡Solo muros vacíos y desnudos! Y os quedáis de brazos cruzados, observando... ¡Mientras la ciudad está en llamas!
>
> MORDECHAJ GEBIRTIG,
> canción popular yidis,
> *Nuestra ciudad está en llamas*

Mi hermano Abram y yo trabajábamos codo con codo en la fábrica de munición, doce horas al día, de lunes a sábado. El domingo era el día libre de los cristianos, un festivo para los alemanes y, por tanto, también para nosotros, los esclavos.

El resto de la semana, Abram y yo nos encontrábamos con nuestro padre entrando y saliendo de la fábrica de la HASAG. Nunca teníamos el mismo turno.

Los esclavos de la HASAG nos desplazábamos por carreteras bordeadas de cadáveres, que, durante un tiempo, se encargaba de recoger con un carro el rabino Yechiel Feldman y los enterraba en el cementerio judío. Hasta que los alemanes destruyeron el cementerio y el rabino desapareció.

En los barracones donde nos confinaban cuando no estábamos trabajando había piojos, chinches y ratas. Nos bañábamos en un abrevadero de vacas, con agua fría, capaces de poco más que lavarnos la cara. Dormíamos con la misma ropa que habíamos llevado durante el día.

Cuando llegaba la hora de los recuentos, en lo que los alemanes llamaban Appellplatz *y que normalmente tenían lugar sin previo aviso, las SS se encargaban de las selecciones. Señalaban prisioneros y les decían que se movieran a la izquierda o a la derecha. Un lado significaba vivir, una semana más de trabajo; el otro implicaba desaparecer y que nadie volviera*

a verte ni a saber de ti. Aquellos que se esfumaban eran rápidamente reemplazados por camiones de judíos provenientes de otros guetos liquidados, pueblecitos de toda Polonia, y, en última instancia, hombres y mujeres sanos del gueto de Varsovia, personas que trabajarían en las fábricas hasta que apenas pudieran sostenerse en pie por el hambre o las enfermedades.

Abram se contagió de fiebre tifoidea antes que yo.

Tenía la piel ardiendo, pero no dejaba de gemir que estaba helado. Los labios le palidecieron y se le acabaron cuarteando, y el cuerpo se le cubrió de sarpullidos y ampollas. Le pregunté a uno de los hombres del barracón si podía llevar a mi hermano a la enfermería que había cerca de la fábrica; pasábamos por delante cuando nos tocaba marchar, y veía por las ventanas a enfermeras vestidas con uniformes blancos.

Los hombres del barracón me dijeron que la enfermería era para los nazis y los soldados de otros países que trabajaban para ellos, ucranianos y lituanos. Así que escondí a Abram; todos nos ocupamos de ocultarlo tan bien como pudimos.

Lo encontraron los guardias que examinaban los barracones.

Estábamos en la Appellplatz *una mañana antes del trabajo, rodeados de una bruma en aumento. Vi cómo metían a Abram en el carro de madera que usaban los guardias para llevarse a los enfermos y a los moribundos. Salí de la fila y los seguí, con la esperanza de que lo llevarían a un doctor. Sin embargo, lo cargaron en la caja de una camioneta.*

Proferí un grito y corrí hacia Abram. Grité a los guardias que soltaran a mi hermano, que solo estaba enfermo. Que mejoraría. Les supliqué que lo soltaran. Se limitaron a echarse a reír.

Uno de los guardias esbozó una sonrisa y me dijo que se llevaban a Abram a la enfermería, pero sabía que me estaba engañando. Se lo veía en los ojos.

Un hombre de mi barracón al que no conocía se acercó a mí, me rodeó con los brazos y le dijo al guardia que me vigilaría.

—Perdone su salida de tono —repetía el judío, sin dejar de hacer reverencias y de sujetarme con firmeza mientras yo trataba de soltarme.

El hombre me susurró al oído que me callara y me relajara o, de lo contrario, acabaría yo también en la caja de la camioneta.

Observé el vehículo alejarse por la carretera hasta desaparecer en una curva.

El hombre, al final, me soltó. Cuando todos los de mi turno abandonaron la Appellplatz *camino del trabajo, decidí rezagarme. Me senté en un bordillo con la barbilla apoyada en las manos y la aguanieve arañándome el rostro, esperando... esperando...*

Poco después, oí ruido de disparos resonando por los bosques hasta alcanzar los barracones.

Cuando la camioneta regresó, no había nadie en la caja.

Abram ya no estaba.

Comencé a gimotear.

—¡Abram se ha pasado la vida ayudando a los demás! —grité al cielo, a las nubes, a Azrael—. ¿Qué culpa tenía? ¿Qué ha hecho para merecer esto?

Se habían retirado las mesas del comedor, como cuando se aprovechaba el espacio para conciertos y obras de teatro. La diferencia era que el centro de la sala lo ocupaba una especie de tribuna, y no el escenario habitual que acogía a actores y músicos parisinos. Incluso las sillas se habían dispuesto en horizontal, y no en el típico semicírculo alrededor de los artistas. A un lado estaban los Intelectuales, con su líder, un muchacho llamado Menashe Klein, y, por supuesto, Elie. También había en aquel bando algunos que no eran precisamente intelectuales, chicos de varios países, salvo Polonia. Comentaban entre ellos que Gustav debía ser entregado a la policía francesa porque era un criminal y un asesino. También era socialista, y en Francia, con su larga historia democrática, no estaban demasiado bien vistos. Le susurré a Abe que ojalá aquel lado de la sala no conociera a Ralph. En la parte polaca estaban los defensores de Gustav, quienes argumentaban que seguían vivos gracias a él y a sus redes clandestinas. Me senté con mi pandilla y los demás muchachos de Polonia.

Gustav se había colocado al frente, justo en el centro, detrás de una de las largas mesas del comedor. En Buchenwald, como a todos, le habían rapado los cabellos, pero ahora le caían delicadamente sobre los hombros, y lo que más me sorprendió fue que eran de un naranja flameante. A su lado se sentaba madame Minc, que fue la que propuso aquel juicio público, y al otro lado de Gustav esperaba una persona del equipo de la OSE que no había visto en mi vida.

Madame Minc dio inicio al juicio mencionando a Janusz Korczak, seudónimo de un escritor polaco judío de literatura infantil y filósofo llamado en realidad Henryk Goldszmit. La mayoría de los polacos de la sala, entre ellos Salek, asintieron. Salek se acercó a mí y me dijo que la gente lo conocía como Pan Doktor o señor Doctor. Pan Doktor tenía un programa de radio en Polonia y defendía los derechos de los niños. Pan Doktor manifestó en público su rechazo a castigar físicamente a los niños, algo harto habitual no solo entre familias polacas, dijo Salek. Madame Minc estaba comentando que Pan Doktor creía que el desarrollo infantil llegaba a su estado óptimo cuando los niños podían jugar y expresarse, cuando se sentían valorados, escuchados y queridos. También fundó un orfanato infantil que operaba dentro del gueto de Varsovia. Aunque podía haber buscado

refugio, Pan Doktor decidió quedarse con los niños cuando fueron los primeros en ser detenidos por los nazis de las SS y enviados a la muerte a Auschwitz-Birkenau. Yo conocía aquella parte de la historia por Jakow. Según las leyendas que nos había contado, los niños marcharon hacia los trenes vestidos con sus mejores galas, con mochilas azules a los hombros con sus juguetes o libros favoritos. Pan Doktor les dijo a los niños que saldrían del país y serían felices, aunque ya era consciente de sus destinos. Si se creen los rumores, incluso en los últimos instantes, ya dentro de la cámara de gas, Pan Doktor urgía a los niños a divertirse, a alegrarse. Madame Minc utilizó la historia para defender que el juicio de Gustav se basaba en las enseñanzas de Pan Doktor sobre el hecho de dar el poder a los niños de decidir por sí mismos el papel que tuvo Gustav en Buchenwald y si debería quedarse con nosotros o no.

El juicio, o tribunal, que era como algunos de los muchachos lo llamaban, requería cierto orden, así que uno de los polacos de mayor edad ejercía como portavoz de nuestras deliberaciones, mientras que uno de los Intelectuales lideraba la oposición. La acusación, como se hicieron llamar, fue la primera en hablar y destacó los momentos en los que en Buchenwald contaban con suministros adicionales, como sábanas, mitones, comida, paquetes de la Cruz Roja, calcetines o zapatos, y Gustav se los entregaba a los niños polacos, a pesar de que los críos de otros países pudieran necesitarlos más. Gustav quitaba a los no polacos de las colas de la comida para que los niños polacos pasaran por delante. El bando de los Intelectuales también expuso el hecho de que la tarea de Gustav en Buchenwald como cabecilla de la unidad de protección consistía en asesinar a los prisioneros acusados de haber colaborado con los nazis, ya fuera la policía judía o los guardias de los guetos, o bien trataba al resto de los judíos con una brutalidad inaceptable. Después de que el primer muchacho hablara, los demás fueron exponiendo sus testimonios, entre ellos, un chico que afirmaba haber sido testigo de uno de los asesinatos: el preso había sido asfixiado con una almohada.

Gustav, con la cabeza gacha y la vista clavada en el suelo, se limitaba a encogerse de hombros.

El bando polaco defendió a Gustav argumentando que había ayudado a construir escuelas en los barracones infantiles del campo. Había organizado a los mamposteros judíos para que vinieran y nos cantaran canciones populares judías, nos contaran historias y nos enseñaran a leer y resolver problemas matemáticos siempre que pudieran.

—Me hiciste soñar cuando todos mis sueños eran pesadillas —

recordó uno de los muchachos.

—Yo estuve a punto de lanzarme a una de las vallas, como los hombres que había visto, pero me quitaste la idea de la cabeza —añadió otro.

La parte de la defensa explicó cómo Gustav y su equipo clandestino habían arriesgado sus vidas para salvarnos.

Hicimos una pausa para cenar y las mesas volvieron a recolocarse en su sitio. Los Intelectuales y sus aliados se sentaron a comer en un lado; los polacos, en el otro.

Yo tenía el corazón dividido: me había dejado tocado saber que Gustav había matado a tanta gente, pero también había ayudado y, sí, aunque había asesinado, había salvado a muchísimas personas. Y, sobre todo, sentía una familiaridad con Gustav de la que carecía con los demás miembros del equipo. Tal vez fuera porque sabía que había vivido el mismo infierno que nosotros. Aunque no hubiera estado con Gustav en Buchenwald, me recordaba a Jakow y a Willy el Alto. Cuando estaba cerca, me sentía seguro.

El tramo nocturno del tribunal terminó convirtiéndose en una suerte de debate filosófico con preguntas del estilo «¿Dónde están los límites que nadie debería cruzar jamás a riesgo de perder su propia alma?».

Finalmente, llegó el turno de Gustav, quien explicó que, cuando llegaban los trenes, él y su cuadrilla de la unidad de protección se acercaban a los prisioneros y les preguntaban quiénes habían colaborado con los nazis. Apenas un puñado daba el primer paso; todos habíamos asimilado por las malas que no debíamos confiar en nadie. Con todo, la verdad acababa abriéndose paso y llegaba hasta la unidad de protección. Gustav contó que en el campo se celebraban juicios similares a aquel tribunal, pero es que identificar a los simpatizantes de los nazis era la forma de proteger las operaciones clandestinas y al campo, y una de esas operaciones implicaba salvarnos a nosotros, los niños. Incluso después de que se dictara sentencia —normalmente pena de muerte—, jamás se ejecutaba de inmediato. Se daban varios días al prisionero para que presentara cualesquiera pruebas a su favor.

—¡Jamás matamos por matar! —exclamó Gustav. Su voz retumbó por la enormidad del comedor.

Después de enderezarse y sentarse de nuevo, Gustav contó que llegaron a permitir que un prisionero, un doctor, viviera, a pesar de que sus crímenes contra los judíos eran horrendos. Habían puesto en cuarentena dentro de una sinagoga a quinientos judíos de su ciudad natal. Las SS le habían pedido al doctor que comprobara si los prisioneros estaban en condiciones de trabajar, y él había dicho que estaban todos enfermos. Todos los que había en la sinagoga fueron

fusilados. Y no eran los únicos asesinatos en los que había estado involucrado el doctor. Cuando llegó a Buchenwald con sus hijos, el líder del movimiento clandestino sentenció: «Los niños crecerán sin padre, porque es un asesino y no debería salir de aquí vivo».

Sin embargo, las enfermeras de la Cruz Roja se habían marchado de Buchenwald y los prisioneros necesitaban atención médica. Se le perdonó la vida al doctor para poder salvar las de otros.

—Las decisiones que tomó la unidad de protección siempre iban encaminadas a proteger al campo, a las personas y a los inocentes —añadió Gustav.

Al final del tribunal, cuando el reloj del vestíbulo tocó la medianoche, la tensión de la sala se había ido desvaneciendo junto con la brisa del mediodía. Una vez le pregunté a mi padre cómo era posible que soplaran fuertes vientos durante el día y que desaparecieran al caer la noche y todo quedara en calma. No supo responderme. Aquel día, la calma éramos nosotros mismos. Al fin y al cabo, nadie quería vengarse de Gustav. Los Intelectuales se limitaron a pedirle que se marchara de Écouis. No querían verlo ni recordar los campos.

Aquello último generó una división aún mayor entre nosotros, creo. Algunos queríamos conservar los recuerdos de los muros de aquella prisión porque la libertad había traído consigo, al menos en mi caso, una sensación de vértigo e inseguridad. Se suponía que debía sentirme a salvo, pero al haber vivido al filo de una cuchilla me había acostumbrado a saber dónde situarme para no caer. Aquella nueva vida, la que los Intelectuales habían adoptado de alguna forma, me aterraba aún más que los campos. Los horrores que habíamos vivido eran algo familiar. Lo desconocido era para mí como un abismo del que no podía escapar.

A la mañana siguiente, cuando los niños polacos acompañaron en procesión a Gustav a la estación de tren, yo me rezagué, como tantas otras veces, sopesando cómo era posible que me sintiera tan terriblemente solo y por qué tenía tantísimo miedo cuando la pesadilla había terminado y estaba rodeado de cientos de chicos en mi misma situación. Había caminado por cañadas oscuras y había llegado al otro lado. Sentía como si hubiera algo enterrado en aquel túnel que debía encontrar, tal vez un tesoro, antes de poder salir a la luz.

9

> Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan.
>
> SALMOS, 23:4

El camión más grande que yo había visto en la vida recorrió el camino de acceso y se detuvo cerca de las puertas principales.

Unos cien muchachos lo esperábamos fuera ojipláticos. Pude ver que algunos de los chicos estaban igual de fascinados que yo por el tamaño del vehículo. A los que veníamos de pueblecitos, todo en Francia nos parecía nuevo, como las bañeras y los baños del tamaño de nuestras casas.

Cuando el camión se detuvo, dos de los mayores abrieron las puertas del remolque y saltaron dentro. Mientras los muchachos trasteaban en el interior, llegué a ver camisas y chaquetas colgando de perchas en exhibidores. También había montones de cajas, apiladas hasta el techo, que los chicos abrieron y clasificaron.

Al cabo de una hora, los muchachos bajaron del camión y anunciaron que habían separado la ropa por tallas. Teníamos que decidir cuál era la nuestra y luego, en grupos de cuatro, acercarnos al camión y elegir un paquete de ropa nueva, que incluía calzoncillos, calcetines y un par de zapatos.

Los niños de las primeras filas comenzaron a darse empujones para ver quién iba primero. Mientras discutían, yo me fui moviendo con picardía entre ellos, avanzando lentamente, hasta lograr colarme en el segundo grupo.

Después de hacerme con la ropa, salí pitando hacia las escaleras del edificio principal, saltando los escalones de dos en dos, hasta llegar a uno de los baños.

Eché el pestillo y me quité poco a poco el uniforme de las Juventudes Hitlerianas.

Tuve el impulso de darme un baño, pero me di cuenta de que no sabía cómo abrir el grifo. En Polonia, mi madre me lavaba en una tina

con agua que había recogido del pozo y calentado en los fuegos. No teníamos lo que Salek nos explicó que eran calderas, ni grifos ni tuberías de agua corriente dentro de casa.

Cogí los pantalones cortos de lana gris oscuro y me los puse despacio, seguidos de una camisa de manga corta de algodón con botones. Después me peiné con los dedos y un poco de saliva.

Por último, con el mismo recelo de siempre, con miedo a lo que me podía encontrar, me miré en el espejo. Di un respingo y me volví rápidamente, creyendo que había otra persona conmigo en la habitación. Cuando me di cuenta de que el reflejo que me devolvía el espejo era el mío, me miré a los ojos.

Era mayor, tal como Lulek le había dicho al rabino Shachter. Ya no era un crío mofletudo de pelo suave. Me habían salido arrugas en las comisuras de los ojos y manchas oscuras en la cara, provocadas por las quemaduras de la lata de carne. Tenía la cabeza rapada, con algunos claros, ya fuera por la malnutrición o porque los nazis me habían afeitado la cabeza tantísimas veces que ya había perdido la cuenta. Nos decían que nos afeitaban el cabello para evitar que cogiéramos piojos, pero Jakow nos contó a Abe y a mí que, en realidad, utilizaban nuestro pelo para sus bombas y para rellenar almohadas. Ilse Koch, la esposa del *Kommandant* nazi de Buchenwald, usaba pelo, piel, dientes y huesos de los prisioneros para hacer lámparas y pantallas, y hasta obras de arte que colgaba en casa. Jakow nos dijo que los prisioneros la llamaban «la bruja».

Me pasé los dedos por las mejillas. La última vez que me había mirado en un espejo estaba en el gueto. Mamá me había cortado el pelo con las tijeras de sastre de mi padre que había logrado coger de la tienda antes de que los nazis la cerraran. Había sostenido un espejo roto frente a mí para que admirara su trabajo. Aquella fue la última vez que pude ver mi aspecto.

Tenía diez años.

Cuando me examiné el rostro, las líneas y los pliegues que antes no había, y los ojos, no me reconocí. No veía a mamá ni a papá, ni a Chaim, a Motel, a Moishe, a Abram o a Leah. No recordaba cómo eran, pero sí lo suficiente como para saber que no me parecía a ellos.

Era un extraño incluso para mí.

Pasó un mes. La cuarentena había terminado, aunque muy pocos la habían respetado.

Salek, Abe, Joe, Marek y yo le pedimos dinero a Nini, una trabajadora de la OSE, para hacernos fotografías. Había un montón de chicos prendados de Nini; tenía los cabellos aún más alborotados y oscuros que madame Minc, y unos ojos grandes y adorables. Salek le

contó a Nini que Ralph entregaría las fotos en los campos de refugiados de Alemania para ver si alguien nos reconocía.

Nini nos miró con sospecha. Creo que incluso se estremeció al oír el nombre de Ralph, como si no le cayera demasiado bien. Fuera como fuera, abrió una lata y nos dio unos cuantos francos franceses. Cuando ya estábamos a punto de irnos, nos dijo que esperáramos un segundo. Escribió una nota en francés en un documento de la OSE y se la entregó a Salek.

—El fotógrafo no habla yidis. Lo conozco. Dadle esto para que sepa lo que queréis.

Cogimos nuestras bicis robadas y salimos sin perder un instante hacia el pueblo. Yo tenía el corazón a mil y la cabeza a punto de estallarme. Quería preguntarle a Ralph si podría ir con él a Alemania y, tal vez, a Rusia a buscar a Chaim. Quería hacerme rápido las fotos para llegar a tiempo antes de que Ralph se marchara.

Cuando alcanzamos una fuente próxima al centro del pueblo, saltamos de las bicis y las dejamos en el suelo, no apoyadas contra un muro como los franceses. Luego, usamos el mapa de Ralph para encontrar la tienda de fotografía.

Nos pasamos toda la mañana sentados en taburetes mientras el fotógrafo nos hacía fotos de carné. Y aún nos quedaba esperar unas cuantas horas hasta que las revelara.

Callejeamos de vuelta a la fuente y metimos las manos en el agua fresca, un verdadero alivio en aquel caluroso día. Descubrí que Francia era un país más húmedo y el sol abrasaba más aún que en las tardes más tórridas de julio en Polonia.

Eché un vistazo alrededor. Hacía pocos días que Francia había celebrado el Catorce de Julio, día que marcaba la toma de la Bastilla y el inicio de la Revolución francesa. Madame Minc, no Salek, nos había explicado que la Revolución francesa había supuesto el derrocamiento de la monarquía y el triunfo de la voluntad del pueblo y la democracia. A los muchachos nos dieron dulces y cruasanes para desayunar y *macarons* con los colores de la bandera francesa —rojo, blanco y azul— como postre después de cenar. Luego vinieron unos cantantes de París y tocaron canciones revolucionarias. Tal vez inspirados por sus voces, algunos de los chicos se pusieron en pie y cantaron canciones tradicionales de artistas judíos, como Mordechaj Gebirtig, que, según ellos, habían aprendido en Buchenwald.

Eché un vistazo al pueblo de Écouis y a la enorme iglesia cristiana que parecía ser el centro neurálgico. Daba la impresión de que el pueblecito también había celebrado aquel día, puesto que había cintas rojas, blancas y azules colgando de ventanas abiertas y balcones, así como banderas francesas ondeando al viento en los laterales de los edificios. Durante un instante, imaginé el aspecto que

debía de haber tenido la ciudad durante la ocupación alemana. Igual que en Skarżysko-Kamienna, los nazis debieron izar banderas y estandartes rojos con esvásticas.

Cuando volvimos a la tienda de fotografía a por las impresiones, Ralph estaba charlando con el fotógrafo en francés. Cuando recibí mis fotos, me quedé mirándome el rostro, como delante del espejo. Antes de abandonar Buchenwald, todos nosotros, yo incluido, tuvimos una entrevista con un representante del ejército estadounidense. Durante esta, me preguntaron por qué estaba en el campamento. Por ser judío, respondí. Acto seguido, me pidieron mi nombre. Eché la cabeza a un lado y me quedé observando al tipo, buscando en mi mente quién era yo. Finalmente, escupí un número, 117098, que fue el que me asignaron el día que entré a trabajar en la HASAG. A los niños de Auschwitz les habían tatuado los números en la piel. A mí me habían obligado a aprenderme el mío, y también aparecía en mis documentos de identidad. En algunos de los campos, el número también estaba grabado en la insignia que debía llevar junto con la estrella amarilla que indicaba que era judío.

«117098», le respondí al entrevistador varias veces. Al final, y tras mucha insistencia por parte del rabino Marcus, que era quien estaba traduciendo la entrevista, dije mi nombre hebreo, Rachmil. Me había olvidado de que me llamaba Romek, mi nombre polaco.

Al dejar la tienda de fotografía, le pregunté a Ralph si era difícil aprender francés.

—No te creas. Yo aprendo rápido —respondió con un gesto engreído—. De todas formas, para los comunistas el idioma es irrelevante —prosiguió en yidis—. No sirve más que para dividir a la gente, igual que la religión. Hay montones de comunistas en París —añadió en polaco—. Se reúnen en determinados clubs y bistrós. Os puedo llevar algún día, si queréis. Me enseñaron algo de francés antes de decirme que no aprendiera nada más, porque llegará el día en que solo habrá un idioma, y entonces seremos iguales.

Cuando regresamos al sanatorio, Elie y los demás muchachos que querían recuperar nuestra religión habían preparado la mesa para el *sabbat* con vino dulce para el kidush, matzá, velas, cerillas y jalá. Antes del *sabbat*, los Intelectuales querían hacer un *kadish* en honor a los muertos. Aproximadamente una cuarta parte de los muchachos partiría al día siguiente en autobús hacia Marsella, donde embarcarían en el buque que los llevaría a Palestina.

Se había formado una multitud alrededor de los Intelectuales que trataba de acercarse cada vez más. Me daba la impresión de que los no Intelectuales no estaban demasiado contentos con el *sabbat*.

Yo opté por quedarme en el vestíbulo. Al verlos recordé el último *sabbat* que había pasado con mi familia en casa, en Polonia. Corrían rumores de que los nazis estaban creando un barrio judío y de que nos acabarían trasladando a todos allí. Fue un *sabbat* triste, porque mis hermanos y mi hermana sabían que tendríamos problemas, pero mi padre se forzaba a sonreír y no dejaba de repetir que todo saldría bien. No me cabía duda de que mis hermanos no se fiaban de las palabras de mi padre, y eso me rompió el corazón, porque hasta entonces era infalible, la roca en la que todos nos apoyábamos. Fue aquella noche cuando me percaté de que incluso mi madre y mi padre tenían la mentira en los ojos. Nada de lo que decían conseguía quitarme los escalofríos que me recorrían la columna. Mis padres querían que aquel *sabbat* fuera especial, normal, a pesar de que las calles estuvieran cubiertas de sangre judía. Papá rezó el kidush y bendijo el vino y el pan con una mirada tensa. «Creo en la humanidad», dijo, por fin. Aquella noche Chaim no tocó el violín, como solía hacer en las cenas de los viernes.

Asomé la cabeza al comedor. Algunos de los muchachos que rodeaban a los Intelectuales maldecían entre dientes. Un puñado empezó a mascullar que Dios no existía.

Oí a uno de los Intelectuales anunciar que el *kadish* era en honor a los millones de judíos que, según los medios de comunicación, habían muerto.

—No, no, no... —empecé a murmurar.

Durante el *sabbat*, mi madre, mi padre y el resto de los adultos recitaban el *kadish* por aquellos que habían muerto. Pero los Intelectuales querían dedicarlo a muchísimas personas. Yo quería..., no, necesitaba creer que éramos muchos más los que habíamos sobrevivido.

Empecé a caminar lentamente de espaldas y me choqué con un muchacho que me gritó que vigilara por dónde iba. Me volví deprisa, salí corriendo del edificio y dejé atrás a algunos de los chicos que había fuera, los que se marcharían a Palestina. Se habían cogido de los brazos y bailaban la hora. Tenían los rostros iluminados. Eran felices.

Sin aliento, corrí y corrí mascullando que debía encontrar a mi padre. No tenía ningún interés en Palestina, solo en dar con mi familia.

Debía reunirme con Leah y descubrir qué sabía sobre papá, Chaim, Nathan... y Golda, y Moishe, y Motel.

Rodeé un pino y oí que Ralph me llamaba. Me frené en seco y di un traspié, pero conseguí mantenerme en pie. Encorvado, resollando y jadeando, me acerqué a Ralph. Estaba sentado bajo un sauce,

fumando.

Entre resuello y resuello fui capaz de soltar que no podía esperar a que la OSE me tramitara un documento de identidad o un billete de tren. Necesitaba ver a mi hermana en Feldafing.

—¿Puedes echarme una mano?

—¿Tienes dinero? —me preguntó Ralph con frialdad, como si ya supiera la respuesta, y apagó el cigarrillo contra la corteza del árbol.

—No tengo nada —respondí, y recuperé por fin el aliento.

Ralph suspiró.

—¿Sabes al menos cómo llegar a Feldafing?

Negué con la cabeza y él soltó una carcajada.

—Te puedo llevar a la estación de tren, si quieres, y enseñarte cómo llegar a Feldafing, siempre que los trenes estén en funcionamiento.

No tardé en darme cuenta de que Ralph era una de esas personas que disfrutan cuando los demás las necesitan. Vi gente así en los campos; que los demás los necesitaran era lo que los mantenía vivos.

Exhalé un «gracias».

Mientras caminábamos, Ralph me explicó que tenía que tomar el tren de Écouis a París, y allí hacer un transbordo al tren de Múnich. Cuando llegamos a la estación, nos informaron de que el siguiente convoy a París partía en una hora. Nos sentamos en el banco que había justo enfrente del árbol bajo el que vomité el día que llegamos a Écouis mientras Ralph me obligaba a recitar de memoria una y otra vez las instrucciones para llegar a Feldafing para que no se me olvidaran. Acto seguido, metió la mano en el morral negro que tenía al lado y sacó un uniforme.

—Esto es lo que llevan los subtenientes del ejército francés —comentó, y me fue pasando las piezas que componían el uniforme.

Los pantalones y la chaqueta eran marrones, y venían con un grueso cinturón de cuero y un gorro de algodón. Sostuve la chaqueta delante de mí. Llevaba unos galones cosidos en la solapa que indicaban el rango del último soldado que lo había utilizado.

Me encogí de hombros, sin dejar de mirar el uniforme.

—¿Para qué quiero esto?

—Si te lo pones, podrás montarte en el tren sin pagar.

Resoplé.

—¿Quién se va a tragar que soy un soldado francés?

—Créeme, picarán.

—Todo el mundo sabrá que llevo el uniforme de un muerto —protesté—. Llevo demasiado tiempo usando ropa de cadáveres.

Ralph se rio.

—El dueño de este uniforme no está muerto —me corrigió—. Te protegerá, de verdad.

—Gracias —respondí sin tenerlas todas conmigo, y me coloqué el uniforme bajo el brazo.

Ralph me miró de arriba abajo.

—Toma, llévate también el morral —dijo, tirando el resto de los objetos del saco al suelo. Vi varias piezas de uniformes del ejército francés, boinas y libros, uno de los cuales reconocí.

—Pensaba que no creías en las religiones —repuse, señalando el Majzor, un libro de oraciones judías que se usaba en las grandes festividades: el Rosh Hashaná, nuestro Año Nuevo, y el Yom Kippur, que era la que seguía al Rosh Hashaná. Mi madre me decía que durante el Yom Kippur los judíos le suplicaban a Dios que perdonara sus pecados.

—Cuélgatela al hombro. Parecerás un soldado que acaba de volver de la guerra —dijo, sin hacer caso de mi comentario.

—Pero... —comencé, me detuve y tragué saliva—. Ralph —proseguí despacio, sin estar seguro de que pudiera confiar en que no me delataría a madame Minc o a Nini. No me cabía duda de que ellas, sin olvidar al profesor, me impedirían irme si conocieran mis verdaderas intenciones—. No pretendo regresar. Desde Feldafing, seguiré hasta Rusia. No voy a volver a abandonar a mi hermana. A lo mejor no puedo devolverte tus cosas.

Ralph me escrutó durante unos segundos, como si tratara de leerme el pensamiento, algo que me incomodaba. Poco después, esbozó una sonrisa y asintió.

—¡Vas a unirte al movimiento comunista! —exclamó. No era una pregunta.

—Bueno, algo así —dije, y me encogí de hombros.

—Ya nos veremos en Feldafing —añadió mientras yo guardaba el uniforme del ejército francés en el morral.

Me puse en pie y le dije que necesitaba un baño para cambiarme.

—Desde Écouis hasta la estación oriental de París, de allí a Alemania, primero Múnich y, después, Starnberg, que está ligeramente al suroeste —recité.

No necesité ni el uniforme ni ningún otro tipo de identificación. La mayoría de los pasajeros del tren eran judíos, algunos todavía más jóvenes que yo, y también viajaban solos.

Cuando vino el revisor, comencé a hablarle primero en polaco y luego en yidis, señalándome el uniforme. Se encogió de hombros y sonrió, consciente de que el uniforme no era mío. Una superviviente que hablaba francés le tradujo que iba a buscar a mi hermana, que estaba en un campamento de personas desplazadas en Alemania.

—*Dieu soit avec toi, mon fils* —dijo el revisor, y me entregó un

trocito de papel.

Sacudí la cabeza para indicarle que no lo entendía.

—Ha dicho: «Que Dios esté contigo, hijo mío» —me susurró la traductora, una anciana—. El billete que te ha dado —añadió la mujer, cogiéndome el trozo de papel y examinándolo— te sirve para ir a Feldafing y volver.

Alcé la vista hacia el revisor y le di las gracias.

Durante el trayecto entre París y Alemania, el personal francés del tren nos ofreció queso, pan, tomates, melocotones y leche. Yo no tenía hambre, así que le di mi parte a la mujer. Viajaba con una niña muy pequeña. Cuando se durmió, me contó que era la nieta de su hermana. La familia al completo, salvo ella y la cría, seguía desaparecida, probablemente muerta.

Cuando el tren entró en Alemania, me dio un ataque de pánico. El cielo era prácticamente el mismo que en Francia, igual que los pastos del tamaño de un elefante que se mecían con el viento. Aun así, sentía que había una cortina de metal que separaba los dos países, y que yo estaba en el lado incorrecto. Recordé entonces la Alemania que había visto cuando me transportaron desde Skarżysko-Kamienna hasta varios campos, para acabar en Częstochowa y, finalmente, en Buchenwald. Las estaciones donde nos deteníamos estaban alborotadas, llenas de ladridos de perros alsacianos y de nazis disparando salvas al aire. Gritos y órdenes, siempre órdenes. A veces oía sonidos de mangueras, y sabía que alguien estaba rociando los compartimentos del ganado con agua. Inclinaba la cabeza a un lado, sacaba la lengua y recogía todas las gotas que se colaran por los agujeros de la madera. Había días en que aquella era la única agua que podía beber.

Alemania, ahora, estaba sumida en el silencio.

A medida que el tren se adentraba en el país, el paisaje se fue oscureciendo, en parte, porque los bosques fueron ganando espesura y, en parte, por los tanques abandonados y las reliquias de pueblos que dejábamos atrás, algunos con casas de las que solo quedaba la estructura.

—¿Qué he hecho? —susurré—. Volver aquí ha sido un error.

En Francia se respiraba vida, aunque yo no formara parte de ella. Aquí, en Alemania, no quedaban más que restos calcinados, como los cadáveres amontonados en los campos.

Me acordé de repente de algo que solía decir mi madre: «Tememos lo que más queremos». Quería regresar a mi hogar, aunque hubiera dejado de ser un lugar y ahora solo significara estar con mi familia.

Por las malas aprendí que lo mejor era no hacer caso de los sueños.

Me pasé dos días en aquel tren sin nada de dinero, pero los hombres y las mujeres que se encargaban de los carritos de comida nos daban alimentos gratuitos a los niños judíos, y yo no era una excepción: pan y mantequilla, y a veces un sándwich de tomate y una manzana.

Cuando llegué a Feldafing, caía ya la noche.

El campamento no paraba de crecer a mi alrededor, como al entrar en una ciudad en la que al principio apenas hay un puñado de casas y que termina siendo una urbe. Al lado de los edificios de ladrillo rojo había tiendas con forma de cilindro y personas deambulando. La mayoría no me quitaba el ojo de encima cuando pasaba a su lado, y me dedicaban miradas tristes y ojerosas. Un anciano calvo con una mano deformada y las piernas encorvadas por el raquitismo me señaló un edificio que al parecer era la oficina central.

Los empleados estaban atareados, moviendo montones de papeles, hablando por teléfono y escribiendo a máquina. Me quedé parado en el umbral, invisible, hasta que me hice notar. Se acercó a mí una mujer aún más pequeña que yo, con un lunar en el labio que se retorcía cada vez que hablaba. Me contó, en yidis, que había muchísimas personas en el campamento, que se contaban a miles, y que todos los días llegaban más. La oficina no podía encargarse de documentarlas a todas, y menos aún de registrar dónde vivían. Los supervivientes judíos de los campos de la muerte dormían dondequiera que pudieran encontrar alguna cama hasta que llegaran más tiendas. Muchos dormían en catres con otras tres o cuatro personas, igual que cuando estábamos en los barracones, con la diferencia de que allí tenían sábanas limpias y agua fresca. La comida, aunque escaseaba, iba llegando en envíos de varias organizaciones solidarias. La mujer me indicó que, en cuanto saliera de la oficina, girara a la derecha y siguiera recto unos diez minutos por la calle principal, hasta llegar a una antigua fábrica de medias donde se habían agrupado muchas jóvenes polacas. Si mi hermana no estaba allí, seguro que alguien podría decirme dónde encontrarla.

Caminaba despacio, acostumbrándome al entorno, a las hogueras, a los rostros demacrados que iba dejando atrás, a la pesadez del campamento. Me sentía como en una película, moviéndome por una ciudad fantasma cuyos espectros éramos, precisamente, los que habíamos sobrevivido.

Al fin vi el enorme edificio de la fábrica de medias que me había indicado la mujer de la oficina. Tenía la forma de una caja

rectangular, igual que la fábrica de munición de la HASAG, y volví a estremecerme.

Deslicé la pesada puerta metálica. El interior estaba en penumbra, apenas iluminado por un puñado de velas y lámparas de queroseno.

—¡Estoy buscando a Leah! —exclamé. Mi voz resonó por las paredes de cemento del vestíbulo.

Doblé una esquina. Al verme, varias mujeres dejaron lo que estaban haciendo y se acercaron a tocarme, a pasarme las manos por todo el cuerpo y exclamar que por fin había un hombre en el edificio.

Las fui apartando sin parar de mirarles los rostros, buscando a Leah.

Me abrí paso por el enorme edificio, atravesando hileras de tendederos de pared a pared en los que se aireaban sábanas y vestidos. Había colchones tirados en el suelo y cómodas de madera a modo de biombos.

Por fin llegué al extremo de la fábrica. Solo me quedaba un grupo de mujeres al que preguntar si habían visto a Leah. Estaban sentadas y tumbadas en un gran colchón. Al acercarme, todas clavaron en mí la mirada y, al contrario que al resto de las mujeres del edificio, les vi curiosidad en los ojos.

Una le dio un codazo a una de las mujeres que había tumbadas. Se giró y, cuando me vio, se incorporó de un brinco.

La reconocí de inmediato. Leah. Mi Leah.

Tenía el rostro ancho y, a pesar de su delgadez, la misma mandíbula firme que mi padre. Su nariz me resultaba familiar; si pudiera recordar los rostros de Chaim y Moishe, la suya sería exactamente igual.

Temblando, se puso en pie y se acercó a mí con cautela, como si estuviera haciendo equilibrios en una de las cuerdas flojas de los circos ambulantes que visitaban Skarżysko-Kamienna.

—Romek —susurró con una voz ronca—. Romek. Pensaba que te habían matado...

También reconocí esa voz, su voz, la misma que me cantaba canciones tradicionales en yidis y me contaba historias.

La miré fijamente a los ojos, y también los reconocí: eran idénticos a los de mi madre.

10

Leah, las demás mujeres de la habitación y yo nos sentamos junto a una de las hogueras a cielo abierto, acurrucados en ásperas sábanas de algodón, charlando en voz baja y observando las estrellas brillantes. Leah se había sentado detrás de mí y me rodeaba con las piernas mientras me acariciaba la espalda, me frotaba las manos y me masajeaba los hombros.

Cuando la temperatura de la noche se desplomó, las otras mujeres entraron en el edificio, pero Leah y yo nos quedamos fuera. Me acunó como cuando yo era pequeño, cantándome canciones en yidis a tan poca distancia que podía sentir su cálido aliento en las orejas. Me trataba como a un bebé, pero no me importaba.

Caí dormido en sus brazos mientras me cantaba *Oyfn Pripetchik* con una voz que los años habían hecho más grave, hasta el punto de que ya no tenía claro dónde acababa la suya y empezaba la de mi madre.

Un fuego arde en el hogar
y el ambiente en casa es cálido.
El rabino enseña a los niños
el alfabeto...

—No sé dónde están los demás —me dijo Leah a la mañana siguiente mientras nos comíamos las sobras de un *cholent*.

Seguía teniendo la voz ronca, quizá porque los dos nos habíamos quedado dormidos al raso, bajo la jupá que era la Vía Láctea, y Alemania, al contrario que Francia, tenía unos amaneceres fríos y húmedos.

—Pensaba que estarías con mamá y con Golda —dije con la voz ahogada.

No quería que mantuviéramos aquella conversación. No quería saberlo. Me tapé las orejas con las manos como hacía en el gueto cuando no quería oír los gritos, los llantos, las madres sollozando y los padres discutiendo sobre la falta de eslotis, la ausencia de pan y las colas eternas para recoger las raciones, los hijos protestando porque deberíamos haber abandonado Polonia cuando tuvimos la oportunidad.

—¿Te acuerdas de la selección, cuando el barrio judío fue liquidado y los nazis nos escogieron para colocarnos en una u otra fila? —me preguntó.

No. No estuve allí, le recordé. Ya me habían enviado a trabajar a la fábrica de munición. Chaim me había conseguido el puesto y luego había regresado al granero donde nos había dicho a Nathan y a mí que nos ocultáramos. Primero se había llevado a Nathan. Yo tuve que quedarme otro día entero solo en el granero, escuchando el ulular de los búhos y los mugidos de las vacas. Cuando Chaim volvió a por mí, me llevó al gueto a despedirme de mamá y, sin perder un instante, a la HASAG.

Leah dejó la mirada perdida y empezó a asentir como si se hubiera acordado de que, efectivamente, yo no estaba allí, como tampoco estaban papá ni Abram, a quienes habían enviado a trabajar a la HASAG unos meses antes que a mí.

—Un oficial de las SS le preguntó a Golda si quería ir con mamá o conmigo —continuó Leah a los pocos segundos—. Mamá y yo estábamos en dos colas distintas. A mí me había tocado trabajar en la zona femenina de la HASAG. Siempre estuvimos cerca, pero lo suficientemente lejos como para no encontrarnos nunca.

En ese momento, Leah apretó con fuerza los ojos, como si intentara bloquear las imágenes que se le iban apareciendo.

—Mamá estaba en la cola de los niños más pequeños, los ancianos y los enfermos. Sola. Golda se negó a abandonarla —prosiguió, con la voz frágil—. Golda se fue con mamá y las metieron en un tren.

Al observar a Leah, la tensión en los músculos de su rostro y el temblor del labio inferior, supe que había más.

—Conocí a alguien que estaba al tanto de aquellos trenes —soltó finalmente—. Aquí, en Feldafing. —Tenía la voz cuarteada por la tristeza.

Yo también cerré los ojos.

—Esa persona me contó que se llevaron a Golda y a mamá a Treblinka —continuó—. Treblinka —repitió—. Allí no enviaron suministros. Los trenes partían hacia Treblinka hasta los topes de gente. Cuando volvían, siempre estaban vacíos. Romek, era un campo de exterminio.

Jakow me había hablado de Treblinka en Buchenwald. Estaba cerca del río Bug, que era donde papá y mamá solían llevarnos durante las vacaciones de verano. Pero en Treblinka, según me había contado Jakow, los judíos entraban en los baños esperando que de las duchas cayera agua. En su lugar, comenzaban a soltar un gas que mataba a todos los que hubiera dentro. Acto seguido, los nazis se llevaban los cuerpos a los crematorios. El cielo se llenaba de lo que

parecían copos de nieve, que, en realidad, eran los restos calcinados de los judíos.

—Pero ¿dónde está Nathan? —farfullé—. ¿Y los demás?

—Nathan no estaba con Golda ni con mamá —respondió Leah, sacudiendo la cabeza—. Creo que Chaim lo dejó con un granjero.

Recordé entonces cuando estuvimos escondidos en el granero, bajo la paja, y yo trataba de que Nathan estuviera callado dándole caramelos. Él no comprendía la importancia del silencio, como yo. No era más que un bebé y lo único que quería era jugar, reírse y llorar. No era como los demás bebés que vivían en nuestro edificio de apartamentos del gueto, que de alguna manera sabían lo que estaba pasando y eran como adultos encerrados en cuerpos diminutos, siempre apagados, como si hubieran perdido la voz.

En ese momento me estremecí al acordarme de que, justo antes de que se formara el gueto, papá me había enviado a vivir a una granja, con los Brankowski. Si habían dejado en una granja a Nathan, un crío extrovertido, hablador, inquisitivo y tozudo, no habría sobrevivido.

Poco después del último sabbat *que habíamos celebrado en casa, Chaim me llevó a vivir con los Brankowski. Me dijo que nuestro padre había dedicado los pocos eslotis que quedaban en la cuenta bancaria de la familia para pagar al señor Brankowski y que me acogiera.*

—Aquí estarás a salvo —me dijo de camino—. Tienen el pelo oscuro, como nosotros. Imagínate la suerte que hemos tenido de encontrar a una familia polaca con el pelo negro.

Al principio no entendí a qué se refería Chaim con aquello, pero no tardé demasiado en comprenderlo. Iban a hacerme pasar por primo de los hijos de los Brankowski.

Fue en la granja de los Brankowski donde sentí por primera vez la sensación de que estaba cayendo hacia un abismo. Me despertaba en mitad de la noche, alterado, sin tener del todo claro dónde estaba, como si me hubieran trasladado a un lugar en el que no debería estar. Un lugar vacío, oscuro y frío, como los afloramientos rocosos del río Kamienna donde me ocultaba cuando jugábamos al escondite, entre las lombrices que tenían su madriguera en el barro del dique y los caracoles.

Al principio, aquella sensación desaparecía durante el desayuno, que siempre consistía en gachas y leche. Sin embargo, a medida que los tres hijos de los Brankowski me atravesaban con la mirada y debía aguantar los silencios, solo interrumpidos por susurros y risitas, me di cuenta de que me iba deslizando durante períodos más largos de tiempo.

Todas las mañanas y todas las noches, la señora Brankowski y su hija mayor me enseñaban el vía crucis y se aseguraban de que me supiera

el padrenuestro. También me recordaban que no usara jamás mi nombre yidis, Rachmil. Yo me llamaba Romek.

—Hagas lo que hagas, jamás digas o insinúes que eres judío —me decían el señor y la señora Brankowski—. Nunca hables en yidis. De hecho, olvida todo el yidis que sepas. A partir de ahora, comunícate solamente en polaco.

Una noche oí a la señora Brankowski decirle a su marido que yo tenía «buena pinta». Es decir, que podía hacerme pasar por un cristiano polaco. No parecía judío. Otra noche, los Brankowski discutían sobre que mi padre no les había dado suficiente dinero para mantenerme, y mucho menos para una nueva Kennkarte*, o carné de identidad, que era lo que todos los polacos debían llevar. La nueva tarjeta, según dijo, me identificaría como cristiano, no judío, y como uno de sus sobrinos de Varsovia.*

No iba a la escuela. Me enviaban a trabajar al campo todas las mañanas y a cuidar las vacas de los Brankowski. Yo era un chaval de ciudad, el hijo de un sastre, y no tenía ni idea de animales. Solo había estado cerca de los caballos que utilizaban nuestros vecinos para arrastrar los carros que los ayudaban a arar los campos. Papá se los pedía prestados en verano parar irnos de vacaciones a la cabaña.

En aquellos campos baldíos que se helaban con las primeras nieves, me llevaba a las vacas hacia el este cuando el señor Brankowski me lo pedía, siguiendo el sol.

No pasaba un día sin que me dolieran los huesos de las piernas de tanto andar y se me entumecieran los brazos y las manos de ordeñar a las bestias. La tripa me rugía y comenzaba a hinchárseme por la falta de comida, puesto que mi sustento consistía casi exclusivamente en gachas insípidas y los restos que dejaban los Brankowski, incluidos los huesos que roía en la diminuta despensa donde dormía. La habitación estaba muy lejos del hogar y de los fogones de carbón, y siempre hacía frío, aunque no tanto como en los barracones de los campos.

Mi única compañía en la granja era un pequeño zorzal que se posaba en el alféizar de la ventana de la despensa. Golda me contó una vez que la naturaleza nos trae mensajes. «Abre el corazón, cierra los ojos y verás la magia que te rodea», me decía cuando caminábamos hacia la panadería judía en la que mamá compraba pan ácimo, jalá, rugelach —unos bollos riquísimos— y panecillos de cebolla. Una vez Golda y yo vimos un ciervo. Ella me dijo que era una señal inequívoca de que sería madre. Se frotó el abdomen y murmuró una oración. Una semana más tarde, se enteró de que estaba embarazada de Nathan. Otro día, vimos una fila de ranas saltando desde uno de los extremos del sendero hacia un arroyo.

—La vida renace —me dijo Golda con una sonrisa de oreja a oreja.

El zorzal me cantaba siempre una canción preciosa. Y aquel barranco de mi interior no hacía sino volverse más profundo, porque me acordaba

de mi madre y de que no estaba conmigo.

Un día, poco después de que la familia Brankowski celebrara la Navidad y cuando el hielo del invierno aún no había terminado de congelar lagos y ríos, me marché. Me pasé un día entero vagando como los bancos de nieve hasta que di con el río Kamienna y lo seguí hasta llegar al pueblo. Cuando ya no pude avanzar, lo atravesé a nado.

Antes de la creación del gueto, pero después de que los alemanes llegaran e impusieran toques de queda, Abram y yo estábamos paseando por la calle cuando nos detuvo la policía judía. Los alemanes habían impuesto un toque de queda únicamente a los judíos, lo que implicaba que no podíamos salir de casa por la noche a partir de cierta hora. Tres guardias echaron a correr hacia nosotros con el objetivo de atraparnos. Nosotros también salimos corriendo, rodeando edificios y atravesando callejuelas, hasta llegar al río. Oíamos los silbatos cada vez más cerca.

—Nada —me susurró Abram justo cuando se lanzó al río. Yo no sabía nadar—. Mueve los brazos, como los perros —me instó.

Igual que aquella noche, me zambullí en los rápidos del río y sacudí los brazos con todas mis fuerzas, como si hubiera perdido la cabeza, hasta llegar al otro lado. Me arrastré por el banco opuesto, completamente calado y tiritando de frío. Los dientes me castañeteaban y tenía los dedos de los pies tan helados que estaba convencido de que se me habían congelado. Deambulé hasta que encontré a alguien que me dijo en qué parte del gueto estaba el apartamento de mi familia.

Cuando mi padre me vio, los ojos se le enrojecieron y vino hacia mí como las teteras humeantes de mamá. Por primera vez en mi vida, me alzó con sus poderosos brazos, me colocó en su regazo y me azotó hasta que mis gritos se redujeron a tímidos gimoteos. Tardé más de una semana en poder sentarme sin que me doliera.

Aquel fue el inicio de la frialdad de mi padre, cuando creí que había dejado de quererme.

—Cuando se creó el gueto, la mayoría de los granjeros polacos que habían acogido niños judíos se vieron obligados a entregarlos a los nazis —me contó Leah—. Les ofrecían azúcar y harina como recompensa. Si un granjero no entregaba al niño judío que refugiaba, lo mataban a él y a su familia. Los vecinos comenzaron a delatarse entre ellos cuando se enteraban de la presencia de algún niño. No había suficientes nazis en Polonia para vigilar a todos los judíos de los guetos, así que los granjeros polacos les hicieron el trabajo sucio. Los obligaron, Romek. Si Nathan estaba en una granja, si allí es donde Chaim lo dejó, no creo que sobreviviera —añadió.

—Pero también hubo granjeros que desafiaron a los nazis —contesté rápidamente, queriendo creer que Nathan había sobrevivido

—. Jakow dijo que en Polonia había una red clandestina de personas que ocultaban a niños judíos.

Le expliqué a Leah lo que Jakow nos había contado: algunos de los rumores que habían llegado a Buchenwald afirmaban que había polacos escondiendo a cientos, si no miles, de judíos, hombres, mujeres y niños, incluso en las jaulas de los animales del zoo de Varsovia. Los mamposteros nos explicaron que estaban sacando niños del gueto de Varsovia y los estaban dejando con familias polacas o en orfanatos.

—Es posible —murmuró Leah—. Pero si Nathan está vivo, aún nos queda por superar otro obstáculo. No sabrá quién es. Tenía tres años en el otoño de 1942. Debe de haberse pasado los últimos tres años creyendo que es un niño cristiano, o bien es lo que le habrán obligado a decir. Si sigue vivo, tal vez hasta lo hayan bautizado como cristiano y esté convencido de ser hijo de la familia que lo acogió. Y puede que esa familia todavía no le haya revelado su verdadera identidad, no si piensan que estamos todos muertos. Ahora es su hijo.

—Cuando encontremos a Chaim, nos dirá adónde llevó a Nathan. Y luego iremos todos a buscarlo y a decirle quién es.

Leah cerró los ojos y un escalofrío me recorrió la columna.

—¿Dónde está Chaim? —pregunté despacio—. Está en Rusia, ¿verdad? Estaba en el ejército y se marchó con el resto de los soldados a entrenarse y luchar, ¿no?

—Lo fusilaron —susurró.

El abismo. Me estaba cayendo de nuevo.

—Lo enviaron también a Treblinka, pero en un transporte distinto al de Golda y mamá. Era soldado, Romek —insistió Leah—. Chaim nunca estuvo a salvo en Polonia. Los nazis estaban asesinando a todos los soldados polacos, a cualquiera que pudiera alzarse y derrotarlos. Deberíamos haber obligado a Chaim a marcharse en cuanto llegaron los nazis. Pero no habría accedido a abandonar a su familia.

Yo también cerré los ojos. Cuando enfermé en Écouis y me pasé casi una semana sin apenas salir de la cama, el profesor me estuvo hablando de Jean-León Gérôme, un pintor francés. El artista había creado dos obras relacionadas, y una era *La verdad saliendo del pozo*. El profesor me explicó que el significado de las obras era que la verdad se había manipulado.

—Las falsedades, las mentiras, la ambición de los hombres y la codicia han mantenido la verdad oculta en el fondo de un pozo —me dijo.

Los mentirosos y los actores habían vencido.

«La verdad ha desaparecido», pensé.

Mi sueño de volver a reencontrarme con mi familia se había

hecho añicos.

Ya no me quedaba nada a lo que aferrarme.

—Y ahora, ¿qué? —le pregunté a Leah.

Paseábamos cogidos del brazo. Llevaba en Feldafing casi una semana. Cuando no hablábamos de la familia, Leah me refrescaba recuerdos que había olvidado o íbamos al cine del campamento a ver películas mudas en blanco y negro. Por la noche, atendíamos a los cuentacuentos junto a grandes hogueras o escuchábamos música, normalmente interpretada por músicos que habían sobrevivido a los campos de exterminio por el mero hecho de formar parte de orquestas sinfónicas que actuaban para los nazis. Si no, caminábamos, sin más.

—Te quiero presentar a alguien —contestó—. He conocido a una persona, Romek. Se llama Abram, como nuestro Abram.

Intuí que Abram estaba enamorado de Leah por cómo la miraba, por cómo le acariciaba la piel y nos hablaba con dulzura a ella y a mí, igual que Chaim estaba enamorado de Golda. O mamá de papá.

Me preguntó si sabía algo de las estrellas, de astronomía, del estudio de los cielos, porque él sí. Contesté que no, que muy poco.

Abram no era alto, como mi familia, pero tenía los mismos cabellos azabache que nosotros. Y una mandíbula prominente. Era de Łódź e, igual que Chaim, había servido en el ejército polaco. Pero él sí había sido capaz de llegar a Rusia. Conoció a Leah cuando volvió a Polonia con el Ejército Rojo de la Unión Soviética.

Me preguntó si había visto *El gran dictador*, protagonizada por Charlie Chaplin, un actor inglés. Todavía no la tenían en el campamento, pero a él le apetecía mucho verla. Le respondí que no. En Francia no había podido ir al cine.

Aquel viernes en Feldafing, Abram celebró el *sabbat*. Estábamos los tres sentados, con Leah en medio.

Mientras el rabino del campo recitaba las oraciones, Abram se inclinó hacia mí por delante de Leah y me susurró que había oído que *El gran dictador* era una de las mejores películas de la historia, y que quizá podíamos verla juntos en París.

Me metí las manos debajo de las piernas cuando sentí el impulso de taparme las orejas. No quería volver a oír a Abram, ya no. Leah estaba intentando incluirme en su vida, devolverme al mundo de los vivos, y yo no pretendía decepcionarla. Pero tampoco quería compartirla. No pensaba volver a Francia. Quería quedarme con ella.

—En *El gran dictador*, Charlie Chaplin, el actor, sale disfrazado de Adolf Hitler —añadió Leah con una sonrisa—. No se habla de otra cosa en el campamento.

Cerré con fuerza los puños. Por primera vez desde que dejé

Écouis, quería pelearme, dar puñetazos, romper algo.

Le dije a Leah que necesitaba airearme y salí del edificio.

—Nos vamos a Palestina —me comentó Leah mientras volvíamos a la fábrica de medias.

Yo tenía las piernas hechas polvo y renqueaba. Apenas me quedaba energía. Deseé derretirme en el suelo y fundirme con la tierra. Mi única pariente viva, la única parte de mi sueño que seguía siendo real, que podía tocar, me estaba diciendo que Abram y ella iban a casarse y a mudarse a Palestina. «Se supone que no debemos separarnos para poder buscar a los demás», quise gritarle.

Abram estaba al otro lado de Leah. Iban cogidos del brazo, pero no quedaba claro quién agarraba a quién.

Golda me dijo una vez que cuando dos enamorados caminaban sus pasos se sincronizaban, como si se unieran.

La vista se me nubló y Leah y Abram me parecieron una sola persona. Sentí náuseas y bilis en la garganta.

—Tenemos noticias de madame Minc —dijo Leah—. Ha enviado un telegrama a la oficina. Quiere que vuelvas a Francia, y yo también creo que sería lo mejor para ti.

Di un respingo y me detuve.

—¿E-eso significa que no me voy con vosotros? —tartamudeé.

Leah tragó saliva.

—La OSE se ha trasladado al castillo de Ferrières a pasar allí el verano. Madame Minc te envía direcciones.

—¡Pero puedo irme a Palestina con vosotros! —exclamé. Di un pisotón y me crucé de brazos.

—En Palestina las cosas no serán fáciles —contestó con dulzura, acariciándome el hombro—. Abram y yo trabajaremos en una granja. Allí no hay empresas. No sabemos qué nos encontraremos. Necesitamos establecernos primero, y luego ya podremos llevarte con nosotros. En Francia, con la OSE, tendrás la oportunidad de ir a la escuela, recuperarte, formar parte de algo y estar a salvo, además de que dispondrás de comida y amigos. ¿Te acuerdas de que te encantaba trastear con cables y observar a Moishe cuando montaba radios? Estudia ingeniería. Y pronto podremos estar todos juntos.

Comencé a negar con la cabeza.

—Es lo que mamá habría querido —se adelantó Leah—. Romek, ¿recuerdas cuando papá nos contaba la historia de nuestros profetas?

Sacudí la cabeza y me cubrí las orejas. Ni me acordaba ni quería que me lo recordaran.

—En las horas más oscuras, nuestros héroes siempre contaron con ayuda —prosiguió—. Todos los profetas tenían algo o a alguien

que los guiaba. Sigue tu camino y todas esas personas aparecerán y te conducirán a tu destino. No te cierres a las personas que te encuentres y te ofrezcan su ayuda. Te guiarán hasta casa, al hogar que llevas dentro del corazón. Yo soy una de esas personas, y cuando superes la oscuridad, algo con lo que la OSE puede ayudarte muchísimo mejor que yo, te buscaré y estaremos juntos de nuevo. Te lo prometo. ¿Confías en mí, Romek?

Me mordí el labio inferior. No me fiaba de ella. De hecho, no me fiaba de nadie.

Leah me agarró las manos y me las colocó sobre el corazón. Pude notar mi propio pulso.

—Sé que a cada paso que des tendrás el impulso de dar media vuelta —dijo; estaba apenas a un palmo de mí y me hablaba con ternura al oído—. Pero debes ser fuerte y continuar. Paso a paso, un pie delante del otro, hasta que el amor vuelva a ser tu guía. Síguelo, persigue su aroma, el sutil perfume que te recuerde a casa, la fragancia que te lleve a un lugar en el que nunca has estado. Y, uno a uno, aparecerán lugares y personas que, hasta entonces, no eran más que susurros. Esas son tus antorchas y te alumbrarán el camino.

11

En la HASAG, el domingo era el día en que Abram y yo podíamos ver a papá.

El domingo, sin embargo, y a pesar de ser un día festivo, también era cuando aparecían los hombres de las SS y nos ordenaban que formáramos filas en la Appellplatz *de la fábrica. Los de las SS se nos acercaban en exceso, y a veces incluso obligaban a algún judío a abrir la boca para examinarle los dientes y las encías y comprobar si estaba sano. Las SS rodeaban y atravesaban las filas como sierpes, con los pantalones metidos dentro de las altísimas botas negras, en busca de personas encorvadas o que temblaran por efecto de la fiebre u otras enfermedades. Con un ligero movimiento de cabeza o de brazo, los oficiales de las SS dirigían a algunos judíos hacia la izquierda y a otros, hacia la derecha. Un lado significaba vivir. El otro, morir. Fuera como fuera, los reemplazos de los guetos ya estaban en camino.*

Aquel domingo, a mi padre y a Abram les ordenaron que se colocaran a la izquierda, mientras que a mí me enviaron a la derecha.

Eché un vistazo a los hombres que tenía al lado: frágiles, tosiendo, resollando, algunos amarillos por haber trabajado con ácido pícrico. Estaba en el lado equivocado.

Sin pensármelo dos veces, me fui corriendo hacia uno de los tipos de las SS que no había visto a qué fila me habían enviado. Gesticulé histérico hacia la cola en la que estaba mi padre, sacudiendo la cabeza y exclamando «no, no, no» en alemán.

El tipo me clavó la mirada, y me percaté de que le temblaba el mostacho, como si estuviera a punto de echarse a reír.

Levanté las manos frente a mí como en una oración cristiana y señalé a la fila de los dolientes. «Sí, sí, sí», dije en alemán.

Al soldado de las SS se le iluminó la mirada.

Acto seguido, volví a señalar a mi padre, que tenía los ojos fuera de las órbitas, casi como faroles en una noche sin luna. Estaba fingiendo que no quería ir a la cola de mi padre, sino a la otra.

Finalmente, el tipo de las SS apretó mucho los labios, me dio un coscorrón y me ordenó que me fuera a la de la izquierda.

Tiré los dados, convencido de que me enviaría justamente a donde no quería ir. Y gané la tirada.

Me tocó vivir un día más.

Durante el trayecto de vuelta a Francia, me acurruqué en uno de los asientos más arrinconados del tren, junto a una ventana, con el torso totalmente cubierto y lejos de las otras dos familias judías con las que compartía vagón. No quería hablar con nadie.

Me pasé la mayor parte del viaje fingiendo que descansaba, con los ojos firmemente cerrados, pero lo cierto era que no podía dormir. Mi mente era un hervidero; pensaba en Leah, en Treblinka, en Chaim y Nathan, en la HASAG, en Abram... en el montón de veces que había estado al borde de la muerte, yo, el bebé de la familia, el que tenía menos posibilidades de sobrevivir. Y lo logré. ¿Por qué?

Escuchaba las conversaciones del vagón y me percataba de todos los sonidos de las estaciones cuando parábamos a dejar y recoger pasajeros: zapatos de tacón en el cemento, las risitas de los niños, el silbato del tren, el traqueteo de las bielas cuando las ruedas se ponían en marcha.

Me di cuenta de que jamás me había sentido tan ajeno a la vida.

A medida que el tren se acercaba a París, me iba poniendo más y más nervioso. Lo único que quería era bajarme e ir a otro lugar; desaparecer.

Cuando el tren redujo la marcha para entrar en la estación, comencé a recoger las pocas pertenencias que llevaba, listo para bajar. Sin embargo, en el instante en que me puse en pie, fijé la vista en una muchacha que había estado sentada justo enfrente de mí. Debía de tener mi edad, y me devolvió la mirada. Tenía los cabellos dorados, la nariz salpicada de pecas y unos ojos azules que parecían verdes cuando el tren pasaba por alguna farola que iluminaba el compartimento. En un mundo aparentemente apagado y gris, me pareció que ella era como la luz de las estrellas, y, antes de darme cuenta, volví a dejarme caer sobre el asiento.

Iba cogida de la mano de un hombre mayor sentado junto a ella. Se agarraban con fuerza, como si temieran soltarse.

Recordé entonces la noche en que Chaim me había llevado a la HASAG. Yo no me soltaba de la cintura de mi madre, suplicando que no me separaran de ella. «No te preocupes. Nos veremos pronto. Va, vete con tu hermano Chaim. Te ha conseguido trabajo», me susurró.

Me acomodé en el asiento. La chica me dirigió una sonrisa sutil y un movimiento de cabeza antes de recostarse sobre el brazo del hombre.

Conocía a aquella muchacha, pero no era capaz de ubicarla.

Tal vez fuera solo un sueño, pero hubo algo en ella que me hizo decidirme a ir al castillo de Ferrières.

Abram, el novio de Leah, me contó antes de que me fuera de Feldafing que la familia Rothschild, los propietarios del castillo de Ferrières, era una de las familias más ricas de toda Europa. Debían su fortuna a sus actividades bancarias. El castillo de Ferrières se construyó a mediados del siglo XIX, y cuando los alemanes tomaron el control durante la ocupación de Francia, se hicieron con las obras de arte, estatuas y muebles más valiosos que había dentro.

Si ya me pareció que nuestro hogar en Écouis era el más grande que había visto en mi vida, el *château* era como la Masada francesa: un gigantesco castillo ajardinado con árboles ornamentales, exuberantes rosales y estatuas. Las ventanas del castillo destellaban con las luces del interior, como piezas de oro con diamantes. Para mí, entrar en aquella propiedad fue como adentrarme en la historia que Jakow nos contaba sobre la princesa desaparecida a la que finalmente encontraron en un palacio de oro, rodeado de una fortaleza hecha de perlas.

Deseé que Jakow pudiera ver el *château* de Ferrières. Aquel era justo el castillo del que hablaba su cuento.

Dejé mi morral en los escalones de cemento que conducían a la entrada del castillo de Ferrières.

Empecé a dar vueltas con los brazos extendidos, abierto a todo, embriagado por los aromas de los parterres, y me di cuenta de que me había pasado años en los que los únicos olores a mi alrededor habían sido los de la podredumbre de los cadáveres, nuestros propios excrementos, los efluvios de los enfermos y el hedor corporal. Me detuve y observé los jardines. Ni cuando Jakow nos contaba la historia de la princesa y el palacio, siendo un niño pobre de Skarżysko-Kamienna, me habría imaginado que pudiera existir un reino así.

Me quedé muy quieto, escuchando el borboteo del agua de las numerosas fuentes. Poco después, oí las voces que arrastraba la suave brisa del verano. Voces de muchachos que no provenían del interior del palacio. Recogí el morral y las seguí hasta girar por una de las enormes torres de la finca y ver un largo edificio de una sola planta con aspecto de búnker. Contuve el aliento.

Parecía un barracón.

La puerta principal estaba abierta y, al acercarme, percibí olor a tabaco y la voz de Ralph resonando por encima de todas las demás.

Ralph se había encaramado a una silla digna de un rey, hecha de delicada madera tallada con un respaldo mucho más alto que él. Estaba hablando de nuevo sobre Stalin y el comunismo, sobre que nada pertenecía a nadie, sino que debía ser puesto al servicio de todo el pueblo, y eso incluía el castillo de Ferrières. Ralph era como los

movimientos clandestinos de Buchenwald, los hombres que tal vez sobrevivieron porque estaban decididos a luchar, a encontrar la forma de resistir a los nazis fuera como fuera. Quizá Ralph se las estaba apañando mucho mejor que yo. Yo vivía por un puñado de sueños que no dejaban de romperse. A él lo alentaba su pasión.

—¡¿Qué hacemos en las dependencias de los sirvientes?! —gritó un muchacho.

Otro puñado de chicos levantó los puños en alto y exclamó:

—¡Eso, ¿por qué?!

—¿Dormiremos aquí? —le susurré a la persona que tenía más cerca.

Asintió y me informó de que, de hecho, el castillo de Ferrières nos estaba vetado. Podíamos movernos por el recinto y por aquella casa, que estaba destinada a los sirvientes. Y nada más.

—Y no te lo pierdas: la OSE nos trae aquí la comida —añadió.

—¡Debemos abolir la propiedad privada! —exclamó Ralph entre calada y calada del cigarrillo—. Los Rothschild huyeron de la Francia ocupada y se establecieron en Inglaterra. Abandonaron al resto de los judíos de Europa a su suerte. Para ellos, somos como familiares lejanos. Lo único que les importa es su riqueza —escupió Ralph, y la sala prorrumpió en vítores—. Karl Marx dijo: «Con la propiedad privada... cada uno trata de establecer sobre el otro una especie de poder ajeno y, así, satisfacer su propia codicia» —sentenció Ralph.

—¡Abajo los Rothschild! —comenzaron a corear los muchachos, con unos vozarrones que retumbaban contra las paredes y me ensordecían.

Algunos de los chicos más próximos a Ralph empujaron las literas de madera hasta el centro de la habitación y les quitaron los colchones, que otro grupo de chicos se dispuso a desgarrar. Mientras tanto, el cuarto vibraba con las voces de los muchachos repitiendo el mantra:

—¡Stalin! ¡Stalin! ¡Por nuestro padre!

Ralph, acomodado en su trono, esbozó un gesto engreído mientras el chico húngaro que me odiaba y Abe enrollaban varios periódicos. Ralph le lanzó su mechero de plata y el húngaro prendió el papel que había colocado debajo de una de las estructuras de las literas. Otro chico añadió parte de la tela de los colchones a las llamas.

El fuego se extendió en un abrir y cerrar de ojos. La madera crepitaba y las llamas se acercaban a las cortinas.

Mientras el humo iba llenando las dependencias del servicio, algunos se abrían paso a empujones para huir por la puerta principal, mientras otros, con trapos cubriéndoles los rostros para no inhalar humo, iban echando más objetos inflamables a aquel infierno, como plumas de las almohadas, diarios y una colección de revistas. La

habitación no tardó en convertirse en un cuadro de rojos, naranjas, azules y púrpuras, y todos, olvidadas ya nuestras diferencias, observamos juntos el resultado de la hecatombe que habíamos provocado.

No tenía claro dónde se hospedaba el servicio real, pero apenas habían pasado unos segundos cuando llegaron corriendo al edificio con cubos y mangueras de jardín.

Apagaron el fuego antes de que le provocara daños a la estructura de las dependencias, pero el interior estaba hasta arriba de humo y un par de camas y las cortinas habían quedado calcinados. Nos dijeron que durmiéramos al raso con las pocas sábanas que pudimos salvar. La mayoría de nosotros guardábamos silencio. No llegó a verbalizarse, pero creo que todos sabíamos que nos habíamos pasado de la raya.

A la mañana siguiente, fuimos a desayunar sin mediar palabra. Habían servido los alimentos en uno de los enormes patios del recinto. Luego nos tocó esperar, y apenas unos pocos chicos charlaban.

Ralph se había ido. No lo veía por ninguna parte.

Madame Minc, Nini, el profesor y otros miembros de la OSE caminaban nerviosos frente a nosotros, como si no supieran qué hacer. Al cabo de un buen rato, nos pidieron que los siguiéramos. Como una procesión de muertos, fuimos serpenteando por los senderos con intrincadas obras de mampostería de la finca, vigilados en todo momento por el imponente castillo de diamantes y perlas, como un airado gigante de oro que vertiera sobre nosotros toda su furia.

Nos sentamos con las piernas cruzadas en el césped, húmedo por el rocío, y nos quedamos observando al equipo de la OSE, que cuchicheaba con gesto grave. Madame Minc fruncía la nariz y no dejaba de sacudir la cabeza, como si no conviniera con la voluntad del resto. A poca distancia de mí estaban sentados los Intelectuales. En un momento dado, oí a Elie comentarle a uno de sus amigos:

—Siento lástima por ellos. Creen que pueden educarnos, y, sin embargo, el más joven de los nuestros sabe más que el mayor de los suyos sobre cómo funciona el mundo, la futilidad de la vida y el brutal triunfo de la muerte.

Había una mujer nueva en el grupo, que había llegado poco antes de que yo me marchara a Feldafing. Al cabo de un rato, dio un paso al frente y anunció a viva voz que nos iban a separar. Abe se acercó a mí y me susurró que la mujer se llamaba Judith, y que venía de la OSE suiza. Los muchachos que querían alimentación *kosher* y seguir con las ceremonias y los estudios religiosos irían al castillo de Taverny, nos dijo Judith. Acto seguido, leyó los nombres de los chicos que irían a

Taverny, entre los cuales estaban los Intelectuales.

Los que tuvieran entre catorce y dieciséis años y no quisieran recibir ese tipo de educación religiosa irían a Le Vésinet.

Judith continuó diciendo que en cuanto el grupo de Le Vésinet llegara a su destino, darían comienzo unos Juegos Macabeos. Salek se inclinó hacia mí y me explicó que los primeros Juegos Macabeos se habían celebrado en Palestina en 1932, un año después de que yo naciera. Eran idénticos a los Juegos Olímpicos, pero estaban reservados a atletas judíos. Los Juegos Macabeos debían su nombre a los macabeos, y se celebraban en honor a la rebelión de Bar Kojba, que tuvo lugar alrededor del año 132 d. C., y en la que los judíos de la provincia romana de Judea, liderados por Simón bar Kojba, se rebelaron contra el Imperio romano, que en ese momento amenazaba con edificar una nueva ciudad sobre las ruinas de Jerusalén y erigir un templo en honor al dios romano Júpiter en el monte del Templo.

—Tenemos la esperanza de que esto solucione vuestras diferencias —prosiguió Judith—. Tal vez mediante el deporte logréis dejar de lado todo aquello que os divide, uniros y comenzar a seguir adelante con vuestras vidas. Creemos en todos vosotros, sin excepción.

Unos pocos días más tarde, Abe, Salek, Marek, Joe y yo subimos atropelladamente la escalera del apabullante castillo de Le Vésinet, nuestro nuevo hogar, y escogimos una de las habitaciones de la segunda planta. Aunque fuera más pequeña que la que habíamos compartido en Écouis, nos dio la impresión de que habían traído las mismas literas de madera.

Le Vésinet era uno de los barrios más pudientes de París. Salek, evidentemente, se había informado antes de que llegáramos. Nos encontrábamos a unos dieciséis kilómetros del centro de París, según nos dijo madame Minc, quien nos acompañó a Le Vésinet. Nini y Judith se fueron con los Intelectuales. Salek había descubierto que Le Vésinet también había sido la sede de una oficina de inteligencia alemana durante la ocupación nazi de Francia. La oficina espiaba a los ciudadanos franceses y torturaba a aquellos que pudieran disponer de información sobre soldados británicos atrapados en Francia, como paracaidistas o pilotos cuyos aviones se hubieran estrellado.

La mansión, como tantas otras de la misma calle, estaba hecha de piedra y madera, y, al igual que en Écouis, el interior estaba decorado con sedosos papeles pintados de color pastel que acusaban el paso del tiempo. Las alfombras estaban deshilachadas, como si las pisadas de las botas hubieran arrasado las fibras. Los revestimientos de madera salpicados de manchas rojas le conferían al espacio un aspecto sofocante, como el de un anciano que tratara de abrir sus ojerosos ojos

cuando se descorrían las pesadas cortinas por la mañana.

Enviaron a unos cincuenta chicos de Buchenwald a Le Vésinet, casi todos polacos —aunque no todos, puesto que el abusón húngaro que quería darme una paliza estaba con nosotros—, y fuimos recibidos por cincuenta huérfanos judíos franceses a los que había salvado la OSE. La organización había ocultado a numerosos niños judíos cuando los alemanes invadieron Francia, sobre todo al sur del país, en granjas y orfanatos cristianos.

Nuestra primera cena, un verdadero festín de bienvenida, consistió en estofado de ternera y pollo asado con patatas y mantequilla. Los muchachos que tocaban instrumentos actuaron durante la sobremesa. Había un chelista entre nosotros, y uno de los chicos franceses tocó al piano una pieza clásica que, según comentó, compuso Chopin, a la que siguió un tema de *blues*, un género de música originario de los esclavos africanos del sur de Estados Unidos y del Caribe.

Cuando la actuación terminó, Abe nos sugirió que saliéramos un rato. Nos condujo hasta un parterre de rosas recién plantadas y nos pidió que nos sentáramos.

—Tengo que contaros algo —anunció.

Negué con la cabeza y mascullé un «no». Sabía lo que iba a decir incluso antes de que saliera de su boca: Abe se marchaba.

—A Estados Unidos —añadió con voz queda.

—¿Adónde? —pregunté, controlando el nudo que se me había formado en el estómago.

—A Nueva York. Tengo un tío allí, hermano de mi padre —respondió lentamente, y luego se aceleró, como si creyera necesario darnos una explicación—. Mi tío contactó con la OSE. Lleva buscándome... Bueno, lleva buscando a toda la familia desde que supo lo que estaba pasando aquí... en Europa. Hace años que nos busca.

Abe se frotó los ojos y se manchó la cara de tierra. Los cinco nos quedamos en silencio, pero sentía que, en nuestros adentros, estábamos gritando.

Abe tenía un año más que yo. Nos habíamos visto fugazmente antes de partir hacia Częstochowa con destino a Buchenwald. Él, igual que yo, había sido mano de obra esclava en la HASAG, pero en la fábrica de Kielce, en Polonia. Era maquinista y, cuando cumplió trece años, hasta lo ascendieron a capataz. Abe y yo nos hicimos amigos cuando acabé bañado de carne ardiente después de la explosión de la lata en el tren. Desde entonces, habíamos sido inseparables.

Abe nació en Łódź el 10 de junio de 1930. Tenía un hermano, Morris, diez años menor que él. La familia se libró del gueto de Łódź al irse a vivir al diminuto apartamento de una de sus abuelas, en el pueblo de Nowy Korczyn. El padre, para ayudar a la familia,

compraba y vendía mercancía en el mercado negro, y Abe le echaba una mano con las operaciones de contrabando.

En octubre de 1942, los alemanes liquidaron Nowy Korczyn y a toda la población judía. Abe, su hermano, su abuela y su madre, junto con otras quince personas, consiguieron huir, pero los acabaron capturando. Abe y su madre fueron enviados a trabajar a la HASAG. Su primer trabajo fue de ayudante de un electricista, pero tenía mucha agilidad en los dedos, como yo. Era un niño menudo pero fuerte, y trabajaba rápido. Eso sí: era arrojado y extrovertido, no como yo, y no tardó en ganarse un ascenso porque no le importaba ir dándoles órdenes a los demás.

Cuando los alemanes empezaron a trasladar a los esclavos de Polonia, a Abe lo enviaron a Przedbórz a cavar zanjas antitanques, y poco después a la fábrica de la HASAG en Częstochowa.

En Buchenwald, Jakow nos ordenó a Abe y a mí que no saliéramos de los barracones bajo ninguna circunstancia. Pero nos gustaba escaparnos y deambular por el campo. Un día, cuando la nieve caía como copos de sal, divisamos un montón de patatas tan gigantesco que pensamos que un camión monstruoso acababa de vaciar su carga en el suelo. No sé por qué no las habían transportado a un almacén o a las cocinas, pero había dos guardias de las SS rodeando el montón, vigilando las patatas, marchando en direcciones opuestas.

Abe y yo nos escondimos entre unos barriles metálicos colocados contra el muro de uno de los barracones. Observamos la escena y contamos cada segundo hasta que, por un instante, los guardias desaparecieron. «Si corremos lo suficientemente rápido —le susurré a Abe—, podemos acercarnos y llevarnos unas cuantas sin que nos vean.» Abe y yo nos enzarzamos en una discusión susurrada para dirimir quién era el más veloz, sin ni siquiera tener en cuenta que, si fallábamos, nos matarían. Al final, y por culpa de su arrojo, Abe echó a correr y me dejó con la boca abierta y la mirada clavada en los movimientos enérgicos de sus piernas y brazos. Cuando volvió, llevaba tres patatas en las manos.

De vuelta en el Bloque 8, Abe y yo quitamos una de las bombillas del techo, pasamos un cable alrededor de la patata y conectamos la parte suelta del cable a una toma de corriente. Cuando encendimos la luz, la patata se cocinó. Esa noche nos engañamos pensando que aquellas patatas eran tartas de limón y estofados hasta arriba de jugosa carne. A cada mordisco nos imaginábamos de vuelta en casa, con las mesas llenas de platos de comida interminables que degustábamos y devorábamos. Aquel día le comenté a Abe que el hambre tenía una forma curiosa de conseguir que los alimentos supieran mejor. «Es como si nuestras papilas gustativas ansiaran que

les recordáramos lo que solíamos comer.»

—Saldré hacia Estados Unidos desde Cherburgo... en barco... hasta la isla de Ellis —continuó Abe—. Tengo miedo, Romek.

—¿De qué? —le pregunté, centrándome en él en vez de en nuestros recuerdos.

—¿Y si... nunca me reúno con mi familia, Romek? —respondió, con la voz cada vez más frágil—. Si me voy a Estados Unidos, ¿cómo van a encontrarme?

—¿Y yo? ¿Cómo voy a encontrarte? —le acabé preguntando.

Sentado ahí, con la mirada fija en Abe, me pregunté a mí mismo: «¿Acaso puedo perder algo más?».

12

Durante los días previos a la liberación, se vivieron bombardeos por todo Buchenwald.

Las bombas estadounidenses detonaban tan cerca de los barracones que los cimientos temblaban. No fueron pocas las veces que Abe y yo oímos el silbido de las bombas cortando el aire mientras caían.

Le supliqué a Abe que huyéramos, que echáramos a correr, que abandonáramos aquel lugar antes de que una bomba nos cayera justo encima. «Me niego —le dije a Jakow— a haber sobrevivido para morir poco antes de conseguir la libertad.»

El día anterior a la liberación, Jakow nos informó de que los nazis se habían llevado a ciento cincuenta niños judíos y los habían cargado en un tren con destino a ninguna parte. Las SS querían, simplemente, matarlos, así como ocultar las pruebas de sus atroces crímenes. Aquel era el momento más peligroso para marcharnos, nos previno Jakow.

Durante los últimos estertores de la noche previos al alba, cuando el silencio pesaba como una losa, Abe accedió a huir conmigo, a pesar de las circunstancias. ¿Cómo íbamos a saber que apenas faltaban unas horas para nuestra liberación? Aquella era nuestra oportunidad, cuando todo el campo, incluidos los barracones de las SS, dormía. No hizo falta que le recordara a Abe que los vigilantes de las torres podían estar despiertos y que aprovechaban a los prisioneros que abandonaban los barracones por la noche para hacer prácticas de tiro: prisioneros que necesitaran orinar o fumar, muertos.

Cuando Abe y yo salimos del barracón, nos oscurecimos la cara y las franjas blancas de los pijamas con barro, con la esperanza de poder camuflarnos con la noche.

Avanzábamos muy despacio, casi de puntillas, en dirección al portón de metal que rodeaba nuestro búnker. Poco después, vi una flor. Una florecilla blanca que crecía entre el lodo.

—Creo que estamos muertos —le susurré a Abe.

Hacía un frío que pelaba. Podía ver el aire que salía de mi boca cuando hablaba gracias a la tenue luz de las torres de vigilancia.

—¿Estamos en el cielo? —me preguntó Abe, absorto también en su respiración.

Abe y yo nos quedamos paralizados. El silencio que nos rodeaba era muchísimo más aterrador que el miedo a que nos pudiera caer encima una bomba estadounidense. Le susurré que quería volver a oír los tremendos

ronquidos de Jakow y la suave voz de Willy el Alto avisándonos de los recuentos por la mañana.

El 11 de abril de 1945, a media tarde, Abe y yo nos habíamos hecho un ovillo debajo de uno de los somieres de madera de las camas, ajenos al paso del tiempo, sin saber si estábamos vivos o muertos.

En el exterior se oían ruidos apresurados de pasos y voces masculinas cantando y vitoreando.

Jakow, en un momento determinado, gritó a viva voz que ya no había peligro y que los niños podíamos salir. Los movimientos clandestinos y la resistencia se habían hecho con el control del campo; las SS habían huido. El reloj de la entrada se había detenido a las 15.15: la hora exacta de nuestra liberación.

En ese instante, solo era capaz de pensar en los años que me había pasado despertándome cada mañana sin que la pesadilla terminara.

Ante mí se presentaba la vida. Había sobrevivido.

«Pero ¿qué es la vida? —pensé mientras los todoterrenos estadounidenses invadían el campo—. ¿Cuál es el sentido de la vida cuando te han reducido a un mero número?»

—Me llamo 117098 —le respondí al soldado estadounidense que me preguntó mi nombre. Me había pasado tres años siendo únicamente eso.

Yo era 117098.

Incluso una florecilla blanca asomando entre el lodo, la esperanza creciendo en el barro, me asustaba.

Representaba la libertad en un momento en el que yo solo conocía el cautiverio.

Una mañana de finales de agosto, después de que se retiraran los platos y los alimentos del desayuno, los de la OSE nos dividieron en equipos para los Juegos Macabeos. Un miembro de la OSE nos informó de que los habían hecho en función de nuestro peso y estatura, pero también nos habían separado de nuestros amigos para que conociéramos a gente nueva. Abe, Salek, Marek, Joe y yo estábamos en equipos distintos. El húngaro que quería darnos una paliza a Abe y a mí en Écouis iba en mi equipo. Me dedicó un gruñido cuando la OSE nos repartió pantalones cortos y camisetas blancas. Mientras subíamos al piso de arriba para cambiarnos, me dio un codazo en la escalera. La poca simpatía que me hubiera podido mostrar aquella noche en Écouis había desaparecido.

Nos sentamos con nuestros equipos en el jardín de la mansión. Nos anunciaron que la primera orden del día era buscarle nombre al equipo. Hicimos un círculo, pero ninguno de los miembros del equipo, yo incluido, abrió la boca. Nos limitamos a mirarnos de arriba abajo con sospecha. Finalmente, un muchacho de Varsovia propuso un

posible nombre. Los demás nos encogimos de hombros. No nos importaba lo más mínimo. A continuación, debíamos escribirlo en un gran cartel que el chico de Varsovia llevó a cuestas mientras desfilamos hacia el campo de fútbol cercano para la ceremonia inaugural de los juegos.

Un miembro de la OSE dio el pistoletazo de salida a los juegos repasando las reglas de juego limpio, camaradería y deportividad que todos debíamos respetar. Los juegos no consistían en ganar, sino en apoyarse los unos a los otros. Las pruebas deportivas incluirían una carrera, una competición de saltos, fútbol, descenso en trineo por una pequeña colina de hierba, saltar de árbol en árbol mediante cuerdas y otras actividades en equipo.

Me lo pasé bomba con las carreras, y llegué a las semifinales en una de las de media distancia. Pero perdí contra Abe, a quien apenas le costó superarme. De hecho, no solo ganó aquella carrera, sino también dos de las de corta distancia.

Mi equipo pinchó bastante en el campo de fútbol. No jugábamos a una. Cada uno se fijó el objetivo de hacerse con el control de la pelota y echar a correr por su cuenta, sin pasarla. El otro equipo, tres cuartos de lo mismo. Los chicos no solo fulminaban con la mirada a los del otro bando, sino también a los del suyo. Íbamos 0-0 cuando solo faltaban dos minutos para que acabara el partido. Entonces fue cuando el húngaro se giró hacia mí y me dijo que ya había aguantado suficiente. Su espíritu competitivo pudo con sus ansias de hacernos daño a mí y a los demás chicos polacos. Comenzó a atravesar el campo con la pelota. Cuando estaban a punto de interceptarlo, le pasó el balón al muchacho de Varsovia y este, a mí. Yo estaba justo delante de la portería, así que chuté y marqué. Ganamos el partido. Cuando sonó el silbato, los miembros de mi equipo nos felicitamos con los pulgares en alto y haciendo símbolos de victoria con la mano, y luego abrazamos a nuestros contrincantes. En aquel instante, algo se quebró: nuestro odio, tal vez. Empezamos a ver a los demás como extensiones de nosotros mismos.

Lo siguiente fueron las carreras de relevos, e incluso una prueba a tres piernas. El húngaro y yo unimos fuerzas y ganamos.

En una de las pruebas de relevos acabamos precipitándonos unos encima de los otros y muertos de la risa porque éramos incapaces de pasarnos el testigo sin que se nos cayera al suelo. De repente, todos, sin importar el equipo, empezamos a reírnos y a ayudarnos mutuamente.

En las finales de fútbol, después de que mi equipo quedara eliminado en los cuartos de final, nos sentamos todos codo con codo a disfrutar del partido, animando a los dos equipos a medida que marcaban goles y resoplando ante pases perdidos.

Al terminar el segundo día, y antes de la ceremonia de clausura, nos cogimos del brazo y bailamos la hora. Acto seguido, y sin movernos del sitio, cantamos la canción de Buchenwald.

Cuando el día se despierta,
y antes de que el sol aparezca,
las cuadrillas marchan a las faenas del día
al romper el alba.
El bosque está negro y el cielo brilla rojo,
en los sacos llevamos un mendrugo de pan
y en nuestros corazones, tristeza.
Oh, Buchenwald, no puedo olvidarte,
pues eres mi destino.
¡Solo quien te ha abandonado, solo él puede saber
lo maravillosa que es la libertad!
Oh, Buchenwald, ni lloramos ni sollozamos,
y, sea cual sea nuestro destino,
diremos sí a la vida,
pues llegará el día en que seremos libres...

La última noche que Abe pasó con nosotros, madame Minc les pidió a los cocineros que prepararan *pierogi* rellenos de setas y col, un plato polaco, y, de postre, bollos de miel que, en palabras de Abe, sabían como los de su madre, y se le saltaron las lágrimas. Los polacos que tocaban algún instrumento y sabían cantar interpretaron aquella noche canciones tradicionales polacas. Mientras las escuchaba, recordé cuando Jakow cogía su acordeón o un violín, e incluso puntualmente una flauta, y tocaba canciones similares. Antes de que todo el mundo se fuera a la cama, los niños polacos cantamos *Boże, coś Polskę*, «Dios salve a Polonia».

Abe y yo nos quedamos despiertos, sentados en el comedor, sorbiendo té y charlando sobre Buchenwald.

—¿Te acuerdas de los paquetes de la Cruz Roja? —me preguntó sin venir a cuento.

Cómo olvidarlos.

Los movimientos clandestinos de Buchenwald habían conseguido que los paquetes de la Cruz Roja que recibían los presos políticos fueran para los niños. Los adultos, a pesar de estar hambrientos, estuvieron más que dispuestos a entregar los suministros de carne enlatada, dulces, calcetines de invierno y jerséis enormes tejidos a mano en cuanto supieron que irían destinados a los niños, algunos de solo siete años. Cuando Abe y yo recibimos nuestros paquetes, destrozamos las cajas y tiramos sobre la cama todo el contenido, desde

vendas pasando por un par de calentadores de orejas, hasta encontrar lo que buscábamos: chocolate. Llevábamos sin probar el chocolate ni ningún otro tipo de dulce desde que Alemania invadió Polonia. Abrimos cuidadosamente el envoltorio dorado y dejamos las tabletas justo delante de nosotros. Después de admirarlas durante un buen rato, y siempre con cautela, aún sin saber si abriríamos los ojos y el chocolate habría desaparecido, las volvimos a coger. Los dos lamimos el chocolate como si de un helado se tratara, demasiado asustados como para morderlo, puesto que teníamos las encías en carne viva y los dientes sueltos y podridos por la malnutrición.

No quería que Abe se fuera, pero sabía que no había otra opción.

13

Me había quedado dormido.

Lo primero que hice fue echar un vistazo a su catre, y vi que lo habían vaciado. La maleta ajada de cuero marrón en la que había guardado sus escasas pertenencias, como las copias de las fotos que nos hicimos en Écouis, había desaparecido.

Salté de la cama, presa del pánico. Sin ni siquiera preocuparme por atarme los cordones de los zapatos, bajé atropelladamente la escalera de dos, tres o hasta cuatro escalones a la vez, corriendo con todas mis fuerzas hasta el comedor. No estaba allí. Madame Minc me informó de que ya se había ido, pero me dijo que, si me daba prisa, podría pillarlo en la estación de tren.

Las piernas no tardaron en flaquearme; tenía los músculos doloridos de correr y notaba una ampolla en uno de los talones. Aun así, y sin saber bien cómo, llegué a tiempo a la estación, sin aliento y resollando.

Era primera hora de la mañana y una gran multitud de trabajadores franceses se abría paso hasta los andenes.

Me colé entre ellos y fui avanzando como pude, pero no veía a Abe por ninguna parte. Iba dando saltitos para ver por encima de los cuerpos, y comencé a gritar el nombre de Abe. Llegó un tren que absorbió a la mayor parte del gentío, y me quedé solo en el andén.

Dejé caer los hombros y suspiré. Se había ido. Quizá no volvería a verlo jamás.

—¡Romek! —exclamó una voz.

Alcé la vista y vi a Abe en el andén opuesto con el profesor. Los dos me hicieron un gesto para que me acercara. Hice ademán de descender a las vías y atravesarlas cuando uno de los conductores me agarró por el cuello de la camisa y tiró de mí. Cuando me señaló la salida, yo le expliqué, en yidis y con gestos, que necesitaba encontrarme con mi amigo al otro lado de las vías. El conductor me espetó algo en francés con el humo saliéndole por las orejas y los ojos fuera de las órbitas.

—¡No puedes cruzar las vías! —gritó el profesor—. Podrías electrocutarte. Te esperamos aquí.

Cuando alcancé a Abe, caí rendido de rodillas por la fatiga. Abe me dio un abrazo. El contacto con su suave piel me resultó cálido y familiar.

—El profesor me ha dicho que puedes venir con nosotros —me dijo cuando nos separamos. Lo miré fijamente a los ojos. Tenía las mejillas empapadas de lágrimas, como yo—. Es un viaje largo, pero a lo mejor es el último que hacemos juntos.

Era la primera vez que veía el mar, el océano, que olía el aroma a algas y sentía el salitre en el rostro. La luz de la costa norte de Francia parecía más tenue, los cielos, más altos, los trinos de los pájaros más distantes, como voces que se alzaran hacia los cielos en lugar de descender a la tierra, como la lluvia. Abe iba a tomar un barco en Cherburgo, un puerto que justo acababa de abrir después de haber sido destruido durante la invasión aliada de Francia.

El barco era tan grande que, al estar pegado a él, no era capaz de ver dónde comenzaba y dónde terminaba. Solía hacer barquitos de papel que después lanzaba al río Kamienna, pero nada era comparable a aquel barco. Los pasajeros, casi todos hombres con uniformes del ejército de Estados Unidos, ya habían embarcado y saludaban apoyados en las barandillas.

Para mí, Estados Unidos era John Wayne, la estrella de Hollywood cuyas películas veía con subtítulos en polaco en Skarżysko-Kamienna. No era capaz de imaginarme esa tal ciudad de Nueva York, que, según Abe, era igual de grande que París, si no más, con edificios más altos que la Torre Eiffel que casi tocaban el cielo.

Nos echamos a un lado, Abe abrió la maleta de piel y sacó una de las camisas que había seleccionado del camión en Écouis. Me la entregó.

—Esta fue mi primera posesión —me dijo—. Fue lo primero verdaderamente mío desde que me fui de Łódź. Quiero que te la quedes.

Me estremecí. Yo no había pensado en traerle nada.

—¿Sabes por qué eché a correr a por las patatas? —me preguntó.

—¡Porque eres un cabezón y siempre quieres salirte con la tuya! —le reprendí.

—No —me corrigió, con el gesto serio—. Porque a mi hermano pequeño lo enviaron a las cámaras de gas. Sí, lo sabía. Y no quería perder a otro hermano.

Me quedé sin aliento y caí en la cuenta de que yo también consideraba a Abe un hermano.

—Yo no soñaba con volver a casa con mi familia como tú —continuó—. No tenía ningún sueño que me ayudara a seguir adelante. No estaba nada convencido de que mi padre o mi hermano estuvieran vivos, al contrario que tú. Pero tu sueño, tu esperanza de entrar en casa y que todos estuvieran esperándote, fue lo que me hizo perseverar. Sobreviví gracias a tu sueño. Me ayudaste a creer.

—Probablemente todos los chicos tuvimos algo dentro de

nosotros que nos sirvió para seguir adelante. Todos nos vimos obligados a buscar algo por lo que sobrevivir —dije y le di un abrazo.

No aparté la vista de Abe mientras subía por la tabla del barco. Al cabo de un buen rato, se convirtió en poco más que una mota de polvo entre los soldados del ejército estadounidense. Aun así, le dije adiós con las manos, me estuve despidiendo de él hasta que me dolieron los brazos. El profesor y yo seguíamos esperando cuando sonó la bocina que indicaba la partida inminente. Y nos quedamos allí, sin dejar de mirar el barco, cuando el enorme navío abandonó el puerto en dirección al canal de la Mancha y, después, al océano.

Todos los días sin excepción, los muchachos de Le Vésinet nos enterábamos de las muertes de miembros de nuestra familia, amigos y vecinos de nuestras ciudades y pueblos. La información provenía en general de las personas que visitaban el centro y de rumores, pero, a medida que escuchábamos noticias nocturnas en la radio sobre la magnitud de lo que los nazis les habían hecho a los judíos de Europa, sospechamos que la información era cierta. Algunas veces esta era directamente fáctica, puesto que se había extraído de los archivos que los nazis almacenaban en los campos de concentración y que estaba descifrando la inteligencia aliada. En esos casos era cuando madame Minc llamaba al muchacho en cuestión a su despacho y le transmitía las noticias con todo el tacto posible. Todos parecíamos respirar aliviados cuando el nombre que pronunciaba no era el nuestro. Llorábamos, nos plañíamos y consolábamos a aquellos a los que les llegara la noticia del asesinato de su madre, su hermana, su hermano o su padre. Todos aguardábamos inquietos, ansiosos, sabiendo que pronto nos tocaría a nosotros, pero tratábamos de aferrarnos a la esperanza de que seríamos los afortunados.

Joe, Marek y Salek estaban estudiando con los profesores que visitaban Le Vésinet. Aprender era algo así como la forma de olvidar la tensión con la que vivíamos a diario. Las lecciones consistían principalmente en clases de francés y matemáticas, con el objetivo de que, una vez que tuvieran un buen dominio del idioma y hubieran recuperado el nivel que les correspondería de no haber abandonado la escuela, irían a un colegio francés con otros niños. Por las tardes, llegaba el turno de los trabajadores sociales. Nos dividían en grupos pequeños y nos sentábamos en semicírculo en unas incomodísimas sillas de madera que crujían cuando te movías para escuchar a hombres y mujeres que nos hablaban de las oportunidades educativas, la formación profesional y la inmigración a Francia u otros países que pudieran acogernos. Se suponía que los trabajadores sociales debían animarnos a hablar sobre nuestro futuro, pero la mayoría éramos

incapaces. Nos quedábamos sentados en silencio, removiéndonos en los asientos, hasta que alguien soltaba alguna de sus experiencias en los guetos o en los campos de exterminio. Y entonces era cuando nos abríamos. Todos queríamos compartir nuestras historias.

A mí no me gustaba estudiar, o, al menos, no como a Joe, a Marek y a Salek. Durante las clases, se me iba siempre el santo al cielo. Un día comencé a recordar a mis amigos del colegio en Polonia, Halinka y Wiesiek, una hermana y un hermano que se llevaban un año. También eran vecinos nuestros y vivían a apenas unas casas de la mía, en la calle del Tres de Mayo. Por Navidad, iba a su casa, cantábamos villancicos y decorábamos el árbol de Navidad con guirnaldas de palomitas y ángeles y estrellas que su madre hacía con galletitas de mantequilla. Por Pascua, decorábamos huevos en la cocina con brillantes pinturas azules, rojas y púrpuras. Durante las festividades judías, Halinka y Wiesiek venían a casa, comíamos *cholent* y atendíamos a las oraciones y las historias de mi padre.

Halinka, Wiesiek y yo siempre volvíamos a casa cogidos del brazo y brincando. Sin embargo, en la primavera de 1938, poco antes de Pascua, Halinka, Wiesiek y otros niños de mi clase me empujaron por un terraplén, me dieron patadas en el estómago, me tiraron del pelo, me abofetearon y me escupieron en los ojos. Aquellos críos, mis compañeros de clase, mis amigos, quienes nunca habían demostrado ningún tipo de violencia ni ira contra mí ni contra nadie, se habían convertido en otras personas. Acabaron dejándome allí tirado, llorando, sangrando y con magulladuras, mientras exclamaban que mi gente había matado a Jesús. Regresé a casa renqueando. Al llegar, mi madre me acunó en sus brazos y Chaim me llevó al doctor. Tenía un brazo roto.

Podía imaginarme por qué mis compañeros de clase me habían hecho algo así. Yo era judío, no como ellos. Algunos días de la semana, nuestra profesora, una mujer rígida que raramente sonreía, les pedía a los niños judíos que salieran de la clase. Mientras nosotros nos deslizábamos por los pasillos de madera pulida en calcetines, los niños cristianos asistían a clase de religión. Una vez me acerqué a la puerta y agucé el oído. Les estaban enseñando una oración católica por los perniciosos judíos; *pernicioso* en el sentido de una persona que tiene efectos negativos sobre otra.

«Recemos por los impíos judíos: que Dios todopoderoso les arranque el velo que les cubre los corazones para que puedan abrazar a Jesucristo, nuestro Señor. Dios todopoderoso y eterno, piadoso incluso con los paganos judíos: escucha nuestras plegarias, que ofrecemos contra la ceguera de ese pueblo...»

Cuando se acercaba el Viernes Santo, a los niños cristianos los obligaron a rezar por nuestra conversión al cristianismo.

Al volver a clase después de la Semana Santa, Halinka y Wiesiek aparecieron en la puerta de casa para que fuéramos juntos al colegio. Se comportaban como si no hubiera pasado nada. Aquel fue el comienzo de la destrucción de mi mundo, de la inocencia de mi infancia, en el que las personas, y hasta los niños, podían ser una cosa un día y otra totalmente distinta al siguiente. Aquel fue el día en que me vi como alguien distinto. Desde ese día, no pude confiar en nadie más que en mi familia... y no tardé en perder la fe incluso en ella.

Y luego llegaron Jakow y Willy el Alto. Y Abe.

No me quitaba a Abe de la cabeza. ¿Habría llegado sano y salvo a Estados Unidos? ¿Le habría caído bien su tío? ¿Podría comer hasta decir basta?

Un día, después de clase, Marek debió de intuir mi hastío o malestar, los pensamientos que me rodaban como hierbajos en un vendaval, y me sugirió que fuéramos a París a buscar a Ralph y a los comunistas. Marek siempre me había parecido una especie de parásito. Nunca tomaba la iniciativa y, en general, no decía nada realmente relevante. Era como si se limitara a coincidir siempre con Salek, como si fuera su compinche.

A Ralph no se le había visto el pelo desde el incendio del castillo de Ferrières. Me pregunté si se habría reunido con Gustav, quien, según los rumores, había huido a Berlín, donde pensaba abrir un bar y ahorrar dinero para ayudar a los niños de Buchenwald a poner en marcha sus propios negocios cuando estuvieran listos.

Pero Marek me recordó lo de los bares de *jazz* donde Ralph nos dijo que encontraríamos a personas como él.

—¿Y si sigue en Francia? —apuntó.

Nos habían dado broches de veteranos del ejército francés, lo que nos permitía viajar en tren e ir a conciertos, clubs y cines sin pagar. Marek y yo llevábamos los nuestros en el cuello de la camisa.

La estación de tren estaba a unas pocas manzanas de distancia, y debíamos atravesar una zona semirresidencial para poder llegar a la sección principal de aquel barrio de las afueras.

De camino a la estación, no pude dejar de mirar las casas de varias plantas, con enormes puertas de madera pintada y altos ventanales, algunas aún marcadas por la guerra y remendadas con cinta adhesiva y cartón. Cerca de la estación, vi las cicatrices de los pósteres de propaganda que informaban a los judíos franceses de que no se los aceptaba en determinados lugares. Había fragmentos todavía pegados a tablones de anuncios y farolas.

En el tren, las mujeres parisinas iban embutidas en faldas ajustadísimas y chaquetas a medida y llevaban brillantes tonos de

pintalabios y sombreros, que me imaginé que mi padre admiraría por sus intrincados patrones. Los perfumes y las colonias de las mujeres y los hombres flotaban en el aire: lavanda y lila, que me hicieron rememorar aquellos días en que salíamos Golda y yo a buscar esas flores. Confeccionaba saquitos de tela y los llenaba de hierbas, que luego colgaba por la casa o metía en las almohadas.

Los hombres parisinos iban trajeados, con pantalones anchos por encima de la cintura y pliegues marcados. Se protegían el cuello con bufandas de seda y llevaban el cabello peinado hacia atrás, igual que Ralph, sin raya en el medio. Lo que me extrañó no fueron aquellas deslumbrantes prendas a la última y su sentido de la estética, sino sus sonrisas. El aire de levedad que los rodeaba. Era así como mi madre y mi padre les hablaban a los vecinos cuando se cruzaban por la calle del Tres de Mayo, o como el carnicero charlaba con Chaim y le decía lo mucho que había crecido o el panadero elogiaba las festividades judías.

Marek y yo nos apretamos. Sospeché que él también se sentía fuera de lugar. En ese momento, me acordé de algo que había dicho Elie antes de marcharse a su nuevo hogar. Refiriéndose a nosotros, los niños, dijo: «Anhelamos ser fieles a los muertos».

La gente caminaba deprisa por las calles de París.

A cada paso que daban brincaban sutilmente. Me sentía desubicado en mitad de aquella algarabía. Marek, en cambio, parecía tener claro nuestro destino, puesto que me guiaba por cuestas y avenidas de un barrio que, por lo visto, se llamaba Montmartre. Marek me contó que Montmartre era una zona de París frecuentada por artistas, entre ellos pintores y músicos de renombre. Con la piel de gallina, gotas de sudor empapándome la espalda y los ojos llorosos, me dejé arrastrar por Marek como si estuviéramos en una carrera de obstáculos entre el gentío de París y calles y callejuelas de adoquines, hasta detenernos frente a un club de *jazz*.

Me hizo seguirle y bajar unos cuantos escalones de piedra hasta dar con una sala en penumbra, iluminada solo por diminutas velas dispuestas sobre unas mesas bajas.

—Es un bar de *jazz* —me susurró Marek, como si yo no fuera a ser capaz de identificarlo por mí mismo como un club de música.

Se oía una música de piano caótica y acelerada, nada que ver con las sinfonías de Beethoven que mi padre solía escuchar con nuestro fonógrafo ni con la música clásica que interpretaban los músicos invitados en Écouis. De la nada, comenzó a cantar una voz femenina agudísima pero clara como el cristal.

Mientras Marek y yo nos abríamos paso por la sala, esquivando a

hombres y mujeres que fumaban cigarrillos y bebían algo en vasos impolutos, me invadió una sensación desconocida para mí. Por fin pude ver a la cantante y al pianista. Cantaba en francés, y apenas entendía un puñado de palabras, pero su voz y el tipo de música despertaron algo en mí, y me sentía como si pudiera comprender todo lo que estaba diciendo. Estuve a punto de echarme a llorar. Ralph tenía razón. Los idiomas nos separaban, pero allí, con el *jazz*, estaba experimentado algo inusual: las lenguas ya no importaban.

La mujer llevaba un vestido sin mangas blanco hueso, largo y de cintura baja, con brillantes broches y numerosas joyas sujetas al tejido. Me paré en seco justo en ese momento, cautivado por los relucientes diamantes, y recordé los pendientes de plata de mi madre y las fotografías que me habían cosido al forro de la chaqueta que llevaba en la HASAG. Los nazis, antes de trasladar a las familias judías al gueto, se habían presentado en nuestros hogares a vaciar los armarios y llevarse todo lo que tuviera cierto valor. En nuestro caso, los vasos de cristal, las cucharillas de plata, la cerámica de calidad y las copas de plata para el kidush. Sin embargo, mamá y papá habían cosido eslotis, fotografías de todos nosotros y algunas de las joyas de mi madre en los forros de las chaquetas. Entre las fotografías había una mía de bebé, otra de mamá y papá, una tercera de la familia al completo, una de Golda y Nathan que había tomado el fotógrafo de Skarżysko-Kamienna meses antes de que los alemanes invadieran Polonia, y otra de Chaim vestido con el uniforme del ejército polaco.

Me habría jugado lo que fuera a que las joyas del vestido de la cantante no eran de verdad.

Junto a ella había un hombre negro sentado en un taburete, con los dedos flotando por encima de las teclas del piano de forma que daba la impresión de que ni siquiera las estaba tocando.

Me acordé, cómo no, de Buchenwald. Unos días después de la liberación, llegó el Batallón de Ingenieros de Combate 183 del ejército estadounidense. Jakow me había contado que a aquellos hombres los trataban como a perros y que en Estados Unidos seguía habiendo leyes que segregaban a los negros del resto de la sociedad, algo similar a lo que los nazis hacían con los judíos. Y, aun así, allí estaban aquellos hombres luchando por su país, decididos a terminar la guerra y a liberar a personas igual de oprimidas que ellos, había añadido Jakow.

En ese momento no solo miraba al pianista negro que interpretaba las piezas como si el espíritu de la música lo hubiera poseído, sino también a una mujer negra cuya voz parecía iluminar las polvorientas telarañas de mis adentros.

Marek se sentó delante de una de las mesas que había al lado del escenario. Me hizo un gesto para que fuera y dio unos golpecitos en el asiento vacío que quedaba. Al acercarme, clavé la mirada en la

espalda del tipo que había sentado a la mesa con Marek: la chaqueta de *tweed* a pesar de las temperaturas del verano, el cabello arreglado y rizado sutilmente alrededor de la oreja por poca humedad que hubiera. Era el profesor Manfred. Estaba fumando un cigarrillo, dando golpecitos con un pie y moviendo la cabeza al ritmo de la música. Cuando me aproximé a la mesa, vi que tenía los ojos cerrados y la mandíbula ligeramente alzada. La rabia que pudiera haber sentido al verlo desapareció como absorbida por un aspirador.

El profesor me transmitía paz. Y, en ese instante, algo más se removió dentro de mí: él también entendía la música.

14

Cuando encendieron las luces del club de *jazz*, vi cómo los parroquianos desfilaban hacia la salida y dejaban el espacio libre para los que quisieran disfrutar de la actuación nocturna.

No tardamos en quedarnos solos Marek, el profesor, los empleados y yo.

En ese momento, me caí del guindo. Marek me había traído de forma deliberada. Le di una patada por debajo de la mesa y lo miré largamente, tratando de preguntarle con los ojos «¿Qué hace el profesor aquí?».

Marek se ruborizó, murmuró que debía ir al baño y me dejó a solas con el profesor.

—Llevo tiempo queriendo hablar contigo —terminó diciendo este.

No le presté atención y dejé que mis ojos vagaran por la sala. En la penumbra, el lugar parecía algo de otro mundo, como una caverna mágica bajo el mar. Con las luces encendidas, era un antro. El techo estaba agrietado en varios puntos; las bombillas de los candelabros se habían fundido o, directamente, no había, y los suelos estaban llenos de rayones.

El profesor alargó un brazo y me cogió de la muñeca.

—Romek, sé que piensas que los de la OSE no somos capaces de imaginar por lo que has pasado, que el hecho de que nos preocupe es una ridiculez y que no podemos conectar contigo porque tú estás en otra parte, pero te equivocas —me dijo, y se acercó a mí.

Yo seguía desviando la mirada. No quería que me tocaran. Me estremecí y sentí el impulso de tirar del brazo, pero algo dentro de mí me lo impidió. En cambio, hundí las uñas en las palmas de las manos.

—¿Tú qué vas a saber? —acabé espetándole en voz baja.

Buscaba entre los rostros del personal cualquier signo de que alguna persona pudiera ser comunista o, aún mejor, Ralph. Ese era mi futuro. «Stalin», quise decirle al profesor, aunque todavía me siguiera preguntando a mí mismo el aspecto que debía de tener un comunista. Solo los había visto en Buchenwald, con los pijamas del campo y las insignias que llevaban. Esos triángulos rojos que los marcaban como prisioneros políticos, no como judíos. No podía imaginarme cómo serían habiendo recuperado peso y con ropas civiles. ¿Se parecerían a Ralph?

Tomé una decisión en aquel preciso instante y lugar. Me uniría a los comunistas y volvería al este de Europa. Me encontraría con los niños de Buchenwald que ya se hubieran enrolado en los movimientos comunistas de Rusia, Hungría y Rumanía.

—En julio de 1942, la policía francesa se presentó en el bloque donde vivía con mi esposa y mi hija, quien, de seguir viva, tendría más o menos la misma edad que tú —dijo el profesor—. Detrás de aquellos tipos estaba el conserje del edificio, un anciano que solía darle a mi hija caramelos de mantequilla. ¿Me estás escuchando, Romek?

Seguía escudriñando la sala, pero contesté afirmativamente con un gruñido.

—En 1940, los alemanes habían ordenado que los judíos se registraran en las comisarías más cercanas. Antes de ese momento, en Francia no se exigía a los ciudadanos que declararan su religión. Uno de los policías llevaba una lista de nombres y empezó a leer el de mi esposa, el de mi hija y el mío. Acto seguido, anunció que teníamos unos pocos minutos para hacer las maletas. Mi mujer se echó a llorar. Yo le supliqué que nos dijeran adónde nos llevaban. Sabía que, desde que los alemanes habían invadido París, los judíos no estaban a salvo. Aparecieron carteles casi de inmediato que informaban de que estaba prohibida la presencia de judíos en parques públicos y en algunas calles y, al final, incluso nos prohibieron salir de casa salvo a unas horas determinadas, que era cuando nos permitían ir a comprar comida. El problema era que, al ser tan tarde, la mayoría de las raciones de las tiendas ya se habían agotado; se las habían llevado los parisinos. Corrían rumores desde Alemania de campos para los judíos, de redadas, de negocios destruidos, de violación de los derechos. Pero no tenía ni idea... —se interrumpió.

Aprovechó la pausa para quitarse las gafas, que se habían empañado, y limpiarlas con un pañuelo.

—A mi familia y a mí nos ordenaron que nos montáramos en el autobús que nos esperaba fuera; era un autobús típico de París, pero lleno de judíos. A algunos los conocía de la sinagoga; a otros, de la universidad —prosiguió—. Nos llevaron al Velódromo de Invierno, una pista de ciclismo. Nos tuvieron allí meses, haciendo nuestras necesidades en los mismos espacios donde nos sentábamos, comíamos y dormíamos. Vivíamos con la pestilencia de los demás metida en la nariz, desesperados por que nos dieran algo de agua, comida o información sobre lo que nos estaba pasando. Los bebés comenzaron a morir en los brazos de sus madres, y los ancianos sencillamente se quedaban tiesos. Algunos llegaron a suicidarse. Al final, nos llevaron a todos a Auschwitz-Birkenau. Yo estuve en Auschwitz, trabajando. A mi esposa y a mi hija se las llevaron a Birkenau, a las cámaras de gas.

Por fin me giré y miré al profesor. Se había quitado la chaqueta de *tweed* y remangado. Tenía un número en el brazo; su número del campo de concentración de Auschwitz.

Con voz queda, le conté al profesor cuándo me asignaron mi número. Fue la noche que Chaim me llevó a trabajar a la HASAG. Un soldado lituano que colaboraba con los nazis me alargó un trozo de papel y me dijo que aquel sería mi nombre a partir de entonces. Solo había un número escrito. El 117098.

Sin dejar de observar al profesor, me percaté de algo que no había visto hasta entonces: los hombros caídos, los ojos cansados, las mejillas hundidas. Vi los extremos desgastados del cuello de la camisa y los parches deteriorados en la chaqueta de *tweed*. Igual que en el gueto, cuando una cana caía del pañuelo de mi madre o le notaba las ojeras que había intentado cubrirse con el maquillaje de Golda, aquellos pequeños detalles revelaban las vulnerabilidades del profesor, el rostro que no mostraba al mundo, el que trataba de ocultar.

Marek volvió con tres refrescos de naranja y nos dijo que corrían a cargo del camarero. Me sequé las lágrimas y di un largo sorbo con manos temblorosas. Cuando terminé, el profesor recuperó el hilo.

—*Meine tayer Kindern* —dijo el profesor—. Mis queridos niños, todos los que hemos sobrevivido nos hemos quedado rotos en un millón de diminutos fragmentos. Hay veces en que me paso días enteros sin tener claro qué es real y qué no. Pero si nos hundimos en la tristeza y no somos capaces de ver lo que hay detrás, Romek, acabaremos destrozados. —Había pasado a dirigir la conversación únicamente a mí—. ¿Qué querrían tus padres que hicieras? —En ese momento, se acercó a mí y me susurró algo que tuve que esforzarme por oír—. No es la primera vez que te lo pregunto, pero quiero, de corazón, que me respondas. ¿Qué querrían para ti tus padres si supieran que, tal vez, eres el único superviviente de la familia?

No respondí.

El profesor se recostó en la silla, dio un sorbo a la bebida y se encendió otro cigarrillo.

Cerré los ojos con todas mis fuerzas cuando se me empezaron a aparecer imágenes de los campos. Los hombres de Buchenwald a los que se llevaban ante mis ojos, les inyectaban alguna sustancia química o un medicamento experimental y regresaban a los barracones desubicados, aturdidos, moribundos. Los *Muselmann*, los fantasmas del campamento, los que habían abrazado la muerte antes de que su cuerpo pereciera. Esos hombres acababan lanzándose a las vallas electrificadas o, sencillamente, dejaban a medias sus trabajos, a sabiendas de que los fusilarían. Vi perros descuartizando a personas con mis propios ojos. Incluso sentí las duchas frías que me habían obligado a darme en invierno antes de llamarnos a filas para el

recuento, a veces desnudos. 117098, en eso me había convertido. 117098. Y, para sobrevivir, tuve que olvidarme de todo y limitarme a ser un número, obedecer las órdenes y nada más.

—¿Qué esperarían de ti tus padres? —volvió a preguntarme el profesor.

Me vino a la cabeza una cena en la que mi padre me preguntaba por problemas matemáticos. En la escuela justo habíamos comenzado a aprender las tablas de multiplicar. Tenía un don innato. El problema era que las únicas cuentas que había hecho desde que me marché del gueto eran los campos en los que había estado: seis; el número de los soldados de las SS, de la Gestapo y de los militares de otros países; la cantidad de balas que perforaban el aire y anunciaban cuántos habían muerto; el número de pasos que se acercaban a mí y los que daban al alejarse. Al principio de la guerra, era como si los soldados se limitaran a disparar, sin importarles si la bala acababa matando o mutilando a alguien o si fallaba. Sin embargo, en los estertores de la contienda, cuando, según Jakow, se estaban agotando las balas, solo se disparaba a matar. Conté también todas las palabras que utilizaban para describir a los judíos. *Untermenschen*, «infrahumanos». Éramos *Untermenschen*. Me di cuenta de que había empezado a creerme todo lo que nos decían. Era una rata, comida para los gusanos. Mientras pudiera trabajar, mi corazón seguiría latiendo. «Eres el bebé de la familia —decía mi madre—. Puedes hacer todo lo que quieras en este mundo, y hagas lo que hagas, nosotros estaremos orgullosos.»

—Me gustan los números —acabé susurrándole al profesor—. Se me daban bien las matemáticas.

Marek, el profesor y yo nos pasamos el trayecto de vuelta en tren a Le Vésinet en silencio. En mi cabeza, veía las hojas caer; a mí mismo jugando al pillapilla con Moishe junto al río, chutando un balón de fútbol que Chaim había fabricado mezclando restos de cuerda y telas de la tienda de papá. Oía a mi padre leyéndonos la historia de Moisés según se cuenta en la Hagadá con su profunda voz, que recorría nuestro humilde hogar como un pesado viento. Notaba su firme abrazo en la sinagoga cuando me rodeaba con su *talit*. Olía a mi madre, su aroma a harina y a las flores silvestres que recogía y dejaba en un jarrón que había pertenecido a mi abuela.

Había caído la noche cuando bajamos del tren. Los días cada vez eran más cortos. El otoño estaba de camino. Mientras los tres regresábamos a pie a la mansión, la única luz que nos indicaba el camino provenía de las ambarinas bombillas ovaladas de las altísimas farolas negras y de las ventanas de los hogares en los que no habían corrido las cortinas.

En Skarżysko-Kamienna, no había tantísimas casas ni edificios como en Francia, y tampoco estaban tan amontonadas. Podía salir a la

calle y ver el cielo nocturno extendiéndose de punta a punta del horizonte.

En ese momento, me percaté de que solo había mirado al cielo una vez desde que los alemanes invadieron Polonia. Y fue el día en que me subieron a una camioneta en dirección a los bosques para fusilarnos.

Quería volver a contemplar el cielo.

A unas pocas casas de la mansión, me colé en la propiedad de alguien, en un patio que acababa en un jardín descuidado, y me tumbé de espaldas a observar las estrellas. No había demasiadas, al contrario que en Skarżysko-Kamienna durante las noches claras. Las luces de París proyectaban un velo que cubría la mayoría de las estrellas y la Vía Láctea al completo. Pero seguía habiendo algunas, y tal vez algún planeta que destellaba con fuerza.

Estiré los brazos y las piernas como cuando en invierno hacía ángeles en la nieve.

Y fue entonces cuando la oí. La voz de mi madre acariciándome los oídos.

«Sin noche, no habría alba —me había dicho cuando dejé de poder ir a la escuela con los demás niños polacos. Y cuando los nazis cerraron el *cheder* porque afirmaban que los niños judíos eran más inútiles que los cerdos alemanes, que al menos eran comestibles, añadió—: Camina siempre hacia la luz.»

—¿Por qué había olvidado todas estas cosas sobre mi hogar? —susurré, con la esperanza de que la estrella que más brillaba pudiera oírme.

Lo que me impresionó en aquel momento fue que aquellas estrellas jamás habían dejado de lucir, ni siquiera cuando estábamos en los campos; eran como faros guiándonos a casa.

—Las estrellas —murmuré—. Una de las cosas que los nazis no han podido destruir.

15

En mi sueño, estaba de vuelta con los partisanos.

Los muchachos encendieron una hoguera que, a finales de invierno, apenas debería haberse propagado ni prendido las esqueléticas y delicadas ramas de los árboles. Debería haberse extinguido en un abrir y cerrar de ojos por culpa de la humedad del ambiente y la nieve derretida.

Aquella noche, los partisanos tenían ojos de lunáticos y estaban más borrachos que de costumbre, lo que provocaba que arrastraran las palabras y me fulminaran con la misma expresión de asco que las SS y los guardias de la HASAG.

—¡Baila, judío! —exclamó el muchacho rubio, frunciendo el labio.

Disparó la pistola y la bala me pasó rozando el hombro.

Los muchachos desviaron la atención cuando algunas de las ramas que había encima de ellos crujieron y comenzaron a llover ascuas sobre nosotros.

No me lo pensé dos veces. Aprovechando que miraban a las alturas, eché a correr dándole las gracias al fuego por ofrecerme una posibilidad de huida.

Deslizándome entre barro y hielo, fui esquivando árboles y saltando por encima de rocas y troncos caídos, atravesando arroyos poco profundos, rompiendo el hielo donde aún no se hubiera derretido y hundiendo los pies en aguas heladas.

Cuando llegué a las afueras de los barracones de la HASAG, tenía las botas caladas de barro y agua, como si hubiera estado nadando. Estaba convencido de que los dedos de los pies se me habían congelado.

Me agazapé entre unos arbustos espinosos que me rasgaron la ropa y me arañaron la piel a esperar hasta el amanecer, cuando llegara el cambio de guardia y la valla electrificada estuviera unos minutos desconectada.

En ese momento, me colé en el campo utilizando las uñas y un palo para cavar un pequeño túnel por debajo de la valla, puesto que no tenía joyas ni eslotis con los que sobornar al guardia para que la levantara. Me arrastré hasta el otro lado.

Estaba de vuelta.

Había regresado. Había entrado de nuevo.

Ser prisionero de los alemanes era más seguro que estar fuera.

No sabría decir si había recuperado el entusiasmo por la vida; lo único

que veía era que me había acostumbrado a cierta rutina.

Empecé a comer con cubiertos en vez de con las manos. Fui uno de los últimos chicos del centro en hacer el cambio. Al principio ni siquiera recordaba cómo sostener un tenedor ni cómo cortar un trozo de carne con un cuchillo. Salek tuvo que enseñarme. En Buchenwald, cuando los estadounidenses llegaron, recibimos comida. Los soldados nos ofrecieron sardinas y pan, judías y chocolate. Cuando a Abe y a mí nos dieron nuestras raciones, comenzamos a zampárnoslas hasta que Jakow se nos acercó por detrás y nos ordenó que lo escupiéramos todo. Cogió la comida y nos dijo que nos la iría racionando lentamente, porción a porción. Si comíamos demasiado deprisa o nos pasábamos con la cantidad, con los estómagos encogidos y los músculos intestinales poco acostumbrados a trabajar, podríamos caer muy enfermos y ser incapaces de digerir la comida. Tenía razón. Algunos de los niños que no recibieron esa advertencia murieron. Muchos acabaron enfermos. El campo se llenó con nuestros vómitos.

Cuando nuestros estómagos volvieron a ser capaces de digerir tres comidas al día, la mayoría de los chicos nos atiborrábamos, nos metíamos puñados de comida en la boca y tragábamos trozos enteros de carne y verduras sin masticar. Salek también me enseñó a dividir los alimentos en porciones más pequeñas y a masticar. Me sentía como un bebé que debía aprender a comer desde cero.

Tenía prácticamente toda la ropa cubierta de grasa por haberla utilizado como servilleta, así que el equipo me buscó prendas nuevas. Dejé mi ropa vieja en un contenedor de metal de la finca destinado a quemar hojas y observé cómo ardían la tela y los restos que pudiera haber de piojos y pulgas que aún arrastrara de Buchenwald.

Comencé a dormir con pijamas de verdad, y cada jueves dejaba la ropa en la lavandería. Incluso volví a llevar ropa interior, una muda limpia cada día.

Cuando mi familia y yo vivíamos en el gueto, mi madre trataba de mantenernos siempre limpios; lavaba la ropa con agua del pozo, si conseguía suficiente, la hervía si encontraba madera para el fuego y luego la colgaba en el tendedero del balcón para que se secara. En invierno, las perneras de los pantalones se quedaban heladas y tiesas, como si hubiera lavado también las piernas que llevaban los pantalones.

En Buchenwald, Jakow nos obligaba a lavarnos a Abe, a mí y a los demás muchachos de nuestro barracón. Nos ordenaba que lo siguiéramos en fila india hasta las duchas, aunque el agua estuviera como un témpano. Con el mismo jabón que usábamos para el cuerpo, Jakow nos hacía lavar la ropa debajo del grifo de las duchas. Luego nos tocaba pasearnos desnudos, incluso en invierno, hasta que la ropa se secara. Jakow, sin embargo, intentaba distraernos de los escalofríos

y el castañeteo de dientes con su historia de la princesa u otro cuento tradicional.

En Le Vésinet, igual que con la comida, tuve que reaprender a bañarme y lavarme el pelo. Nunca me había dado un baño, no en una bañera en la que cupiera entero, así que solía quedarme bastante más rato del que me tocaba, oyendo a los demás muchachos aporrear la puerta para que los dejara entrar. La primera vez que me bañé, usé una pastilla de jabón blanco con la que enjaboné un trapo para restregarme bien todo el cuerpo. Pero seguía sin estar limpio. Aquel día, tuve que lavarme y llenar la bañera tres veces hasta eliminar por completo la suciedad, sin quitarle el ojo en ningún momento al agua que desaparecía por el sumidero, primero negra tras años de mugre acumulada en mi cuerpo, como la cobertura de los pasteles de mi madre, hasta pasar de gris a marrón claro y, finalmente, transparente. También utilicé un cepillo para limpiarme toda la suciedad acumulada debajo de las uñas desde los días de Buchenwald. Después de cada baño, me miraba fijamente a los ojos en el espejo, la forma de mi nariz, la mandíbula, las arrugas, las cicatrices de las quemaduras, buscando cualquier rasgo que me recordara a mi familia.

—¿Quién soy? —susurré.

A pesar de que casi había pasado un año desde la liberación, seguía identificándome primero como 117098 y después como Romek.

—¡La identidad! —exclamó Salek una noche que estábamos sentados en el dormitorio, charlando con las luces apagadas, puesto que ya habíamos asumido que a las noches les seguirían mañanas y que nuestras pesadillas no eran reales—. Eso es lo que los nazis nos arrebataron: quiénes éramos y quiénes somos.

—Se llevaron nuestra humanidad —masculló Marek.

Asentí con la cabeza.

—Nuestra confianza en los demás, nuestra fe en la vida y en las personas, nuestros recuerdos. Adiós a todo —añadió Joe con un suspiro.

Por la noche, los cuatro luchábamos por conseguir una silla frente a la radio. Yo no me perdía ni una de las buenas noticias sobre grupos de civiles y de las fuerzas aliadas que encontraban judíos vivos, escondidos en criptas bajo iglesias, túneles, calderas y sistemas de alcantarillado en el subterráneo de pueblos y ciudades. Incluso se topaban con gente oculta en las profundidades de los bosques, lo que me hizo pensar en los partisanos. Supuse que también habría grupos de buenos partisanos, al fin y al cabo.

Estaba descubriendo que seguían existiendo buenas personas por el mundo. Los nazis no habían acabado con todas.

El profesor Manfred se convirtió en mi mentor.

A todos los muchachos o nos habían asignado a alguien que nos guiara o bien gravitábamos alrededor de alguno de los adultos. La enseñanza para la mayoría de mis compañeros la encarnaba, sencillamente, la escuela, ya que en enero de 1946 algunos ya habían empezado a asistir a colegios de primaria franceses y a decidir cuál sería su vocación.

En mi caso, antes de poder ir a una escuela real, debía hacer unas pruebas para determinar en qué curso comenzaría. Empecé a prestar atención a las clases cuando me di cuenta de que me estaba quedando rezagado. El profesor y yo hacíamos un montón de reuniones individuales en cafeterías, y cuando las cálidas temperaturas lo permitían, en la primavera de 1946, los parques se convertían en nuestras aulas de tutoría. En aquel momento ya leía cómics franceses, entre ellos *Las aventuras de Tintín*. El profesor y yo también íbamos a los cines franceses.

Los niños de Buchenwald iban marchándose con cierta regularidad, a reunirse con sus familiares —la mayoría en países muy remotos— o, en algunos casos, a vivir en Europa con miembros de sus familias que habían sobrevivido al Holocausto nazi.

El día que marcaba el primer aniversario de la liberación de Buchenwald, a los chicos que quedábamos nos propusieron organizar una fiesta de cumpleaños, dado que muchos considerábamos el 11 de abril de 1945 nuestro segundo nacimiento. Madame Minc pidió a los cocineros que prepararan un pastel de chocolate gigante con una cobertura pringosa. El problema era que la mayoría estábamos mustios y no teníamos ganas de celebrar nada.

Unos cuantos días más tarde, durante el Pésaj, mientras estábamos sentados en un banco en el jardín de las Tullerías, el profesor me preguntó si podía leer la historia del éxodo de Moisés de Egipto. Me alargó una desgastada copia de la Hagadá forrada en cuero y me contó que llevaba varias generaciones en la familia. En la parte destinada a que la leyeran los niños, su hija se encargaba de interpretar todos los papeles.

A medida que hojeaba el libro, se me aparecían imágenes de Buchenwald y del rabino Herschel Shachter. Poco después de la liberación, los capellanes del Octavo Cuerpo del ejército de Estados Unidos habían organizado un *sabbat* transformando el cine de Buchenwald en una sinagoga. Algunos, incluidos los Intelectuales, se sentaron lo más cerca que pudieron y tomaron parte activamente; otros se limitaron a hacer el paripé, según me contó Abe más tarde, y los demás, entre los que me incluía, ni siquiera nos presentamos. Poco después de eso, el rabino nos entregó libros de oraciones. Para muchos de nosotros, aquellos libritos eran lo primero que poseíamos en años.

Yo me abracé al mío con fuerza, y pensé: «Esto es mío. Los animales no tienen posesiones. Yo sí. Ya no soy un animal». Sin embargo, Baruch Goldberg, uno de los maestros mamposteros judíos, nos quitó los libros, lanzó algunos contra una pared y gritó: «¿Cómo podéis aceptar libros de oraciones y rezar después de que vuestros padres hayan subido por las chimeneas de los campos? ¿Dónde estaba Dios entonces?».

Los ojos se me fueron de la Hagadá a los muchachos y, de allí, al profesor, mientras negaba lentamente con la cabeza.

—No estoy listo —respondí, recordando a Ralph y a los comunistas de Buchenwald, y su convencimiento de que todos somos iguales y de que la religión no hace sino separarnos—. Si no hubiera sido judío —le susurré al profesor—, ahora mismo estaría con mi familia en casa, en Polonia.

Una tarde, volviendo con el profesor de una cafetería, divisé a la muchacha pelirroja que había visto en el tren que me trajo de vuelta desde Feldafing.

El corazón me dio un vuelco y parpadeé, creyendo en un primer momento que se trataba de un espejismo. ¿Cómo era posible que estuviera allí?

Sin embargo, al acercarnos, me di cuenta de que mis ojos no me engañaban. Estaba trabajando en el jardín de la casa en la que me había colado a observar las estrellas. El jardín era un desastre, un patio lleno de hierbajos y arbustos descontrolados. Ella y una mujer estaban tirando las hojas muertas que había dejado el otoño a un contenedor metálico. Al pasar por delante de la chica, alzó la vista y nuestras miradas se cruzaron. La timidez me hizo desviar los ojos. Cuando volví a alzarlos, seguía con la mirada clavada en mí. Me pareció ver una sonrisa fugaz en su rostro. Me había reconocido.

Cuando la primavera dio paso a las tonalidades doradas y azuladas del verano, solía dejar al profesor después de nuestras horas de estudio para pasar por delante de la casa de la muchacha. Acostumbraba a estar siempre en el jardín, el cual se había ido transformando lentamente a medida que plantaba flores silvestres, narcisos, margaritas y claveles. Algunas veces, la veía sostener una pequeña lupa y analizar los pétalos. A finales de julio, el jardín era como la paleta de un pintor, lleno de flores rosas, amarillas, violetas e incluso azules.

Una noche después de cenar, salí a pasear en busca de la chica. Estaba en su jardín con un vestido blanco de mangas acampanadas y unas botas de goma.

Reuní el coraje para acercarme a ella, pero, cuanto más

avanzaba, más iba perdiendo la seguridad en mí mismo. Me quedé plantado en mitad de la calle, observándola, incapaz de mover las piernas a pesar de que la cabeza me estuviera diciendo que diera media vuelta. De nuevo, sentí el convencimiento de que aquella chica y yo ya nos conocíamos. En ese momento, me vio y me hizo un gesto para que me acercara. De repente me avergoncé de mi apariencia: la delgadez, la judeidad, la ropa harapienta y el rostro hundido y atemorizado. Las palabras «comida para los gusanos» y «los cerdos son más útiles que vosotros, los judíos», que los nazis solían escupirnos me rebotaban por la mente. Cuanto más me aproximaba, más seguro estaba de que le asquearía cuando llegara a su lado.

Una vez que estuve tan cerca que podría tocarla, vi que llevaba un collar de plata al cuello con una estrella de David. Se ruborizó y se metió la cadena en la camiseta.

—Se supone que no me lo puede ver nadie —me susurró en francés. Parecía haberse puesto nerviosa. Torció el gesto y desvió la mirada—. Era de mi madre.

Comprendí en ese instante que ella también tenía una historia. Ella, como yo, había oído las palabras de los nazis.

Mi francés era lo bastante bueno como para poder mantener una conversación. Me dijo que se llamaba Aurore.

—Romek —solté, reprimiendo la necesidad de decirle mi número.

—Romek —repitió—. Me gusta. Es la primera vez que lo oigo.

—Es polaco —respondí—. Mi nombre hebreo es Rachmil.

Me mostró lo que se traía entre manos. Con la ayuda de la lupa, observaba las abejas que habían anidado en el suelo. Me enseñó los intrincados nidos abovedados, y vi las abejas cavando en el interior.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que te estás volviendo loco? —le pregunté al profesor unos pocos días más tarde, cuando terminamos una lección de conjugaciones verbales francesas y disfrutábamos de un par de helados, el mío de menta.

El profesor me acababa de comentar que avanzaba muy rápido con los estudios y que, si mantenía el ritmo, probablemente podría entrar en una escuela francesa normal en septiembre. Ya leía libros infantiles en francés, me sabía las tablas de multiplicar y algo de divisiones y de álgebra.

—Ya no puedo ver sus caras —continué—. No me acuerdo de cómo eran.

—¿Las de tu familia? —me preguntó.

Asentí.

—Te entiendo, Romek. A mí me pasa lo mismo.

—La noche que Chaim me llevó a trabajar a la HASAG, tenía

fotografías y eslotis cosidos al forro de la chaqueta. Me dijo que las fotos eran para recordar, y el dinero y las joyas, para sobornar a los guardias a cambio de algo de comida extra o una manta. Todas las noches antes de... —me interrumpí e incliné la cabeza, tratando de acordarme—. Miraba la foto de mi madre y mi padre y una de toda la familia. Cuando los nazis nos trasladaron a Alemania, seguía teniendo la chaqueta con las fotos y el dinero. Pero en Częstochowa me ordenaron que me desnudara y dejara toda la ropa en un montón, con la de los demás. Luego, nos metieron en las duchas.

Me detuve, y reanudé la narración mientras reproducía mentalmente las imágenes de aquel día, como una película a cámara lenta. Todos los prisioneros habíamos oído rumores sobre las duchas nazis, y que eran salas de exterminio. Que los grifos, en vez de agua, escupían una sustancia química, el Zyklon B, y que te ahogabas hasta morir. Nosotros, antiguos esclavos en la HASAG, temblábamos y nos ayudábamos los unos a los otros, en cueros, de camino a las duchas, con los pies descalzos chapoteando en el barro del exterior. Algunos hombres recitaban el *kadish*, convencidos de que íbamos a morir. Cuando comenzó a brotar agua, muchos rieron. Aunque estuviera helada, los hombres inclinaron las cabezas hacia los grifos con unas sonrisas de oreja a oreja que llevaban tiempo sin esbozar, y tardarían meses en repetirlas, si no años.

Una vez que salimos de las duchas, los guardias nos ordenaron que nos pusiéramos otras prendas. Delante de nosotros se levantaban montañas de pantalones y camisas holgadas, pijamas de los campos de concentración, no la ropa con la que habíamos llegado. Alguien a mis espaldas susurró que probablemente los nazis estaban rajando los forros de las chaquetas para quedarse con las joyas y el dinero y quemar el resto.

«Están quemando mis fotos.»

—Yo tampoco tengo fotos de mi familia. —La voz del profesor se abrió paso entre mis recuerdos—. Los alemanes, tal vez nuestros vecinos, la gente en la que confiábamos, entraron en nuestros apartamentos y hogares después de que nos enviaran al Velódromo de Invierno o a cualquiera de los lugares en los que los nazis metieron a los judíos. Cuando regresé a mi apartamento, los muebles estaban volcados y la tapicería, rajada. Siento a mi hija —añadió con voz queda y las mejillas empapadas por las lágrimas—. No su rostro. No soy capaz de verlo. Pero la siento.

—P-pero veo... —balbucí hecho una fiera, pellizcándome las piernas para que me doliera tanto por fuera como por dentro—. Aún veo las caras de los partisanos, hasta los lunares que tenían en los carrillos y en el cuello, y el paladar hendido de uno de ellos.

Recordaba también claramente los penetrantes ojos verdiazules

del guardia de las SS que había asesinado a un hombre ante mis propios ojos. Los trabajadores de la HASAG íbamos de camino a alguna parte. El tren se paraba cada pocas horas o días, y a los prisioneros nos ordenaban que caváramos zanjas antitanques y trincheras lo bastante profundas y anchas como para que se hundieran los vehículos enemigos. Al hombre, que debía de tener la edad de mi padre, lo habían asignado a trabajar conmigo. No paraba de toser. Tenía la mirada perdida y los ojos le amarilleaban. Estaba enfermo y lo sabía, y por eso se limitó a soltar la pala. «Buena suerte, hijo —me dijo—. Te dejo solo.»

Los judíos que abandonaban sus puestos de trabajo eran conscientes de su destino. Si los vigilaba un guardia bondadoso, lo habitual era que les gritara que volvieran al trabajo. Pero la mayoría de los guardias eran brutales. Aquel judío, que podría haber sido rabino, carnicero, cuentacuentos, abuelo o quizá todo a la vez, fue fusilado delante de mí; una bala le atravesó la cabeza y otra, el corazón. Observé cómo se desplomaba al suelo con el rostro desencajado, hasta quedarse como una losa, con los ojos abiertos mirando al infinito, sin parpadear, completamente vacíos.

Cuando recuperé los sentidos, comencé a cavar con todas mis fuerzas. A aquellas alturas ya sabía que por cada judío que osaba desafiar a los alemanes, siempre había un guardia que acababa perdiendo el control y disparando al menos a otro más para que los vivos no olvidaran que debían obedecer las órdenes.

Sentí el cañón de un arma en el cogote. Un tipo de las SS se acercó a mí y me susurró que lo siguiera. Me oriné de miedo mientras pasábamos por delante de las filas de judíos cavando trincheras. Nadie alzó la vista. Todos se aseguraron de clavar los ojos al suelo, temiendo, con razón, que cuando yo estuviera muerto el guardia pudiera volver a por el siguiente.

Cuando nos alejamos lo suficiente, el tipo de las SS me ordenó que me detuviera. Se arrodilló y sacó una manzana de un saco que había en el suelo. Me la dio y esbozó una sonrisa.

—Recuerdo cada detalle del rostro de aquel hombre: las mejillas prominentes, los mechones de cabellos rubios que le sobresalían por el casco, la dentadura perfecta y los dientes blanquísimos. Tenía la edad de Chaim —le conté al profesor, de vuelta al presente—. Pero ya no puedo ver a mi madre ni a mis hermanos ni a Golda ni a Nathan... ni a mi padre. Ni siquiera a Chaim.

Desvié la mirada hacia el infinito con un nudo en el estómago y el corazón tan acelerado que creía que se me iba a parar. Sentí el impulso de llorar, de darle puñetazos a algo e insultar a alguien, todo a la vez.

—Lo único que recuerdo es el odio —mascullé—. Dios no existe.

Si existiera, me ayudaría a recordar lo que es el amor.

El profesor y yo nos quedamos callados, observando un colibrí que danzaba entre las flores.

—A veces me pregunto si realmente llegué a tener una vida antes de los campos de la muerte —acabé diciendo con voz queda—. Cuando recuerdo algo de mi pasado... siento como si fuera un sueño, como si nunca hubiera ocurrido.

—A mí me pasa lo mismo —respondió el profesor tras una larga pausa—. Creo que estamos todos igual. Pero sé que mi hija... Sé que es real. Porque me recuerdas a ella.

16

> Todos y cada uno de nosotros decidimos si ser leídos o ignorantes, compasivos o crueles, generosos o miserables. Nadie nos obliga. Nadie toma esa decisión por nosotros ni nada nos arrastra hacia una senda o la otra. Somos responsables de lo que somos.
>
> MOISÉS MAIMÓNIDES (adaptado)

Mi hermano Motel y yo estirábamos el cuello para echar un vistazo por las ventanitas de casa, apartando a un lado las cortinas de encaje de mamá.

Hacía días que oíamos los aviones de la Luftwaffe *alemana sobrevolando los cielos y el estruendo de bombas lejanas. Los objetivos eran las grandes ciudades. Chaim apuntó que en Skarżysko-Kamienna estábamos seguros por la fábrica de munición. Los alemanes no se atreverían a bombardear algo de lo que querían apropiarse.*

Cuando cesaron las bombas, tanques y camiones alemanes desfilaron por nuestra calle, sacudiendo las casas a su paso. Los seguían soldados en motocicletas, soldados a caballo y miembros de la infantería con cascos puntiagudos.

Quería salir a la calle, cuadrarme y saludar al ejército alemán. Llevaba un soldadito de madera en cada mano, tallados por Chaim y por mi padre. Me habían construido ejércitos enteros a partir de pedazos de roble. Quería mostrarle al ejército alemán que un día sería como ellos, también un soldado. Quería contarles a los alemanes lo bien que representaba las grandes batallas con piedras, ramas y hojas para construir fortalezas. Y que incluso cavaba diminutas trincheras con los dedos. Los hombres del ejército alemán se quedarían boquiabiertos cuando supieran que Chaim me había enseñado técnicas marciales y su programa de formación con las Fuerzas Terrestres de Polonia: cómo sobrevivir durante días con pocos víveres, comiendo en determinados momentos para conservar y preservar la energía, igual que en las batallas reales cuando los ejércitos se quedaban atrapados en los bosques. Sabía qué raíces, hojas,

plantas y flores eran comestibles y cuáles eran venenosas para poder mantener la postura de combate durante largos períodos de tiempo siempre que fuera necesario. Chaim me enseñó a atacar con maña, no con fuerza.

Pero cuando los alemanes llegaron a Skarżysko-Kamienna, mi madre nos dijo a Motel y a mí que debíamos quedarnos dentro. Las calles eran peligrosas. Los tanques podían no vernos, sobre todo a mí, nos dijo. Era un renacuajo, a fin de cuentas. Aquella fue la primera vez que miré a mi madre a los ojos y supe que estaba mintiendo. No nos estaba contando toda la verdad.

Con la llegada de los alemanes, a mi madre empezaron a temblarle las manos, la espalda se le encorvó y perdió brillo y vigor en el cabello, como si envejeciera un año cada día. Los alemanes se hicieron inmediatamente con el poder de los edificios gubernamentales, izando banderas con esvásticas rojo sangre e informándonos a todos de que a partir de ese momento serían nuestros mandos. Chaim le contó a mamá una noche que el pueblo había aparecido repleto de pósteres en los que se afirmaba que los judíos eran criminales. Los negocios regentados por judíos se tapiaron y se pintó la palabra Jude *con grandes letras en los escaparates. A los judíos no se les permitía pasear por las aceras, salir de casa a partir de cierta hora por la noche, comprar en determinadas tiendas ni disfrutar de los parques, incluidos los senderos que bordeaban el río Kamienna.*

Poco después de que vinieran los alemanes, dos soldados llamaron a la puerta y le preguntaron a mi madre si podía prepararles un té. Los dos tipos, de la misma complexión que Chaim y poco mayores que él, se sentaron a la gran mesa de mi padre. Mi madre les preguntó, con la voz rota, si querían un poco de vino del kidush con el té.

—Está muy rico —añadió—. Dulce. Muy bueno.

A los soldados les encantó el té de mi madre, e incluso aceptaron unas pastitas de miel.

Cuando los tipos se marcharon, mi padre resopló y me dijo:

—¿Lo ves? Los alemanes son gente civilizada. No quieren hacernos daño.

Unos días más tarde, vinieron más soldados con uniformes dispares: algunos tenían marcas distintas, colores diferentes, y cada uno representaba una brutalidad concreta.

Las SS, los de los uniformes plomizos, eran los peores.

Los tiroteos comenzaron cuando las SS llegaron a Skarżysko-Kamienna.

Al principio, no fui capaz de identificar el sonido; me parecían fuegos artificiales que explotaban en el aire. Me pregunté si nos estábamos perdiendo alguna celebración. No paraba de corretear por casa, suplicándole a mi madre que me dejara salir a ver.

Mi madre, que ya se estaba apagando y replegándose en sí misma, me

dijo que no. Ni siquiera se me permitía ir a la letrina sin que me acompañara uno de mis hermanos mayores.

Los alemanes asesinaron al alcalde de Skarżysko-Kamienna. Los alemanes prohibieron los servicios religiosos judíos. Los alemanes enviaron a las madres y a los padres judíos, y a cualquier otra persona en edad de trabajar, a las granjas o las fábricas de las que se habían apoderado y que habían entregado a empresas alemanas.

Se estaba asesinando a abogados, doctores, profesores, artistas, músicos, periodistas, políticos y empresarios de toda Polonia. Oí a Chaim contarle a mi padre que los alemanes mataban a la gente culta, a cualquiera que pudiera liderar movimientos de resistencia o que pudiera alzarse contra los nazis. Chaim dijo que los nazis querían Polonia como parte de su plan del Lebensraum*, o espacio vital, lo que implicaba que, con el tiempo, el país entero acabaría consistiendo en tierras de labrantío, granjas para mantener a los alemanes y expandir su población.*

Chaim dijo que las Fuerzas Terrestres de Polonia, el ejército polaco, o más bien aquellos que no habían muerto durante la invasión alemana, habían huido; algunos a Rusia, que era donde esperaba ir él, y otros al oeste, a unirse a las fuerzas aliadas. Los pilotos polacos se dirigían a Inglaterra para ayudar a la Real Fuerza Aérea británica. Chaim comentó que había un acuerdo entre Francia, Gran Bretaña y Polonia. Si Alemania invadía Polonia, los franceses y los británicos acudirían en nuestra ayuda. Pero Chaim dijo que no contáramos con nadie. Los aliados habían abandonado a Polonia. Estábamos solos.

Mi madre nos dio unos brazaletes que ella misma había confeccionado y que los alemanes obligaban a llevar a todos los judíos: unas cintas negras y blancas con una estrella de David amarilla. Yo tenía nueve años, la edad exacta en que los niños debían comenzar a llevar el brazalete que indicaba a los ejércitos que nos vigilaban que éramos judíos.

Chaim se enteró antes de tiempo de que nos iban a evacuar de nuestro hogar, así que cuando un soldado alemán se presentó en casa y nos informó de que iban a trasladarnos al barrio judío, o el gueto, mi madre ya lo había empaquetado todo y mi padre había cargado el carro con sábanas y colchones, maletas y fotografías de la familia.

Caminamos por calles de adoquines rojos por la sangre de los fusilados. Papá se pasó todo el camino mascullando que todo debía de ser un error y que los malos se habían colado entre los buenos.

—Pronto acabará todo —repetía sin cesar—. Los alemanes son un pueblo civilizado. Mirad a los compositores, Johann Sebastian Bach y Ludwig van Beethoven, a artistas como Hans Holbein y escritores como Johann Wolfgang von Goethe.

Buchenwald, que significa «hayedo», estaba ubicado, como Jakow me contaría más tarde, cerca de los robles donde Goethe se sentaba a escribir. La puerta principal del campo rezaba «Jedem das Seine», a cada uno lo

que le corresponde, y Jakow nos explicó que significaba que los alemanes podían hacer lo que les placiera porque se consideraban la raza superior.

En ese momento sentí el impulso de gritarle a mi padre:

—¡Mira! ¡Mira lo que ha hecho tu pueblo civilizado!

Había pasado más de un año desde que madame Minc me regaló esa libreta, y ahora me sentía preparado para comenzar a escribir mi historia, partiendo del tiempo que pasé con los partisanos.

Cuando mi padre se enteró de que me había vuelto a colar en los barracones de la HASAG y que había huido de los partisanos, no me recibió con amor ni comprensión. No se comportó como si me hubiera echado de menos. Pasó exactamente lo mismo que cuando me escapé de la granja de los Brankowski: me pegó. Me subió a su regazo y me castigó las nalgas.

No entendía nada.

No sabía qué esperaba de mí.

Quería que recordara cuando me metía eslotis en los bolsillos para comprar helado, caramelos o palitos de menta en la confitería, o cuando me sentaba en su regazo mientras hablaba con los ancianos o contaba historias. Desde el gueto, era como si tratara de alejarme de él, de todos, de la familia, y yo me quería morir. Creía que yo era una buena persona hasta que los nazis me dijeron lo contrario. Y pensé que mi padre coincidía con ellos.

Eso fue lo primero que escribí.

El profesor me comentó que dice mucho de nosotros lo primero que contamos, seamos o no conscientes de ello, como si algo en nuestro interior tratara de hablar por nosotros. El profesor me preguntó si estaba enfadado con mi padre.

No quería responder a algo así, así que arranqué las páginas de la libreta y empecé de nuevo.

Escribí sobre el Yom Kippur de 1942. En la tarde de la víspera del Hoshaná Rabá, me escabullí de nuestro apartamento del gueto, pasando por detrás de mi madre, que estaba bañando a Nathan en la bañera de metal en la que solía bañarme a mí. Quería ver lo que estaba pasando en la calle. No había salido del apartamento desde que a Abram y a mí nos persiguió la policía judía y tuvimos que saltar al río Kamienna para salvarnos. Aquella noche, recibí otra azotaina de mi padre y de mi madre, quien, con los ojos llorosos, me suplicó que jamás volviera a salir salvo para ir al *cheder*, que se organizaba en el sótano del edificio contiguo al nuestro.

En las calles se respiraba la muerte, como si el ángel Azrael caminara entre nosotros. Los huérfanos sin hogar, con ropas harapientas y tan sucias como sus rostros, alargaban manos

ennegrecidas, suplicando un cuscurro de pan. Los comedores sociales se habían quedado secos y cada día cerraban antes. Los que habían podido alimentarse se peleaban con los hambrientos, que exigían al menos las sobras. En las aceras yacían hombres, ancianas y niños muertos de inanición con hojas de periódico cubriéndoles el rostro como símbolo de respeto, puesto que no podíamos seguir los ritos judíos para enterrarlos.

Llegué a la plaza mayor justo cuando entraban varios carros de campesinos. Una mujer masculló que venían de Shidlovze. Los judíos de los carros estaban desnudos. Desvié la mirada mientras los guardias los dividían en dos filas, una que enviarían a la HASAG y otra, a la estación de tren. Vi a los guardias dar una paliza a los de la segunda fila, tirándoles del pelo y golpeándolos con las pistolas.

Me detuve en ese instante y recordé algo que me había dicho mi madre de pequeño: busca siempre lo mejor que te puedan ofrecer las personas, la parte buena de la gente que conozcas. Me sentí fatal porque no era capaz de encontrar nada bueno en aquellos guardias, en los nazis, ni en los soldados de otros países que trabajaban para ellos.

Acabé arrancando también aquellas páginas.

Una mañana hacia el mediodía, cuando el profesor y yo habíamos decidido tomarnos aquella tarde libre e ir a París a escuchar a soldados del ejército interpretar *jazz*, encontré una nota pegada a la puerta de mi dormitorio en la que se me informaba de que madame Minc quería verme.

Se me cayó el alma a los pies. Alguien había muerto. Estaban a punto de darme las malas noticias.

Me agarré con fuerza a la barandilla, sin saber si sería capaz de andar. Tenía la sensación de flotar mientras avanzaba hacia el despacho. Cuando abrí la puerta, clavé la mirada en el rostro esférico y sonriente de una mujer con el cabello rubio y arreglado. Exhalé. Madame Minc no me daría malas noticias con testigos delante. Me había convocado por alguna otra razón. Me recompuse deprisa y me enderecé, con los hombros atrás y la cabeza alta, igual que en el recuento de la HASAG y, poco después, en Buchenwald. No sabía por qué. Supongo que tuve el presentimiento, por sus maneras, de que aquella mujer era importante.

Su sonrisa era cálida y acogedora, y me relajé un poco. Movió con gracilidad un brazo para señalarme una silla vacía junto a un tipo tan bien vestido como ella.

—Estos son Jane Renaud-Brandt, y su marido Jean —anunció madame Minc—. Es una benefactora de la OSE.

No sabía qué significaba la palabra *benefactora*, así que me limité

a asentir y tomé nota mentalmente para preguntárselo al profesor más tarde. Una de las primeras cosas que había aprendido en la HASAG era escuchar y asentir, acceder a todo, aunque las órdenes se me ladraran en un idioma que no comprendiera. Llevar la contraria y hacer preguntas acababa siempre con personas muertas.

El perfume almizclado de la mujer llenaba la habitación. Reprimí un acceso de tos.

—Hola —dijo Jane, y me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Me di cuenta de que seguía de pie.

—Hola —le contesté con un susurro, y me senté despacio.

—Te veo apagado —apuntó Jane.

Me encogí de hombros.

—Me han hablado de ti, Romek —continuó Jane—. Estudias francés, y, por lo que sé, se te da bastante bien.

Volví a encogerme de hombros.

—¿Tu familia era de Polonia?

Asentí lentamente.

—Tengo dos hijos de tu edad y una hija algo más pequeña. Les gustaría mucho conocerte. ¿Querrás venir algún día a casa?

Alcé la vista y vi que me estaba mirando.

—¿Yo? —pregunté, sorprendido.

Jane asintió.

—Pero si estoy sucio, y n-no sé si les caería bien —tartamudeé.

Volvía a avergonzarme de mi apariencia, de quién era, de lo que había pasado, igual que cuando conocí a Aurore. ¿Cómo iba a ser capaz de hablar con alguien que no hubiera vivido lo mismo que yo?

—No es la primera vez que vengo —añadió Jane—. No me has visto nunca, pero yo a ti sí. Los demás estaban jugando a fútbol y tú te habías quedado apartado, igual de triste que ahora. A lo mejor Jean y yo podemos alegrarte un poco.

—Todos estamos tristes —susurré, y bajé de nuevo la vista hasta mis desgastados zapatos—. Lo que pasa es que a algunos se les da mejor ocultarlo.

—Quise conocerte entonces, porque me pareciste un chico la mar de listo —continuó Jane, como si no hubiera oído lo que acababa de decir.

Abrí la boca para informarla de que los otros muchachos de Buchenwald iban a clases avanzadas de matemáticas y ciencias, y de que algunos ya asistían a escuelas francesas. Yo no era listo, ni mucho menos. Pero, cuando estaba a punto de vomitar aquellas palabras, miré de reojo a madame Minc y vi que sacudía la cabeza, como si supiera lo que estaba a punto de decir.

—Me gustaría que vinieras a casa un fin de semana —insistió Jane—. Puedo llevarte a la ópera y a ver un concierto sinfónico. ¿Has

ido a alguno antes?

—Solo conozco lo que he escuchado en Écouis y aquí —balbucí, pero entonces pensé en mi padre y en la pieza de Beethoven que más le gustaba escuchar. Recordé cómo la Sonata n.º 14 o *Claro de luna* llenaba nuestro hogar, moviéndose como la bruma por debajo de la puerta y a través de las diminutas grietas de las paredes haciendo que la música pudiera oírse incluso desde la calle.

—Y a algunos de mis restaurantes preferidos —añadió Jane.

—No lo sé —respondí, negando con la cabeza.

Tenía miedo, muchísimo miedo. Empezaba a sentirme relativamente cómodo cuando charlaba con Aurore, la única persona que no formaba parte de los niños de Buchenwald y que no había aparecido expresamente para ayudarnos. ¿Qué les diría a los hijos de Jane? ¿De qué hablaríamos? ¿Qué pensaría Jane de mí cuando, por mucho que se esforzara, yo siguiera siendo infeliz, quizá hasta el fin de mis días?

Madame Minc carraspeó.

—¿Por qué no lo intentas, Romek? Solo un fin de semana. Si no te apetece volver, no habrá ningún problema.

—Madame Minc cree que puedes disfrutar mucho si vienes un día a nuestro hogar y experimentas la cultura francesa —comentó Jane—. Me han dicho que te gusta ir a los clubs de *jazz*. ¿Sabes que el *jazz* lo introdujeron en París durante la Primera Guerra Mundial? El *jazz*, cuando los alemanes ocuparon Francia, era nuestra sutil manera, a la parisina, de oponernos a la opresión nazi. Los nazis, con sus estrictísimas formaciones, el orden, la puntualidad y la pureza de la raza eran el polo opuesto al *jazz*, un género que mezcla tradiciones musicales de todo el mundo con un estilo libre, alocado e improvisado. He oído que el *jazz* te emociona, que te atrae igual que a los franceses. Me gustaría llevarte a más conciertos, y, por qué no, ir a ver a Joséphine Baker. Y a Édith Piaf también. No hace *jazz*, pero es amiga mía.

Jean carraspeó y me sobresalté; me había olvidado de que estaba en el despacho. Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó una tableta de chocolate y me la alargó.

Me quedé mirando fijamente el brillante envoltorio.

«Hay buenas personas en el mundo, Romek», me había dicho Jakow un día mientras me cubría con un jersey lo suficientemente grande como para servirle al tipo más robusto de Buchenwald. A pesar de ser invierno, algún prisionero igual de helado que yo me había cedido aquella prenda de la Cruz Roja para que entrara en calor.

«Donde haya monstruos —había seguido Jakow—, habrá también ángeles llevándonos de la mano. No lo olvides nunca.»

Al final acabé aceptando la propuesta de Jane.

Cuando Jane y Jean se marcharon, madame Minc me comentó que la OSE también estaba poniendo en contacto a los chicos de Buchenwald con muchachos judíos franceses que vivían en París.

Me dijo que los chicos franceses nos ayudarían a sentirnos parte de la sociedad y su cultura. Quería emparejarme con un muchacho llamado Jacques, que tenía un hermano pequeño, Henri. Mientras madame Minc me hablaba de que los jóvenes judíos franceses podían enseñarnos la cultura adolescente e invitarnos a hacer lo mismo que ellos, mi mente se remontó a los días en que estuve encerrado en Częstochowa. Una mañana, justo antes de salir a someterme al recuento, miré por las polvorientas ventanas de los barracones y vi a un chaval a lo lejos, caminando por el campo adyacente. Debía de tener mi edad, y transportaba un cubo de metal. Lo observé sacar agua de un pozo y desandar los sembrados hasta una casa que escupía por la chimenea nubes de humo como tinta que se desvanecía. Me pregunté entonces cómo debía de ser su vida. ¿Iría a desayunar con su familia? ¿Sabría que había otros chicos de su edad atrapados al otro lado de las vallas de alambre, observándolo? ¿Asistiría a la escuela? Llevaba una bufanda de lana roja que probablemente le habría tejido su madre o su abuela.

Una bufanda roja. Recordé que en aquel momento me prometí a mí mismo que le pediría a mi madre que me tejiera una bufanda de lana roja en cuanto volviera a casa.

—Romek, no quiero que te hagas ilusiones —oí que me decía madame Minc.

—¿Perdón? —pregunté, sin saber a qué se refería.

—¿Me estabas escuchando?

Negué con la cabeza.

—Romek, hay un muchacho en Suiza... que podría ser tu hermano Motel.

17

Lo único en lo que era capaz de pensar mientras paseaba con Jacques y Henri por un parque cercano era en Motel.

Moishe nunca había querido seguir los pasos de mi padre como sastre. Tampoco quería ser soldado, como Chaim. Ni siquiera parecía que quisiera ser un niño. Mientras Motel y yo jugábamos a fútbol, atrapábamos ranas o corríamos al aire libre, Moishe retorcía cables y les arreglaba aparatos eléctricos a los vecinos. Quería ir a la universidad a estudiar ingeniería, pero sabía que para que lo aceptaran siendo judío debía ser de los mejores de la clase, porque a los judíos de Polonia solo se les reservaban unas pocas plazas en cada carrera. Moishe se pasaba todas las horas libres estudiando, y no era solo que estuviera entre los mejores, sino que sacaba las mejores notas de toda su escuela y de las de los alrededores hasta Varsovia. Aquel otoño, cuando los nazis invadieron Polonia, Moishe estaba decidido a matricularse en la universidad, pero se topó con una de las nuevas reglas impuestas por los alemanes: los judíos no podían asistir a la universidad.

Jacques y Henri charlaban sobre las bandas de vientos que actuaban en el parque al que querían llevarme y las danzas del auditorio de la ciudad. Jacques y Henri eran más altos que yo. No paraban de hablar y me trataban como a un amigo más, pero no eran tan sabelotodos como Salek. Sentía que realmente estaban dispuestos a conocerme mejor.

Jacques y Henri se turnaban para explicarme el día en que su padre los había dejado en un monasterio cristiano durante la ocupación nazi de Francia. Tuvieron que fingir que se estaban formando para ser monjes. Su madre también se ocultó en un pueblecito del sur, pero su padre acabó desaparecido; una superviviente amiga de la familia les dijo que creía haberlo visto en Auschwitz antes de que lo enviaran a Birkenau, lo que significaba una muerte casi segura.

Había algo en la forma de hablar de aquellos muchachos que me resultaba extrañamente familiar. Cuando el sendero se desviaba junto a un estrecho río, sentí por un instante como si estuviera paseando con dos de mis hermanos. Noté un escalofrío recorriéndome la columna; nunca me había sentido así con Salek ni con Marek, ni siquiera con Abe.

Me contaron que si enseñabas en París un carné en el que se te identificara como judío, podías entrar gratis al cine. Jacques y Henri tenían un par de tarjetas que los reconocía como judíos. Les dije que yo tenía la insignia de veterano de guerra que me permitía entrar a los teatros e ir a conciertos sin pagar. Hacía poco que habían visto *Madame Pimpernel* o *Paris Underground*, así como *Destino: Budapest*. Les gustaban las películas sobre la guerra, me dijeron, porque en el monasterio apenas les llegaba información y sabían muy poco de lo que se estaba cociendo. Al contrario que yo, querían enterarse de lo que había pasado en Europa, cómo había sucedido y si podía llegar a repetirse. En ese momento, Jacques comenzó a hablar de la nueva película de Tarzán que estaban a punto de estrenar. Agucé el oído. Cuando Jacques se subió a la verja metálica, se golpeó el pecho y gritó como Tarzán, me sorprendí a mí mismo preguntándoles si podía ir con ellos a ver la película.

Durante la vuelta al centro, mientras caminábamos los tres conmigo en medio, Aurore, vestida con el uniforme de la escuela, dobló una esquina y se dirigió directamente hacia nosotros. Sentí mariposas en el estómago y habría apostado lo que fuera a que el corazón había dejado de latirme. Iba con dos amigas con los mismos uniformes a juego. Cuando se acercó, vi que se ruborizaba. Nuestras miradas se cruzaron y me dio la impresión de que se le había iluminado el rostro.

El encuentro no pasó desapercibido. Cuando ya estábamos a una distancia prudencial, Jacques y Henri se burlaron de mí diciéndome que tenía novia. Yo lo negué en redondo, argumentando que a quién le iba a gustar alguien como yo. Aurore era solo una amiga que me estaba enseñando el mundo de las abejas. Pero los chicos no aceptaron mi respuesta y se ofrecieron a iniciarme en el *swing* para que la invitara a salir.

—Tampoco te vendría mal ponerte algo más a la moda —apuntó Henri, después de detenerse a repasarme de arriba abajo.

—Los pantalones son demasiado grandes y la camisa muy pequeña —añadió Jacques—. Pero eso tiene fácil solución. Eres guapo y tienes unos ojos bonitos. Estás en forma. ¿Por qué dices que no les vas a gustar a las chicas?

—Fijaos en las cicatrices que tengo —contesté, y procedí a explicarles la historia de las quemaduras.

Los dos respondieron al unísono que las cicatrices apenas se percibían.

—Lo único que se ve es que tienes la piel más oscura en algunos puntos —añadió Henri—. Además, a las chicas no les gustan los chicos del montón. Las cicatrices te hacen ser alguien único y atractivo, como los actores franceses Lucien Baroux, Jean Marais y Fernandel.

—Destacas entre los demás y eres puro y honesto, al estilo del actor Raimu.

—Eres como el chico introvertido en el que confían todas las chicas —afirmó Jacques.

Casi me ahogué de la risa con aquella descripción, con cómo me veían Jacques y Henri. Me sentía de todo menos puro y honesto.

Además, era consciente de todos los años que había perdido y en los que ya debería haberme acostumbrado a que me gustaran las chicas, igual que a Chaim le gustaba Golda. Mi última relación de amistad con una chica había sido con Halinka, y la cosa no había terminado demasiado bien. No sabía cómo hablarles, y mucho menos qué hacer cuando las tenía cerca, a pesar de que en la mansión había algunas huérfanas judías francesas, hermanas de algunos de los muchachos que vivían en el edificio. Cuando las veía, sudaba, me ruborizaba y me apartaba rápidamente.

—Ven a casa con nosotros —me propuso Jacques—. Te presentaremos a nuestra *maman*. A lo mejor te puedes llevar ropa nuestra que ya no nos quede bien.

Eso me hizo pensar en mi madre y en las veces que había cogido ropa de Motel y Moishe que ya no les valía, había remendado los agujeros, arreglado las costuras que se hubieran dado de sí y cosido botones nuevos. Después de un buen lavado y planchado, la ropa de mis hermanos se convertía en mis nuevas prendas.

Henri me preguntó qué música me gustaba. Respondí que no conocía apenas nada, salvo el *jazz* y la música de Beethoven que ponía mi padre. A ellos les gustaban los cantantes franceses, como Charles Trenet. Cuando mencionaron a Édith Piaf, les conté mi encuentro con Jane y reconocieron el apellido. Si era la misma Jane que conocían de las secciones de sociedad de los periódicos, su familia había fundado una empresa que fabricaba lavadoras y munición. Su padre, según me comentó Jacques, había inventado las bazucas.

No tenía ganas de hablar con nadie. Me vino a la cabeza la HASAG, y pensé si quizá Jane había venido a verme para meterme a trabajar en una de sus fábricas. Tal vez ir a su casa fuera un truco, igual que cuando los nazis se portaban bien con alguien para matarlo un instante después.

—¡Romek, nosotros te ayudaremos! —exclamó Henri por encima del hombro cuando me dejaron en la mansión—. Con Aurore, quiero decir.

Pero yo ya no pensaba en Aurore, sino en la forma de escaquearme de ir al apartamento de Jane.

Me convertí en un grano en el culo para madame Minc.

Solía sentarme delante de su despacho varias veces al día, repiqueteando con los dedos en el suelo y dando golpecitos nerviosos con el pie. Me pasaba lo que se me antojaban horas pasillo arriba y pasillo abajo, hasta el punto de que comencé a ver marcas de desgaste en la moqueta por donde yo deambulaba.

Cada vez que me encontraba con madame Minc, ella suspiraba y me decía que no tenía más noticias.

Me recordaba constantemente que Motel vivía en Suiza, un país diferente. Debía enviar cartas al equipo de la OSE que operaba allí, que posteriormente tendría que confirmar la identidad de Motel cotejando su historia con la mía. Por lo visto Suiza no permitía la entrada de los chicos mayores, pero el rabino Shachter estaba convencido de que ellos también necesitaban una oportunidad de sanar las heridas. Algunos de los mayores tenían hermanos pequeños que habían recibido visados para entrar en Suiza, y lo último que quería era que separaran hermanos, así que había optado por falsificar las fechas de nacimiento para quitarles unos cuantos años a los mayores. A continuación, Suiza debía enviarnos la información por correo. Podría tardar semanas, me dijo madame Minc, y me recomendó que encontrara algo con lo que distraerme hasta entonces.

Henri y Jacques me invitaron un viernes a una cena de *sabbat*. Al principio tuve mis reservas y les dije que no era una persona religiosa, pero ellos me aseguraron que sería algo más bien informal, una excusa para reunirse con la familia y los amigos. Además, Henri me comentó que su *maman* tenía una amiga a la que había conocido mientras se escondían, una mujer judía de Polonia, y quería que nos viéramos.

Los muchachos vivían en una casa de una planta en la Champaña, al este de París. La pintura de las paredes del edificio estaba desconchada y la madera, astillada en algunas partes.

Cuando Henri abrió la puerta principal de la casa, me paré en seco al inhalar los intensos aromas a ajo frito, cebolla y pollo con una mezcla de hierbas, romero entre otras, que mi madre usaba para sus sopas de pollo. Hasta el olor del interior, a madera húmeda y flores silvestres, me recordaba a mi hogar.

Jacques se me acercó por detrás y me dio un golpecito suave en la espalda.

—¿Todo bien?

Sin darme cuenta de que había estado conteniendo el aliento, exhalé largamente y carraspeé.

—Y-yo... Es que... —tartamudeé.

Antes de que pudiera terminar la frase, una mujer con un moño suelto y un delantal sobre una falda y una blusa vino directa hacia mí con los brazos abiertos. En cuanto la distancia se lo permitió, me dio un gran abrazo.

—Bienvenido, bienvenido, bienvenido —repitió varias veces en yidis.

Cuando se apartó, se presentó como Rose, la madre de Henri y Jacques.

En el comedor, en el que había un sofá azul desgastado y dos sillas a juego, Henri me presentó a Hannah. Era mucho mayor de lo que me esperaba, y lo más seguro era que fuera ya abuela. Se dirigió a mí en polaco y me preguntó de dónde era. Estaba a punto de responderle cuando Rose la llamó y dijo que necesitaba ayuda. Rose estaba empezando a poner la mesa. Eché un vistazo y me quedé sin aliento. Era idéntica a la nuestra de Skarżysko-Kamienna.

Mientras las mujeres preparaban la mesa para el *sabbat*, encendían velas y disponían los vasos para el vino de kidush, Henri, Jacques y yo jugábamos a las matatenas tirados en el suelo.

Cuando Rose colocó sobre la mesa el cuenco humeante de sopa de pollo, se disculpó por la falta de carne que había en Francia para la mayoría de los ciudadanos.

—Es básicamente caldo, zanahorias y algunas setas silvestres que he cogido del jardín —añadió—. Pero le he echado un poquito de romero y pimienta negra para que tenga más sabor.

—Así es como hacía mi madre la sopa a veces —contesté sin pensármelo dos veces.

Hannah traía una olla humeante de patatas cocidas cuando volvió a preguntarme de dónde era.

—De Polonia —respondí. Estaba centrado en el juego. Tenía casi todas las matatenas y estaba dispuesto a ganar.

—Eso ya lo sé —repuso con una carcajada—. Pero ¿de dónde exactamente?

—De un pueblo. No creo que lo conozcas —contesté por encima del hombro, pero recordé que debía ser educado y añadí—: ¿Usted de dónde es, Rose?

—De Rusia —dijo, sacando la cabeza por la puerta de la cocina.

—¿De qué pueblo eres? —preguntó Hannah, inquisitiva. No estaba dispuesta a dejarlo correr—. Quizá te sorprendo. Puede que lo conozca.

Eché los brazos al aire después de quedarme con las últimas matatenas. Era la primera vez que ganaba a Jacques y Henri.

—Skarżysko-Kamienna —contesté, y me giré para dirigirme en condiciones a Hannah.

Oí que Rose dejaba escapar un gritito y la miré de reojo. Llevaba un montón de platos para la cena, pero se había quedado ojiplática y tenía la cara blanca como la cera.

—Tengo un hermano en Skarżysko —balbució con voz queda—. ¿A qué se dedicaba tu padre? ¿C-cómo...? —tartamudeó—. ¿Cómo...

cómo se llama?

—Era sastre... y mercero —contesté, y me puse de inmediato en pie, sin comprender lo que estaba pasando.

—Esta mesa la fabricó mi hermano —dijo Rose, temblando.

En ese momento fue a mí a quien se le salieron los ojos de las órbitas.

—Mi... mi padre se llamaba Chil —mascullé, y sentí la misma corazonada que antes de que Abe fuera capaz de verbalizar que se marchaba. Rose soltó los platos y cayó redonda al suelo. Yo reprimí el impulso de desplomarme con ella.

Henri y Jacques corrieron hacia su madre. Yo me había quedado completamente paralizado.

—Tenía un presentimiento —comentó Hannah con petulancia—. A veces presiento cosas, igual que leo la fortuna. Algún día leeré la tuya.

Por fin comprendí por qué Jacques y Henri me resultaban tan familiares. No necesitaba que Rose ni Hannah me lo explicaran.

—¡*Maman*, despierta! —gritó Henri, mientras Jacques conminaba a Hannah a que avisara a un doctor.

Hannah soltó una risotada y afirmó que no hacía ninguna falta.

—Ha sido más la impresión que otra cosa. Dadle un minuto para que se recupere —añadió.

Jacques se fue corriendo a por un poco de agua. Cuando volvió, a Rose ya le temblaban los párpados.

—Me he desmayado —susurró.

No despegó la mirada de mí mientras se ponía en pie con las mejillas sonrosadas y relucientes, tirándose de la camisa al mismo tiempo para desabrochársela y refrescarse un poco.

—¿Qué pasa, *maman*? —preguntó Jacques, mirando alternativamente a su madre y a mí—. ¿Conoces a Romek?

—Claro —respondió por fin—. Es mi sobrino —susurró—. Romek es vuestro primo. Romek... —empezó, intentando mantener el equilibrio. Jacques y Henri acompañaron a su madre hasta el sofá—. Chil es mi hermano. Romek —repitió—, Romek es sangre de mi sangre.

18

Lo recordaba todo.

Me acordaba de Rose.

Yo era un crío, debía de tener tres o cuatro años. Había venido a visitar a papá y se alojó en casa. Mi madre y mi padre le cedieron su cama, y durmieron con Leah y con Chaim y Abram, respectivamente.

Rose parecía fuera de lugar con sus vestidos de lana, sus blusas de seda, sus perlas y sus guantes blancos. La mayoría de las madres de Skarżysko-Kamienna llevaban faldas tan largas que rozaban el suelo, camisas anchas y jerséis. Casi todas las madres judías polacas de Skarżysko-Kamienna se ponían también pañuelos en la cabeza, no pamelas con plumas y mallas como Rose. Solían tener el cabello largo, trenzado o recogido en alguna especie de moño. Rose, en cambio, lucía un pelo ondulado a la altura de los hombros que se iba rizando con los dedos. También se había puesto colorete y pintalabios. Recuerdo que en aquel momento pensé que, después de Golda, era la mujer más bella que había visto jamás.

Había adelgazado.

¿Y quién no?

—No te habría reconocido en la vida —comentó, y me cogió de la mano.

Tragué saliva. Por supuesto que no me habría reconocido. Ni siquiera yo me reconocía a mí mismo.

En ese momento soltó una carcajada, y rememoré el instante en que aquella risa colmó nuestro hogar en Skarżysko-Kamienna. Cuando mi padre se marchó de Rusia huyendo de los pogromos, su hermana no era más que una niña. Cuando cumplió la edad suficiente, se casó y se mudó a Francia con su marido. Nunca llegó a vivir en Skarżysko-Kamienna.

Rose, recordé, había sido como una luz arrolladora. En ese momento, y a pesar de las risitas, era una sombra de lo que fue, llena de preocupaciones.

Henri y Jacques se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas a escuchar a su *maman* mientras contaba historias de mi padre, de su infancia en Rusia, de los fríos inviernos, de los trineos de madera tallada con los que se deslizaban colina abajo, de compartir los zapatos porque la familia no tenía suficiente dinero como para que cada hijo tuviera su propio par.

Para mis primos, aquellas historias no eran más que anécdotas divertidas. Se les iluminaba el rostro cada vez que pedían otra.

Para mí, y tuve la impresión de que para Rose también, eran mucho más.

Los dos habíamos encontrado algo a lo que aferrarnos.

Les conté a Rose, Henri y Jacques lo poco que recordaba de mi vida... «mi vida anterior», omitiendo, claro, la rabia que había ido acumulando hacia mi padre.

Los recuerdos me estaban volviendo como si se hubiera roto el dique que los contenía.

Ya no ocurría solo en sueños, sino también a partir de olores, justo como me había asegurado Leah. Las especias de Rose que mamá usaba en sus guisos, o el sabor del dulce néctar de una manzana, e incluso el zumbido de un avión en lo alto: todo me hacía retrotraerme al pasado. Le conté a Rose y, más tarde, al profesor que no había olvidado aquellas cosas. Era como si las hubiera almacenado en algún lugar, lejos incluso de mi propio alcance.

Había pasado casi un año y medio desde la liberación, y era como si mi cerebro se estuviera desplegando ante mis ojos. Y lo acompañaba una ira que me aterraba.

Tras largas semanas sin recibir noticias de Suiza, después de mi rutina habitual de estudiar, tratar de vislumbrar ni que solo fuera un instante a Aurore y estudiar un poco más, con las comidas entremedias, era incapaz de soportarlo más. Me despertaba con martilleos en la cabeza y me temblaba todo el cuerpo. Estaba convencido de que volvía lentamente al trance que viví después de saber que no podía regresar a Polonia. Una mañana pensé que mi padre tenía la culpa de todo.

Y entonces fue cuando llegaron las noticias que tanto había esperado.

El muchacho de Suiza no era Motel. Se llamaba Mosze Waichmann.

Fuera lo que fuera que había estado reprimiéndome, ya no podía retenerlo más. Quería golpear algo, o a alguien. Mientras madame Minc me prometía con su reconfortante voz que seguiría buscando y que no dejaría piedra sin remover hasta encontrar a algún superviviente de mi familia, yo me mordía las mejillas.

Aquella noche no pude comer ni dormir. No paraba de dar vueltas en la cama.

Por la mañana, cuando oí los primeros trinos de las golondrinas, recogí el morral que Ralph me había dado y metí el cepillo de dientes, la ropa interior, una muda limpia y la camisa que me había regalado

Abe. Me marchaba.

No podía seguir aguantando la urgencia de buscar a mi familia por mi cuenta.

Dejé algo de espacio en el morral para la comida. Estaba embutiendo panecillos, queso, fruta, melocotones enlatados y frutos secos en los bolsillos y la bolsa cuando el profesor me encontró.

Había entrado en la mansión por la puerta de la cocina, e iba cargado con un montón de papeles. Echó un vistazo desconfiado a mi morral.

—¿Vas a algún sitio? —me preguntó, alzando una ceja.

Se me cayó el alma a los pies.

—Hoy tienes el examen, Romek —me recordó el profesor, haciendo un gesto con la barbilla a los papeles que llevaba en los brazos—. La prueba para determinar a qué curso irás. ¿Te has olvidado? Estás más que preparado. Estoy seguro. ¡No me cabe duda de que podrás empezar el instituto en unas pocas semanas!

Tragué saliva.

—Y-yo... —tartamudeé. Había olvidado por completo el examen y no había estudiado nada la noche anterior.

No sabía qué responder. A lo largo del último año, aquel hombre se había convertido en un hermano mayor para mí. Se dirigía a mí como si perteneciera a este mundo. Pero si había aprendido algo en los campos era que alguien podía ser tu amigo un día y tu enemigo al siguiente. Si querías sobrevivir, no podías esperar a nadie. Si había algo que no me cuadraba, si sentía algo instintivo, casi animal, luchaba por esa corazonada. En aquel momento, sentía en lo más profundo de mi ser que debía irme. ¿O no?

—Romek, no sigas adelante con esto, sea lo que sea. Preséntate al examen —insistió—. ¿Confías en mí?

—Ya no sé lo que significa confiar en alguien —susurré, y no mentía. Volvía a hundirme y a cuestionar mi propia decisión.

Los demás muchachos comenzaron a pasar atropelladamente a nuestro lado camino del comedor. Le cogí algunos papeles al profesor para aligerarle la carga.

—Vamos a comer juntos —me propuso el profesor con un tono conciliador—. Tómate un café, haz el examen y mañana decides qué hacer. Lo decidimos juntos. Ya no estás solo —añadió, y me tocó el hombro con la mano que tenía libre.

Me puse manos a la obra con el examen, que incluía una parte de comprensión lectora básica en francés. Debería haber sido pan comido. Tenía por la mano el *passé composé* y los demás tiempos verbales. Ya leía libros de misterio en francés y obras de filósofos

como Voltaire. El componente literario del examen era el equivalente a los libros ilustrados. La prueba de matemáticas era sencilla, o debería haberlo sido. Me atasqué hasta con los problemas matemáticos, por mucho que los hubiera practicado cientos de veces de varias formas distintas. Veía borroso y no era capaz de distinguir los números en condiciones.

No me quitaba a Motel de la cabeza, ni lo mucho que deseaba creer que el chico de Suiza fuera él. Mi padre me dijo una vez: «Confía en Dios, sé paciente y nunca pierdas la esperanza. Eso es la vida».

Ya ni siquiera sabía qué era la esperanza. ¿Cómo no iba a perderla? Mi padre fue el primero que la perdió. Él me había enseñado a perder la fe, ¿o no?

A mis pies descansaba el morral. Me pasé los últimos quince minutos del examen sin apartar la vista de él.

El profesor tenía razón. No podía irme de la mansión.

Leah me había escrito desde Palestina. Las estaban pasando canutas. Ella y Abram apenas tenían dinero y se deslomaban en la granja para poder sobrevivir. Había días en los que tenían la misma cantidad de comida que la que les daban en los campos.

No podía volver a Polonia. Probablemente mi casa ya estuviera ocupada por otra familia polaca. El país estaba en manos de la Unión Soviética. Puede que los soviéticos no tuvieran campos de concentración, pero tampoco trataban demasiado bien a los judíos. Durante la guerra, cuando tenían el control de la Polonia oriental, enviaban a los que rechazaban la nacionalidad soviética y a los judíos a trabajar a huertas de remolacha en la Rusia soviética profunda. A algunos judíos, según los rumores, los mandaban incluso a Siberia.

Ralph había desaparecido, así que no podía marcharme a Rusia ni a Europa del Este con él y unirme a los comunistas. Conociendo mi suerte, si me liara la manta a la cabeza y fuera solo, acabaría con otro grupo de aspirantes a comunistas como los partisanos. No tenía ni la más remota idea de cómo unirme a un movimiento comunista.

No tenía adónde ir ni nadie que me ayudara a buscar a mi familia, salvo el equipo de la OSE.

Aquella tarde, me senté en el bordillo junto a la reja negra de acero forjado que rodeaba la casa de Aurore, esperando a que volviera de la escuela. Cuando llegó, le comenté que necesitaba alejarme un tiempo; no físicamente, sino más bien centrarme en mí mismo. Le conté que sabía que había suspendido el examen para entrar en el instituto, así como que sentía rabia y dolor en mis entrañas, y que estaría tirando mi vida a la basura hasta que lo resolviera. No quería hundirla conmigo. Iba a volver a concentrarme en mis estudios, entraría en el instituto y solucionaría el pozo de desesperación que amenazaba con tragarme igual que la ballena engulló a Jonás.

Confiaba en que Aurore me comprendería: quería que buscara a otra persona.

—No soy lo suficientemente bueno para ti. No puedo darte lo que quieres y necesitas. Mi vida es un desastre —añadí.

—Cuando se haya arreglado todo, ¿vendrás a buscarme? —me preguntó, mirándome fijamente con sus ojazos verdiazules.

Yo me derretí por dentro.

—Por supuesto —respondí, y sacudí la cabeza—. Pero, Aurore, no sé si llegará a arreglarse alguna vez. Si un día conoces a otro chico y te gusta, olvídate de mí. Ve con él. Me alegraré mucho por ti.

19

Me pasé semanas posponiendo la visita al apartamento de Jane.

Le decía a madame Minc que me encontraba mal. Me apretaba la tripa y gemía.

Otra de las excusas era que tenía mucho que estudiar. ¡Y era cierto! Se me había pasado la fecha de inicio de las clases de secundaria en septiembre, pero el profesor me dijo que debía ir a la escuela de todas formas. A una escuela primaria. Mis compañeros eran niños de diez años que hablaban francés mejor y más rápido que yo, y que cuchicheaban lo estúpido, lo lento y lo bobo que era. Ignorantes.

—Soy un espía —les espeté un día—. Oigo todo lo que decís.

Aquello les cerró la boca, porque a pesar de que hubieran pasado casi dos años de la ocupación nazi, hasta los niños recordaban lo que era vivir bajo su yugo: tener miedo de que el tipo de la sala fuera un espía que estuviera enviando información a los alemanes sobre quién era una buena y una mala persona. De hecho, pensé más tarde, yo habría sido un gran espía, así que lo apunté en la lista de posibles oficios a los que podría dedicarme para comentárselo al profesor. Sobre todo, estaba decidido a dejar aquella clase de críos y entrar en un aula con adolescentes de mi edad en enero. Estudiaba noche y día, hacía álgebra y problemas matemáticos y leía clásicos franceses como *El conde de Montecristo* de Alexandre Dumas y *El extranjero* de Albert Camus.

Sin embargo, al final madame Minc se olió que estaba evitando el tema de Jane, así que me expliqué. Le conté que me daba miedo que Jane me enviara a trabajar a su fábrica de munición. Madame Minc echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada. Los rizos de su cabello saltaban por los aires y el pecho se le sacudía como si estuviera en mitad de un número cómico. Al principio me enfadé y le dije que parara, que no comprendía lo que era pasarse más de dos años trabajando en una fábrica de munición doce horas al día, seis días por semana, fabricando armas que los alemanes utilizarían para asesinar a los judíos. Madame Minc se recompuso rápidamente, se disculpó y esbozó un gesto grave. Pero entonces fue cuando yo rompí a reír. Al oírme verbalizar mis miedos, me di cuenta de lo ridículos e irracionales que eran. Madame Minc me aseguró que Jane no tenía ninguna intención de mandarme a trabajar a su fábrica.

Nunca llegué a ver el interior del castillo de Ferrières, pero

sospechaba que se debía de parecer muchísimo al apartamento de Jane.

Estaba situado en la Avenue Montaigne, en el Distrito VIII de París, contaba con varias plantas y era casi como una mansión dentro de un enorme edificio. Los pisos estaban conectados por escaleras de caracol, cuyas barandillas parecían estar bañadas en oro. También había un ascensor, por si Jane, Jean o alguno de sus hijos estaban cansados, que los llevaba directamente a sus habitaciones.

El papel de las paredes de las habitaciones era de seda, y cada una era de un color diferente: azul huevo de petirrojo, rosa crepúsculo, amarillo canario. Los muebles, como supe más tarde, eran de la época de Luis XV, así que tenían cientos de años y eran carísimos, reliquias que el padre de Jane le había legado a su hija. De las paredes colgaban lo que más tarde descubrí que eran cuadros únicos de un valor incalculable, entre ellos, un Renoir. Las luces sobre los cuadros eran obra de la misma persona que se había encargado de iluminar el Louvre.

Después de presentarme a su familia, a sus hijos Michel, Claude e Isabelle, Jane me llevó a La Mère Catherine, el bistró más antiguo de París, fundado en 1793. Los empleados y la mayoría de los parroquianos conocían a Jane, la saludaron y le preguntaron cómo le iba el día.

Jane y yo nos sentamos a una mesa cerca de la parte delantera. Mientras yo esperaba mis huevos Benedict, Jane me contó que durante la ocupación alemana de París había miembros del Partido Nazi que comían en el bistró. Muchos negocios franceses, añadió con una voz conspiratoria, se veían obligados a abastecer a los nazis, pero la mayor parte del personal solía trabajar para los movimientos de resistencia y les pasaban información de las conversaciones que escuchaban a escondidas. Tardé poco en relajarme, sobre todo cuando me di cuenta de que Jane me hablaba igual que el profesor, como si se estuviera dirigiendo a un adulto. Era algo que agradecía, y poco después le conté lo mucho que me avergonzaba de mi aspecto físico y la sensación que tenía de no pertenecer al mundo. Y, sobre todo, me preocupaba comer en público.

Jane era una persona tremendamente pragmática, como pronto descubrí. Le pidió al camarero un sitio al fondo, cerca de la cocina, y me susurró mientras la seguía a la nueva mesa que en cuanto me sintiera cómodo podíamos volver a la mesa de siempre.

—De momento, aquí detrás no nos verá nadie.

Después de la comida me llevó a las Galerías Lafayette, en el bulevar Haussmann. En la sección de hombres, Jane me hizo probarme trajes de *tweed* y camisas de algodón, e incluso un esmoquin para cuando me llevara a la ópera. Pasé el día con Jane, jugué al

ajedrez con sus hijos y merendé en su terraza con Jean. Cuando volví aquella noche a Le Vésinet, iba cargado con bolsas llenas de pantalones, camisas, jerséis, tirantes, ropa interior nueva y hasta boinas francesas. También llevaba varias cajas de merengues para los chicos.

Pasé muchos fines de semana con Jane y su familia durante el invierno de 1947, comiendo bollos y sorbiendo cafés enriquecidos con nata y espolvoreados con cacao y canela. Sus hijos me acogieron como a uno más de la familia. En el fondo no les gustaba el ajedrez, me confesaron un día, ni tampoco los *concertos* que habían dominado con el piano de cola y que interpretaban para mí. Les conté que yo había empezado a aprender a tocar el violín cuando los alemanes invadieron Polonia. Todos mis hermanos mayores sabían música. Me enseñaron sus habitaciones, unas estancias más grandes que mi casa de Skarżysko-Kamienna, y me dijeron que preferirían mil veces ir a ver la película de Tarzán antes que asistir a los eventos culturales que su madre les proponía. Me reí y me sentí aún más en casa.

Jane y yo pactamos que cada uno elegiría una actividad distinta cada vez. Me llevó con sus hijos a ver varias veces la película de Tarzán aquel invierno, e invitó a Henri y a Jacques a venir con nosotros, así como a la ópera, aunque en esa ocasión Claude se inventara una excusa para él y sus hermanos, arguyendo que tenían otros planes. Jane había reservado asientos en el palco del Palacio Garnier, con vistas sobre el escenario. Observamos a los intérpretes a través de unos pequeños prismáticos de marfil. En Écouis y en la mansión de Le Vésinet nos habían visitado cantantes, pero ninguno cantaba como los de la ópera. Las sopranos podían alcanzar notas tan altas y estridentes que no me cabía duda de que los candelabros de cristal se sacudían de entusiasmo, y las voces de los altos y los barítonos me atravesaban como las corrientes que te arrastran al mar. Jane también me acompañó al Ballet de la Ópera de París.

Me gustaban la ópera y el *ballet*, pero, al igual que sus hijos, prefería las películas del Oeste, como las que protagonizaba John Wayne. Al principio, me sentía mal por no ser quizá tan culto como algunos de los chicos de Buchenwald. Temía que Jane quisiera sustituirme por otro que disfrutara más de las galerías de arte y los conciertos sinfónicos. Sin embargo, durante una cena de *catering* en su apartamento, Claude me aseguró que Jane solo quería mostrarme las cosas que nunca antes hubiera experimentado. Le daba lo mismo que me gustaran o no. Su objetivo era enseñarme todas las opciones de las que disponía. Cuando acabó, Michel me guiñó un ojo y me dio las gracias por ser yo, y no ellos, el que estuviera aguantando todos los eventos culturales que le gustaban a su madre.

—Nos estás salvando la vida —comentó y esbozó una sonrisa.

Jane y yo solíamos pasear junto al río Sena, cruzando los puentes con la Torre Eiffel siempre a la vista. De cuando en cuando parábamos a degustar marisco sobre las barcazas con amigos de Jane, quien más tarde me explicaba que eran actores, políticos, dramaturgos y cantantes de renombre. Se pasaban el rato charlando y riendo, todo regado con champán y el humo de puros. A veces, cuando ya estaban bastante perjudicados, interpretaban monólogos que, por lo que me susurraba Jane, pertenecían a obras famosas, o bien cantaban canciones que sonaban en la radio.

Todos los viernes trataba de celebrar el *sabbat* con Rose, Henri y Jacques. Allí aprendía más historias sobre mi padre, como, por ejemplo, el día en que conoció a mi madre. El *schadchen* los habían emparejado, pero Rose afirmaba que había sido amor a primera vista.

—¿Sabes qué pasa? Que en nuestros humildes *shtetls* del este de Europa era extraño que un hombre y una mujer se quisieran tantísimo el día de su boda —me contó—. Pero Chil y Rifka estaban enamoradísimos. Su amor era eterno. —Rose se vino abajo al empezar a hablar de su marido, quien, a pesar de estar desaparecido, probablemente había muerto—. Lo nuestro fue distinto —añadió—, pero acabé amándolo.

En enero, comencé el instituto, en una clase en la que no conocía a nadie, pero al menos ningún niño se reía de mí.

Para mi decimosexto cumpleaños, el 2 de febrero de 1947, Jane me llevó a un restaurante llamado Maxim's, donde probé por primera vez el *foie gras* y el caviar. Prefería de lejos los huevos Benedict y los cruasanes de mantequilla o bañados en chocolate, y Jane, que a aquellas alturas ya me conocía un poco, se aseguró de que también me sirvieran un plato de pasta con mantequilla y, de postre, un pudin de chocolate. Di mi primer sorbo a una copa de champán y acabamos la velada con una tabla de quesos, devorando el camembert que había aprendido a amar. Con Rose y mis primos, nos pasamos mi cumpleaños cantando canciones yidis. Hannah preparó repollos rellenos, arenque en salazón y *latkes* de patata para que me acordara de Polonia, además de un pastel de crema polaco de postre.

Siempre que el chófer de Jane me llevaba de vuelta a la mansión de Le Vésinet, pasábamos por delante del Arco del Triunfo y cruzábamos los largos bulevares rodeados de castaños de los barrios de las afueras. Antes de conocer a Jane, jamás me había montado en un coche. En Skarżysko-Kamienna no había ni uno, o al menos no en las familias judías. Las familias visitaban a sus seres queridos de otras ciudades a caballo o en calesa. También había trineos tirados por caballos para las nieves del invierno. Cuando los trenes de ganado se detenían y los nazis nos ordenaban a los prisioneros que caváramos zanjas antitanques, a veces miraba con el rabillo del ojo los vehículos

alemanes, coches largos y elegantes coronados por la bandera nazi con la esvástica. Chaim tenía un camión, pero no era suyo. Se lo habían dejado para su trabajo en la HASAG. Hannah me contó que lo más probable era que Chaim hubiera mentido sobre su identidad en la HASAG. Una empresa alemana jamás habría permitido que un soldado polaco condujera un vehículo. «Pero somos polacos —añadió Hannah —. Nunca abandonamos a la familia. Siempre permanecemos unidos. Y los nazis estaban al tanto de eso. Así engañaban a los judíos que se llevaban a Treblinka y a otros campos de la muerte, asegurándoles que iban a estar con sus allegados y a trabajar con ellos.»

En la primavera de 1947, podría decirse que no me faltaba nada. Salek, Joe, Marek y yo íbamos al cine y a los clubs de *jazz* siempre que teníamos un hueco. A ellos también les habían asignado mentores, personas como Jane que los ayudaban a integrarse de nuevo en la vida. Todos estudiábamos: a Salek y Joe los habían aceptado en una escuela de formación profesional y empezarían el próximo otoño.

Aun así, mi padre siempre me rondaba por el pensamiento, así como la rabia que hervía lentamente en mis adentros.

—Llora —me dijo Rose durante una de mis visitas—. Grita, explota, sácalo todo, todo el dolor. Puede que los hayas perdido a todos salvo a Leah.

Pero era incapaz. No estaba enfadado con los nazis por lo que nos habían hecho. Me cabreaba que mi padre no se hubiera ido de Polonia antes de que llegaran los nazis. No esperaba que se limitara a decirme que todo iba a salir bien. Esperaba que hiciera que todo saliera bien. Me había fallado.

Estaba de vuelta en mi casa, en Skarżysko-Kamienna.

Era una noche de mediados de verano. Lo sé porque mi madre había dejado las ventanas abiertas. Una suave brisa mecía las cortinas y las llamas de las velas del sabbat *danzaban y proyectaban sombras inquietas en las paredes.*

Mi padre y los ancianos estaban flanqueados por Chaim y otros amigos judíos del ejército. No había sillas para todos. Algunos se habían quedado de pie y daban vueltas sin parar.

También había algún visitante entre ellos, dos hombres que no había visto en mi vida. Hablaban yidis, pero con acento.

—Son de Alemania —me susurró Moishe—. Nos traen noticias de lo que está pasando allí.

Los judíos habían tenido buenas vidas en Alemania. Ocupaban puestos de poder en los negocios, los tribunales, la política, el teatro, el periodismo y la medicina. «Aquí estamos muy atrasados en comparación con nuestros primos alemanes», decía mi padre.

Pero los judíos alemanes sentados alrededor de la mesa hablaban de algo distinto: negocios destruidos, el incendio del Reichstag *de Berlín que se atribuyó a los judíos y que precipitó la* Kristallnacht *de noviembre de 1938, también conocida como «la noche de los cristales rotos». Aquella noche, las tropas alemanas de las SA destrozaron las esperanzas de los judíos en Alemania, comentaban los hombres. Hablaban de campos construidos para encerrar a los adversarios políticos de Adolf Hitler, los comunistas. Dichos campos también eran para los judíos.*

Los judíos alemanes estaban huyendo —refugiados, se llamaban a sí mismos— y nos alertaban de que hiciéramos lo mismo. El próximo objetivo del ejército alemán sería Polonia, según afirmaron.

Chaim estaba dispuesto a marcharse.

Le suplicó a mi padre y a los ancianos que se fueran, que abandonaran Polonia.

—Los alemanes son gente civilizada —sentenció mi padre con un tono grave y propinó un golpe en la mesa que sacudió las copas de vino.

Nunca había visto a Chaim tan airado. Apartó su silla y fulminó con la mirada a papá. Tenía las fosas nasales dilatadas y estaba rojo como un tomate. Le miré los puños; los tenía firmemente apretados.

—Tengo un hijo —escupió Chaim—. Quiero que Nathan viva. Debemos irnos, todos, ahora. —Chaim no solo conminaba a papá, sino a todos los adultos que, en ese momento, coincidían con mi padre—. Los alemanes ya se han hecho con Austria y el Sudetenland de Checoslovaquia, y no tardará en caer el resto del país. Sin oposición. No hay amigos que valgan. Nuestro ejército, mi ejército, no puede retener a los alemanes. Quieren matarnos a todos los judíos. Papá, escúchame. —Chaim ya había empezado a gritar—. Los alemanes pretenden aniquilar a los judíos de Europa.

—¡De eso nada! —exclamó mi padre, que se había puesto en pie y estaba cara a cara con Chaim. Él también estaba rojo y echaba humo por las orejas.

Mi madre se interpuso entre los dos.

—Chaim, mi querido niño —susurró, acariciándole la espalda—. Escucha a tu padre. Escúchalo siempre, igual que Nathan te escuchará a ti. Nos iremos, pero juntos.

Tres años más tarde, en la HASAG, un día nublado —el sol parecía estar cubierto por una nube perenne— mi padre empezó a desaparecer. Fue poco después de que asesinaran a Abram. Al principio fue su cabello. Se fue encaneciendo hasta quedarse totalmente blanco al final de la semana. Las rodillas se le torcieron. Los párpados se le cayeron.

—Papá, todo se va a arreglar, ¿verdad? —le pregunté el último domingo que lo vi, antes del recuento, antes de la selección—. ¡Papá! —empecé a gritar al ver que no respondía—. ¡Papá!

Lo sacudí con todas mis fuerzas, pero tenía la mirada clavada en el

infinito. Se había convertido en uno de los Muselmann*, en un trabajador muerto en vida. Era como si hubiera dejado de verme, como si no me conociera ni me quisiera. Como si, sencillamente, ya no existiera.*

Un anciano de los barracones se acercó a mí y me dijo con ternura que mi padre se encontraba mal y que se recuperaría en unos pocos días.

Pero nunca lo haría.

Desapareció aquel mismo día.

Para siempre.

—Lo creí. Creía a mi padre cuando me aseguraba que todo se arreglaría, casi hasta el final —le conté un día de primavera al profesor—. ¿Sabe lo que es perder la confianza en la mismísima persona en que has depositado toda tu fe? Por eso no quiero rezar. Estoy muy disgustado con mi padre —añadí con voz queda—. Estoy enfadado con Dios. Cuando el negocio no iba bien o nos asolaba una tormenta y dañaba la casa, incluso cuando apenas teníamos qué comer en el gueto, mi padre recitaba el Salmo 91:

Tú que habitas al amparo del Altísimo,
que vives a la sombra del Omnipotente,
di al Señor: «Refugio mío, alcázar mío,
Dios mío, confío en ti».

Agaché la cabeza.

—Mi padre era un iluso —añadí—. Y todos nosotros le creímos.

—Romek, hay algo que todavía no sabes, pero algún día lo entenderás. Lo que los nazis hicieron no tuvo nada que ver con Dios. Y tu padre... Tu padre no te castigó cuando volviste de la granja de los Brankowski ni del grupo de partisanos. No te abandonó. Quería salvarte —dijo el profesor—. Habría muerto por ti. Y sigue vivo en ti.

Una noche, cerca del día más largo del año, cuando el chófer de Jane me llevaba de vuelta a la mansión, nos desviamos y tomamos la calle de Aurore.

Cuando la vi en el jardín, le pedí al conductor que se detuviera y le dije que andaría el resto del camino.

Esperé a que el coche se fuera y, sudando y con las manos temblándome por los nervios, me aproximé a Aurore. Llevábamos más de ocho meses sin vernos; me pregunté incluso si me recordaría.

Cuando alzó la vista, me saludó.

—¡Hola! —exclamó, sonriéndome.

Carraspeé.

—¿Cómo están las abejas esta noche?

Soltó una carcajada.

—De hecho, hoy estoy con las flores —respondió con dulzura—. Ven.

Me hizo un gesto para que la siguiera a lo largo de un estrecho sendero de piedras, hasta detenernos al llegar junto a los rosales.

—Estas rosas las planté la última primavera —me comentó—. Por la noche huelen de maravilla. —Señaló las blanquísimas flores—. Cuando la luna brilla con fuerza, es como si estas rosas blancas bailaran. Y por la noche son las flores que mejor huelen de todas.

Se inclinó y las olió. Acto seguido, me cogió de la mano y me indicó que la imitara. Tenía razón. El perfume de las rosas era dulce, delicado, cálido y relajante.

—Vivo con mis tíos y la hermana de mi abuela. Encontré a mis tíos justo después de verte en el tren —añadió—. Queríamos algo especial para recordar a... —Aurore no terminó la frase, ni falta que hizo. Sus padres habían muerto, igual que papá, Chaim, Motel, Moishe, Abram, Golda y mamá—. Las flores favoritas de mi madre eran las rosas blancas.

Los dos nos sentamos en un tronco y atendimos al crepúsculo mientras nos cubría con su delicado manto. Debíamos de llevar media hora sentados sin despegar los labios cuando empezaron a dolerme las piernas.

—A mi *maman* le gustaba mucho la luna también —acabó diciendo Aurore cuando el cielo nocturno dejó al descubierto una luna creciente—. Mi padre siempre nos llevaba a pasear después de cenar, a veces al Sena, a ver los rayos de la luna acariciando la superficie del agua. Mi madre solía decir que la luna atrapaba nuestros sueños. Yo sueño que mi *maman* y papá me observan desde lo alto.

—A mí también me gusta el cielo nocturno.

—Ya lo sé. Te vi observándolo el día que te tumbaste en mi jardín.

Los dos nos echamos a reír. Hasta entonces no me había percatado de que era el jardín de Aurore.

—He de entrar ya —dijo finalmente—. Tengo que estudiar. Mi *maman* quería que fuera doctora o profesora cuando creciera. Se lo debo. Ahora también me toca vivir sus sueños.

—¿Quieres que vayamos a bailar algún día? —escupí, sin tener del todo claro de dónde habían salido aquellas palabras.

Ella volvió a reírse. Tenía una risa hermosa, reservada pero genuina.

—Sí —murmuró—. Me encantaría.

«Yo no sé bailar», quise decirle antes de retirar la invitación. Pero me limité a sonreír.

La seguí mientras desanduvimos el sendero. Antes de alcanzar la puerta de la casa, se detuvo, se volvió y corrió hacia mí. Me atrajo hacia ella y me besó suavemente en la mejilla.

20

—Mamá —dije—. ¿Cuándo te vas a morir?

—Ya hablaremos luego, Rachmilshu —respondió, utilizando mi apodo de la infancia, que consistía en Rachmil, mi nombre en yidis, al que le añadía «pequeño» al final. Rachmilshu.

—Te quiero mucho, así que, si te vas a morir, quiero morirme el día de antes —añadí.

Se me apareció mi hogar en la calle Tres de Mayo. No tenía claro qué edad debía de tener, pero sí sabía que era Yom Kippur. Mi padre se pasaba los Yom Kippur muy serio, porque ayunaba, rezaba y pedía perdón por todos sus pecados. Yo también rezaba, pero, al ser pequeño, mi madre me daba a escondidas bolsitas de papel marrón en las que metía pan, fruta y caramelos para que aguantara bien el día.

—Lo eres todo para mí —le susurré a mi madre, aferrándome a ella con fuerza.

Entonces ella era feliz. Tenía los hombros altos y las mejillas llenas de color, y sus ojos castaños parecían danzar.

—Te quiero más que a mi vida —le dije.

Me desperté de aquel sueño sobresaltado, resollando, con el rostro de mi madre marcado a fuego en la mente. Me incorporé y recordé las arrugas de sus ojos, los sutiles hoyuelos que se revelaban cuando sonreía y la curvatura de su espalda, como si la tuviera justo delante. No había visto su cara desde la noche en que Chaim me sacó del gueto y me llevó a trabajar a la HASAG. Pero, en ese instante, incluso el mero hecho de sentirla pareció permanecer en la habitación, flotando a mi alrededor.

Me quedé un buen rato sentado, escuchando los sonidos de la mañana: los pájaros en la ventana, un coche petardeando en la calle, las charlas del personal en la cocina mientras preparaban el desayuno. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía seguro. Mi madre estaba conmigo.

Henri y Jacques echaron a su madre del apartamento, apartaron los muebles y montaron el fonógrafo que le habían pedido prestado a un vecino.

Me explicaron que la música que habían puesto venía de Estados Unidos, y que se llamaba *swing*. Observé a Henri y a Jacques bailar, hipnotizado por cómo movían los pies, por la velocidad de brazos y piernas. El *swing* era muy distinto del *ballet* que había visto con Jane, así que suspiré aliviado, porque lo que bailaban Henri y Jacques, y lo que yo bailaría con Aurore, no tenía nada que ver con la música clásica.

Cuando Jacques y Henri me cogieron cada uno de un brazo y me obligaron a seguir sus pasos, me tropecé con mis propios pies, y después golpeé a Henri en la nariz al tratar de balancear los brazos. Al cabo de una hora, me tumbé en el sofá y concluí que no tenía remedio.

—Voy a quedar como un tonto delante de Aurore —dije, y solté una carcajada.

Henri suspiró y se tumbó a mi lado.

—Necesitas tiempo, pero ya verás como al final aprenderás. ¿No bailabas nunca en Polonia? —preguntó. Recordé los Bar Mitzvá de mis hermanos y las bodas, como la de Chaim y Golda.

—Sé bailar la hora —respondí con entusiasmo. Henri y Jacques se tiraron al suelo riéndose a mandíbula batiente, agarrándose la barriga.

—No hagas la hora en un baile francés —consiguió articular Henri.

Jacques colocó en el fonógrafo discos de música francesa que también había tomado prestados de una vecina, una mujer no judía que les había cuidado el apartamento mientras ellos estaban escondidos. La mujer había metido a su hijo mayor para que nadie lo ocupara y se lo había devuelto a Rose cuando regresaron.

Jacques puso música de Charles Trenet, Mireille Mathieu y, poco después, Maurice Chevalier, Yves Montand y Édith Piaf. Pensé en Jane y en todas las celebridades que me había presentado y cuyos nombres ya había olvidado, salvo el del actor estadounidense Tyrone Power. Recordaba claramente los días que habíamos comido con él: era un galán del celuloide y se parecía a Chaim. Estaba convencido de que también había conocido a alguno de esos cantantes, puesto que las voces me resultaban familiares.

De vuelta en la mansión, Salek, Joe, Marek y yo seguimos bailando. Todos acabaron dominando el *swing* mucho más rápido que yo. Salek, sin embargo, decidió enseñarme otros bailes, como el foxtrot y el tango, que, según me explicó, venía de Sudamérica. Mi canción favorita era *Minor Swing*, de Django Reinhardt. El profesor y yo habíamos visto a un gran grupo que actuaba en París, y estoy seguro de que interpretaron *Minor Swing*. De repente, comencé a seguir el ritmo con el pie. Ahí fue cuando Joe me levantó del sofá y

me dijo que expresara con movimientos lo que sentía. Haciendo caso a su consejo, empecé poco a poco a cogerle el tranquillo.

Los valses que Salek reprodujo a continuación en el fonógrafo me pusieron los pelos de punta. Me parecieron casi imposibles de dominar. Mientras la música sonaba, me acordé de la HASAG. Los actos de entretenimiento a cargo de los músicos y bailarines presos solían incluir valses alemanes. Los nazis se sentaban en teatros improvisados y se limitaban a observar el espectáculo, fumando puros y cigarrillos y bebiendo caras bebidas alcohólicas que les habían enviado desde Berlín. Yo a veces echaba una mano barriendo y limpiando las salas antes y después de las actuaciones. No me gustaba cómo las SS miraban a las mujeres judías. Tampoco me gustaban los valses, así que le pedí a Salek que los quitara.

Una tarde lluviosa, Henri y Jacques me dijeron que el baile más importante que debía aprender era la danza lenta. Henri me atrajo hacia él, como si fuéramos una pareja, y Jacques puso una pieza reciente llamada *Les Feuilles Mortes*, «Las hojas muertas», de Yves Montand. El ritmo se iba acelerando a lo largo de la canción, y, a pesar de apañarme bastante bien al principio, acabé tropezando con los pies de Henri cuando la música ganó velocidad. Henri suspiró y, haciéndose pasar por Aurore, apoyó la cabeza en mi hombro.

—Me gustas aunque no sepas bailar —dijo con una voz aguda, imitando a una chica.

El verdadero desafío fueron las lecciones sobre cómo hablar con Aurore. Henri y Jacques me indicaron que me pasaba la mayor parte del tiempo con la cara larga, que apenas hablaba, que era introvertido y daba la impresión de ser una persona tímida y distante. Tenía que preguntarle a Aurore por su día, decirle lo guapa que estaba, cogerla de la mano y, sobre todo, interesarme por lo que me contara. Debía aprender a hablar, no solo a escuchar. Debía prestar atención. Cuando Henri y Jacques interpretaron varias situaciones posibles, como Aurore confiándome la historia de sus padres, lo mucho que le costaba una asignatura concreta de la escuela o sus experiencias durante la ocupación alemana de Francia —por lo que, a decir verdad, jamás le había preguntado—, pensé en mi madre y mi padre, en Golda y Chaim. A la mañana siguiente, en ese lugar entre la vigilia y el sueño, vi nuestros paseos por el río Kamienna y la forma en que los ojos de mi padre observaban a mi madre. También vi a mi madre apoyar la cabeza en mi padre. A Golda y a Chaim el día de su boda, con las sonrisas y las mejillas sonrosadas. Existía una delicadeza y una honestidad que flotaba entre ellos, y una comprensión mutua. Eran parejas que no necesitaban palabras. Todo se expresaba con una mirada, un sonrojo y una risa suave.

Y entonces caí en la cuenta de que mi padre me miraba

prácticamente de la misma manera... Incluso en la HASAG. Incluso en el gueto. Me miraba con amor.

Entonces, rompí a llorar.

Dentro de mí había un vacío profundo donde se suponía que debería estar mi padre. Entendí que aquel abismo en el que me sentía caer era la parte de mí mismo en la que solía vivir mi padre. Me había deshecho de él. Él no se había deshecho de mí.

Por un instante, antes de que regresara la rabia que sentía hacia él, lo eché muchísimo de menos y sentí cómo se me desgarraban las entrañas.

Jane compró un perro, un caniche, y me pidió que le pusiera yo el nombre. Escogí *Tarzán*.

Paseaba con *Tarzán* por los bulevares adoquinados llenos de árboles llorones junto al Sena. Por aquel entonces ya tenía habitación propia en el apartamento de Jane y dormía en una cama con dosel bajo un tapiz de seda y tafetán. *Tarzán* descansaba en el suelo, a mi lado.

Jane y yo solíamos pasarnos horas y horas deambulando por los largos pasillos y amplias salas del Louvre, donde me contaba curiosidades sobre las obras. Me habló de cómo el arte nos conectaba y nos unificaba como ninguna otra cosa en el mundo. No paraba de reír durante nuestras comidas en el restaurante del Louvre, charlando sobre esos momentos en que la cabeza nos dice algo y el corazón la contradice, mientras que el alma es lo único que puede entender el arte.

—Es lo que refleja nuestra experiencia colectiva como seres humanos —añadió y torció el gesto—. El arte revela nuestro dolor, nuestras alegrías, nuestros pesares, incluso a veces aquello que nos negamos a aceptar. Y, sobre todo, el arte nos recuerda lo que es el amor cuando lo hemos olvidado.

Le hablé a Jane del cuadro que me había enseñado el profesor cuando yo estaba enfermo. *La verdad saliendo del pozo*. Jane lo conocía, y apuntó que el nombre completo era *La Vérité sortant du puits armée de son martinet pour châtier l'humanité* (es decir, «La Verdad saliendo del pozo con su látigo para castigar a la humanidad»). Jane siguió hablándome de Francia y de cómo avanzaba poco a poco, como es lógico, pero sin llegar a asumir la responsabilidad por lo que había hecho, por haber permitido que los nazis apresaran a tantísimos judíos, los encerraran en campamentos de paso y en estadios y, más tarde, los enviaran a los campos de Alemania y la Polonia ocupada para, finalmente, asesinarlos. Había vecinos que se habían apoderado de las viviendas judías, y no solo en Francia, sino en todos los países

en los que los nazis, como si de una partida de ajedrez se tratara, habían cogido todas las piezas judías y las habían destruido. Charles de Gaulle, líder de la resistencia francesa durante la ocupación alemana y político, dijo tras la liberación de Francia: «No necesitamos la verdad. Necesitamos la gloria. Nosotros, que hemos vivido las horas más significativas de nuestra historia, no podemos desear nada más que ser dignos de Francia hasta el fin de nuestros días. ¡Larga vida a Francia!».

—Pero no podemos olvidar el sufrimiento del pasado ni la función que ejercimos, el papel que tuvimos en el sufrimiento de los demás. Porque todos hemos tenido nuestra parte de culpa —me explicaba Jane—. Esa es la verdad saliendo del pozo. Aguanta lo que puede en las profundidades, hasta emerger furiosa y mordaz para recordarnos lo que realmente debemos hacer para sanar y seguir adelante.

Jane me miraba con un semblante extraño, como si no solo me hablara del país y sus gentes, sino también de mí... y tal vez de ella.

Jane me enseñó a tomar el té en delicadas tacitas de cerámica repujadas en oro, a beber champán en copas de cristal con forma de flauta y a asistir a cenas con ocho platos en grandes comedores con tenedores y cuchillos de plata. También me enseñó a hacer nudos de corbata y ponerme bufandas de seda. Y me compró una bolsa de viaje de piel, que me dijo que era porque iba a llevarme a un festival de cine en Cannes, donde conocería a la realeza y a estrellas de cine estadounidenses.

—¿A John Wayne? —pregunté con ilusión.

—Seguramente —respondió.

La memoria es algo curioso, me diría el doctor Robert Krell muchos años más tarde. Durante el tiempo que pasé con Jane, estaba aprendiendo a compartimentar mis recuerdos, a apartar los problemas de Leah en Palestina y el hecho de que el resto de los miembros de mi familia siguieran desaparecidos y de que, en definitiva, estaba solo.

Tenía a Henri y a Jacques, a Rose, a Jane y a su familia, a mis chicos de Buchenwald. Llevaba un ritmo de vida que jamás habría sido capaz de imaginar en Skarżysko-Kamienna. Puede que hasta tuviera novia.

A finales del agosto de 1947, el profesor me dijo que había aprobado los exámenes para entrar en una academia de formación profesional. Estudiaría ingeniería eléctrica a partir de enero. Pero primero debía completar algunos cursos de matemáticas y ciencias avanzadas.

La vida, pensé, por fin me sonreía.

Pero por dentro había algo que me carcomía, que me mordisqueaba las entrañas, algo que, efectivamente, estaba ignorando. Sabía que la verdad estaba intentando que la mirara a los ojos, que la escuchara, que la aceptara. Luchaba por abrirse paso. Durante un tiempo, me había convertido en un maestro de la mentira.

21

El *Festival du film de Cannes*.

Un festival internacional que se había iniciado el año anterior, en el otoño de 1946. En la edición de 1947, dieciséis países proyectarían películas, me contaron Jane y sus hijos en el vagón de primera clase del tren en el que viajábamos. Isabelle comentó que tendríamos la oportunidad de ver algunos de los filmes más recientes, antes incluso de que se proyectaran en las salas de París. La familia había ido al primer festival y les había encantado.

El enorme porche del hotel tenía vistas a la piscina y al Mediterráneo. La mayoría de las estrellas y los directores de cine iban llegando mientras los hijos de Jane y yo disfrutábamos de una limonada sentados a cielo abierto. Las estrellas del festival venían en hidroaviones, y, como espectadores en primera fila, los observábamos saltar a los botes que los dejaban en unos muelles a un tiro de piedra del hotel. Las mujeres llevaban vestidos hechos a medida que no distaban demasiado de los de Jane, con cuellos y puños de piel, fumaban cigarrillos colocados en largas varillas y caminaban cogidas del brazo de los hombres, quienes vestían elegantes trajes de lino, igual que los de Jean. Mientras tanto, veleros y esquiadores acuáticos iban pasando de largo y los asistentes del festival se tostaban al sol y acababan el día quemados y besados por el viento. Me envolvía el aroma de perfumes, puros, salitre de mar, azahar y crema solar.

Jane y su marido, Jean, habían quedado con algunos de los directores y productores, así que Isabelle, Claude, Michel y yo nos separamos y nos fuimos a ver *The Chase*, una película estadounidense de cine negro y mafiosos, seguida por *Dumbo*, de Walt Disney. Era la primera vez que veía una animación y me quedé fascinado con cómo los trazos cobraban vida, sobre todo el elefante parlante. Quería ver más películas así, que, según me dijo Claude, se llamaban dibujos animados.

Durante el camino de vuelta al hotel, las palmeras se mecían con la suave brisa y grupos de mujeres con vestidos de gala y hombres en esmóquines se preparaban para actuaciones nocturnas o lujosas fiestas, algunas de las cuales se celebraban en los enormes yates anclados en el mar.

En ese momento me acordé de Buchenwald y de Jakow, y me pregunté dónde debía de estar. Tenía unas orejotas, igual que Dumbo.

Andaba entre balanceos, sacudiendo sus largos brazos, lento pero prudente en todo lo que hacía, y eso también me recordaba a Dumbo. Sin embargo, Jakow era una persona decidida, mientras que Dumbo era más bien asustadizo. Jakow nos cantaba a viva voz operetas, y los muchachos nos pasábamos horas riendo. También interpretaba sátiras en las que hacía de todos los personajes, cada uno con un acento distinto. Podía representar a una pobre anciana, dar media vuelta y pasar a ser su insolente nieto. También imitaba animales, que nosotros debíamos adivinar. Gracias a Jakow, aprendí a hacer payasadas en el campo. También con él reaprendí a reír. Sentado con Jane y su familia, escuchándolos hablar de las películas que habían sido premiadas en Cannes, pensé en cómo Jakow, en medio de aquel horror, arriesgó su vida por nosotros. Utilizó el arte de los cuentacuentos, de la comedia, del teatro y de la música para transportarnos lejos del sufrimiento, aunque fuera solo un rato. Aquello sí que eran capacidades interpretativas y lo que señalaba al verdadero artista.

Nos quedamos un tiempo en Cannes una vez finalizado el festival.

Después de comer un día con varios actores famosos, que también seguían allí y tras una tarde en la playa, Jane y Jean me sentaron ante una mesa aislada de un humilde bistró en una calle sin salida. El camarero nos sirvió ostras y, para mí, una hamburguesa. Tomamos un Château Lafite Rothschild, un vino robusto que nada tenía que ver con el vino del kidush. Jane apuntó que el Château Lafite Rothschild era uno de los mejores caldos de Francia y que era propiedad de sus vecinos, los Rothschild. En ese momento les conté a Jean y Jane lo que nos había pasado cuando nos alojamos en el castillo de Ferrières, también propiedad de los Rothschild.

—Jean es mi segundo marido —me soltó cuando acabé de hablar.

Me percaté de que Jane le cogía la mano a Jean, y este la miró con ese gesto de amor que recordaba de papá y mamá, de Golda y Chaim.

—Yo ya no puedo tener más hijos —continuó Jane—. Todos mis niños, a los que quiero con locura, son de mi primer matrimonio. Jean y yo... —se interrumpió y carraspeó como si estuviera a punto de llorar.

—Hemos llegado a cogerte mucho cariño, Romek, como si formaras parte de la familia —añadió Jean.

—Para mis hijos eres como un hermano más —dijo Jane.

—No pensaba siquiera que pudiera caerle bien a los demás —contesté con voz queda.

—La familia de verdad... —prosiguió Jane. En ese momento,

alargó un brazo y me cogió de la mano. Noté que estaba temblando—. Queremos que formes parte de nuestra familia, de verdad.

La miré fijamente a los ojos. Los tenía hinchados por las lágrimas. Jane jamás perdía la compostura; entraba en las habitaciones como si fuera la dueña de todo, y probablemente lo fuera. Era una persona segura de sí misma y arrojada como no había visto otra igual. Y ahora estaba llorando.

Sabía que me había quedado absorto, sin parpadear, sin tener claro hacia dónde iba la conversación y sorprendido por verla, por primera vez, frágil y vulnerable.

—No puedo tener más hijos —repitió. Volvió a abrir la boca y le tembló el labio inferior, pero no emitió ningún sonido.

Jean carraspeó.

—Nos gustaría adoptarte —dijo, cogiéndome de la otra mano—. ¿Sabes lo que eso significa?

Miré alternativamente a Jane y Jean. Él tenía la mirada nublada; era el más tranquilo de los dos y solía ir siempre a remolque de Jane. Volví a clavar la vista en Jane, que parecía estar hundiéndose en la silla. Me agarró la mano todavía más fuerte.

Con la mano que le quedaba libre, Jean me acercó una cajita envuelta con un lazo rojo. Solté las manos y la abrí despacio. Dentro había un reloj de bolsillo de oro, similar al que tenía mi padre.

—¿Serás nuestro hijo? —me preguntó Jean—. ¿Quieres ser Romek Brandt? Eso es lo que significa la adopción. Te convertirás en nuestro hijo.

Tragué saliva con la cabeza hecha un hervidero de pensamientos.

No volvería a Polonia ni me iría a Palestina con Leah. ¿Me quedaría a vivir en París con Jane, Jean y sus hijos en un apartamento que parecía un palacio?

—¿Qu-queréis que me cambie el nombre? —acabé balbuciendo.

Jean y Jane asintieron.

—No te va a faltar de nada —respondió Jane, ya recompuesta. Se había enderezado y sacado pecho, como era habitual en ella—. Jamás podremos reemplazar a tu familia, pero podemos quererte como a un hijo. Es lo que querría para mis niños si... —La voz le falló; estaba desmoronándose de nuevo—. Si... —volvió a comenzar—... si yo desapareciera, querría que alguien los quisiera tanto como yo.

—Pero yo no sé si mi familia ha desaparecido —solté rápidamente, y agaché la cabeza. Sabía lo que quería decir Jane con «desaparecer»: que habían muerto.

—Bien, pues hasta que los encontremos —me aseguró Jane. Me cogió de nuevo de la mano y apretó con fuerza—. Y entonces haremos también todo lo que esté en nuestra mano para ayudarlos.

Le formulé a Jane y Jean una serie de preguntas.

—¿Podré seguir viendo a Henri, Jacques y Rose?

—Por supuesto, siempre que quieras —respondió Jean, quien, por primera vez desde que lo conocí, estaba tomando las riendas de la conversación.

—Si encontramos a mis padres o a algún miembro de la familia, ¿podrán mudarse a Francia conmigo? Porque en Polonia, en nuestro hogar... —Y lo dejé ahí. No quería ni siquiera pensar en Polonia ni en la posibilidad de que otras personas hubieran ocupado nuestra casa.

—Sí —respondieron Jane y Jean al unísono.

—¿Y puedo continuar yendo a la escuela?

Jane y Jean rieron.

—Y a la universidad, y a donde quieras. Estaremos ahí para apoyarte.

—¿Puedo seguir viendo al profesor? ¿Al profesor Manfred?

—¿Forma parte de tu vida? —me preguntó Jean.

Asentí.

—Pues entonces también formará parte de nuestra vida —añadió.

—¿Podrán venir a dormir mis amigos de la mansión, Salek, Joe y Marek?

—Sí —contestó Jane con una sonrisa—. Sí a todo. Me gustaría que los muchachos pasaran más tiempo en el apartamento.

Al pensar en Salek, Joe y Marek en mi enorme habitación del hogar de Jane y Jean, jugando al pillapilla con *Tarzán* en el parqué y charlando toda la noche, no pude sino esbozar una sonrisa.

—¿Y tal vez ir a Estados Unidos a visitar a Abe en Nueva York algún día? —añadí sin perder un instante, dispuesto a no olvidarlo.

—Nos encantaría llevarte algún día —dijo Jean.

—Adoro Estados Unidos —añadió Jane.

Romek Brandt. A partir de ahora sería Romek Brandt. Me pasé dos días sin dormir, pensando en cómo sería mi vida como Romek Brandt. Me preguntaba a mí mismo: «¿Qué tienen los nombres? ¿Qué significan?».

—117098 —le dije al hombre sentado tras el escritorio.

El tren de ganado había llegado a Buchenwald. Abe, otros hombres y yo tuvimos que formar filas y esperar para presentar uno a uno nuestros documentos identificativos.

Mantuve la cabeza gacha y la mirada desviada por pura costumbre —sobrevivir implicaba no llamar la atención, y eso significaba no mirar nunca directamente a los ojos de los miembros de las SS—, con la esperanza de que el hombre tras la mesa no se percatara de mis quemaduras faciales. Pude vislumbrar la fecha en un documento del escritorio. Era el 3 de febrero de 1945. Mi cumpleaños había sido justo el

día anterior. Tenía catorce años.

Le entregué mi carné de identificación en el que se incluía mi número, que había sido trabajador de la HASAG y que era judío.

Con los ojos aún clavados en el suelo, examiné las brillantes botas negras del soldado. Desde Częstochowa, me habían obligado a llevar zapatos de madera o zuecos, que me provocaban ampollas en los pies y se quedaban atascados en el fango.

El tipo que estaba revisando mis documentos me gruñó que me esperara en un rincón de la sala. Abrí la boca para protestar. Los hombres que se habían registrado antes que yo ya se habían marchado, probablemente a las duchas. ¿Por qué tenía yo que esperar?

A Abe lo obligaron a esperar conmigo. ¿Por qué? Era imposible que lo fueran a matar a él también. Había sido supervisor de una de las fábricas alemanas y era capaz de dirigir al personal mejor que cualquier hombre.

Abe y yo nos juntamos todo lo posible sin tocarnos, ya que sabíamos que a los kapos*, la policía judía de los campos, y a las SS no les hacía ni pizca de gracia que los prisioneros intimaran. Me temblaba todo el cuerpo. Estábamos a punto de morir.*

Cuando el hombre del escritorio acabó de registrar a todo el mundo, se volvió hacia Abe y hacia mí.

—Voy a quedarme vuestros documentos un tiempo —nos anunció con una voz grave y rasposa. Quería mirarlo a la cara, examinarle los ojos y ver si era un buen hombre o nos estaba engañando. Pero no me atreví—. Seguidme.

Ya de espaldas, vi que llevaba un uniforme azul y una boina negra. Nunca le había visto unas prendas así a un soldado alemán ni a ningún agente de policía. Pero también me dije a mí mismo que jamás había estado en Alemania. Probablemente disponían de unidades policiales nuevas y más brutales que las SS. No sentía ni las piernas ni las manos ni la cabeza. Ni siquiera tenía claro si estaba caminando o si todo era un sueño y ya estaba muerto. Lo único que sabía era que el corazón me iba a mil.

Después de haber estado en varios campos, sabía a ciencia cierta que a los nazis les gustaba que los chicos tuvieran, como mínimo, dieciséis años para poder trabajar. Consideraban que los más jóvenes no eran lo bastante fuertes ni estaban lo suficientemente sanos como para llevar a cabo lo que les ordenaran. Si un prisionero no podía trabajar, se lo determinaba inútil y lo asesinaban. Simple y llanamente. Comencé a desvariar, a tartamudear y a mascullarle al hombre, o tal vez al aire, que era un buen trabajador. Había grabado insignias en las armas en la HASAG y era mucho más rápido que los demás, que los hombres que hacían el mismo trabajo que yo.

—Somos mayores de lo que dicen los papeles —oí que soltaba Abe—. Somos mayores de lo que parecemos. Por favor... podemos trabajar —

suplicaba.

El hombre se volvió. Yo me detuve y di un respingo. Suspiró y se aproximó a nosotros. Con un dedo en la boca, nos ordenó que nos calláramos y dijo:

—No os va a pasar nada. Vosotros seguidme. Aquí estáis a salvo.

Mientras Jean y Jacques se encargaban de los documentos de la adopción, creyeron que lo más conveniente era que siguiera viviendo en Le Vésinet con mis amigos y que continuara mis estudios con el profesor.

Los viernes, me dirigía a la Champaña a mis cenas de *sabbat* con Henri, Jacques, Rose y Hannah. En un instituto de la zona, estudiaba matemáticas avanzadas, resolución de problemas, procesamiento de datos y física básica, preparándome para el curso de ingeniería que iniciaría en enero. Para asegurarme de que no me quedaba rezagado, el profesor seguía tutorizándome cada día.

Sin embargo, en mitad de la rutina y en los momentos más inusitados, como, por ejemplo, en la ducha o mientras leía el pasaje de un libro, oía la voz de Jakow. No su voz real, sino más bien el recuerdo de una conversación que mantuvimos en Buchenwald. «Puede que seas el único superviviente —me había dicho poco antes de la liberación, cuando vivimos el período más peligroso en el campo, puesto que los nazis querían matar a los judíos que quedaban para ocultar sus crímenes al mundo—. Tienes que vivir —añadió—. Eres el futuro.»

Otras veces oía de nuevo lo que me había preguntado madame Minc ya hacía un buen tiempo: «¿Qué te gustaría ser en el futuro, Romek? ¿Sabes a qué me refiero?».

También recordaba al profesor cuando me preguntaba: «¿Qué querrían para ti tus padres?».

Supuse que quería todo lo que había lamentado que Abram no pudiera tener el día en que se lo llevaron en la camioneta y oí disparos en el bosque.

—¡Abram se pasó la vida ayudando a los demás, ayudándome a mí! —grité a los cuatro vientos—. Nunca podrá casarse ni formar una familia. No podrá vivir.

Eso era lo que quería para él.

Pero ¿qué quería realmente para mí?

22

Acababa de empezar a trabajar en la HASAG. Debía de ser el invierno de 1942.

Un amigo del cheder*, un muchacho mayor que yo que se llamaba Schmiel, trabajaba en la misma planta de la fábrica que yo.*

Era el encargado de manejar unas máquinas enormes y pesadas movidas por cintas de goma que poco a poco se iban desgastando. Cuando se estropeaban, la goma se tiraba a la basura.

Un día, Schmiel cogió un trozo de goma rota, lo cortó en varios pedazos y nos los entregó.

—Ponéoslos dentro de los zapatos —nos susurró.

En aquel momento todavía llevábamos nuestros propios zapatos, pero estaban hechos un desastre porque nadie tenía suficientes eslotis para comprar comida en el mercado negro, y mucho menos zapatos nuevos. La goma protegería las partes de los zapatos que tenían agujeros, nos aseguró Schmiel.

Un tipo de las SS lo descubrió cuando nos daba la goma.

El soldado, con un bigote prominente y de unos dos metros de alto, nos reunió a todos los trabajadores de la zona de Schmiel y nos hizo formar un círculo, con él y Schmiel en el centro.

—¡Nadie le roba al Tercer Reich! —bramó el hombre de las SS—. ¡Nadie!

Acto seguido, desenfundó su revólver a tal velocidad que las partes plateadas de la pistola, destellando en el aire, parecían una mosca gigantesca.

Schmiel recibió un tiro en la frente. Se quedó quieto un instante, sin parpadear, con la herida de bala supurando lentamente como un borrón de tinta.

Cuando Schmiel se desplomó en el suelo, me convencí a mí mismo de que sería el siguiente, ya que me había guardado parte de la goma en el bolsillo.

Pero me equivoqué. El hombre de las SS no se percató de que Schmiel nos había dado restos de la goma.

Aprendí, sin embargo, que vivir bajo el control de los nazis exigía ciertos requisitos: respeta las normas, todas; no hables; no enfermes; trabaja; vive. Los errores no tenían cabida.

Ese fue el día que olvidé mi nombre y lo eliminé de mi memoria hasta que el hombre del ejército estadounidense me preguntó por mi nombre de

nacimiento.

Ese fue el día en que me convertí en un número.

Salek, Joe, Marek y yo éramos los únicos que quedábamos en nuestro dormitorio. Los demás muchachos se habían marchado, ya fuera a algún piso propio al haber encontrado trabajo, o a otros países a reunirse con sus familiares. Desde que abandonamos Buchenwald, no habíamos vuelto a hablar del campo. Pero aquella noche, con un viento otoñal que levantaba las hojas hasta la altura de las ventanas y las luces parpadeando por culpa de la tormenta, nos vimos todos rememorando nuestro pasado.

Salek nos recordó que Buchenwald se había construido en 1937 como campo para presos políticos y criminales. Según las estadísticas que llegaban a Francia por radio o escritas en los diarios, aproximadamente doscientos cincuenta mil prisioneros habían atravesado las puertas principales de Buchenwald. También había campos secundarios alrededor de Buchenwald, como las puntas de una estrella. Se habían montado unas instalaciones médicas en el campo en las que se utilizaban a prisioneros para probar vacunas contra el tifus y otros virus. A veces los experimentos se pasaban tanto de la raya que los prisioneros morían o entraban en coma y no volvían a despertarse. En algunos casos, habían llegado a enterrarlos vivos.

Los presos de Buchenwald eran también mano de obra esclava en la fábrica de munición cercana, en la que se producían, entre otras cosas, componentes para misiles y Panzer, el tanque militar alemán de última tecnología. A pesar de que el campo no disponía de cámaras de gas, más de cincuenta y cinco mil prisioneros fueron asesinados en Buchenwald, la mayoría, según las estimaciones, como resultado de la inanición, los experimentos médicos, el sobreesfuerzo o las enfermedades.

Cuando el Ejército Rojo de la Unión Soviética entró en Polonia en 1944, los nazis comenzaron a destruir las pruebas del genocidio que habían cometido. Muchos judíos y otros reclusos fueron enviados a las marchas de la muerte, a caminar hasta caer muertos al suelo. También prendieron fuego a algunos de los campos de la muerte para destruir, así, todos los registros. Pero los prisioneros que seguían siendo capaces de trabajar acabaron en Alemania, y eso incluía a hombres en edad de trabajar y niños.

Cuando comenzaron a llegar transportes de los campos de la muerte polacos con niños judíos como yo, a partir de la primavera y el verano de 1944, la resistencia de Buchenwald no se podía creer lo que veía. El barracón de los mamposteros judíos polacos, algunos de los cuales trabajaban para los movimientos clandestinos, y otros polacos

judíos, como Jack Werber y el afamado Gustav, diseñaron un intrincado plan para embaucar a los nazis. Les comunicaron su voluntad de montar escuelas para los chicos y enseñarles la lengua alemana, el orden alemán y a ser buenos trabajadores alemanes. Les aseguraron también que dichas escuelas mantendrían a los niños callados y quietecitos e impedirían que se pasearan por el campo robando comida y causando problemas. En algunos casos, la resistencia que supervisaba la llegada de los transportes falsificaba los documentos de los niños, les asignaba nombres cristianos y los identificaba como comunistas, no como judíos. También colocaban en nuestros documentos identificativos una nota en la que se pedía que no se nos enviara a trabajar. A pesar de que el objetivo del movimiento clandestino de Buchenwald era desafiar a los nazis y, en última instancia, derrotarlos, Gustav y Jack convencieron a los demás de lo importante que era establecer como prioridad la seguridad de los niños judíos.

En el caso de Jack, por lo que me contó Jakow, se debía a que se había enterado de que su esposa e hija, que tenía catorce meses en 1939 cuando Alemania ocupó Polonia, habían sido asesinadas. Su familia, padres, hermanos y hermanas, había sido enviada a Treblinka. Pero antes de que los mataran, se aseguraron de que creyeran que Jack había muerto. Los nazis les habían gastado una broma macabra: les enviaron las cenizas de otro hombre y les hicieron creer que eran las de Jack.

—Fueron más que crueles —escupió Joe—. Los nazis son los inhumanos, no nosotros. Ellos son las ratas y la comida para los gusanos.

Nunca había visto a Joe tan alterado. Estaba apretando tan fuerte los puños que los nudillos se le pusieron blancos.

Jack se quería morir. Salek continuó:

—Cuando un prisionero le contó lo de su familia... Se llegó a plantear la posibilidad de suicidarse, al menos hasta que llegaron los niños.

En una de las reuniones en las que se debatía el futuro de los muchachos, Jack había dicho: «Coincidimos en que, si la información que nos llega sobre la población judía europea es cierta, es crucial que hagamos algo positivo y significativo... Nuestra tarea era salvarles la vida y darles esperanzas para el futuro».

El movimiento clandestino pudo llevar a cabo su plan porque ocupaban posiciones de poder en el campo. A principio de la década de los cuarenta, a medida que la cifra de presos de Buchenwald aumentaba y la guerra avanzaba, los nazis se vieron superados en número y demasiado consumidos por su propia supervivencia como para gestionar en condiciones el campo. Necesitaban reclusos que

trabajaran para ellos. En un primer momento, las SS buscaron a criminales de Buchenwald, pero pronto descubrieron que otorgar responsabilidades a asesinos y ladrones no hacía sino aumentar los delitos en el campo, entre ellos, crímenes contra los mismos nazis. Las SS no tuvieron más alternativa que buscar el apoyo de los comunistas, quienes jugaron a un peligrosísimo juego fingiendo que llevaban a cabo lo que les ordenaban mientras se involucraban en actividades subversivas.

Los miembros del movimiento clandestino de Buchenwald, o la resistencia, como también se lo llamaba, a menudo no se conocían entre ellos, a fin de proteger sus actividades y sus propias vidas. Empezaron en 1941, robaban comida para los niños y los protegían lo mejor que podían. Los mamposteros judíos construyeron en 1943 la fábrica de armamento Gustloff-Werke, donde muchos de los reclusos trabajaban como esclavos. Fue bombardeada el mes de agosto de 1944, antes de que yo llegara a Buchenwald. También había montones de granjas en los alrededores donde trabajaban los presos. Y, por supuesto, estaban las tareas de funcionamiento interno: lavandería, cocinas y almacenes de ropa donde se clasificaban las prendas arrebatadas a los recién llegados. En 1942, para poder supervisar todas esas actividades, la resistencia convenció a los nazis para que crearan un cuerpo policial interno, la mayoría de cuyos miembros trabajaba para las redes clandestinas sin que los alemanes lo supieran. Aquel cuerpo policial estaba a cargo de los trenes y de los recién llegados, y eran los hombres que llevaban el uniforme azul y la boina. Cuando Abe y yo llegamos a Buchenwald, no sabíamos que nos iban a incorporar dentro de ese movimiento clandestino.

Después de rociarme con desinfectante, el tipo que nos vigilaba a Abe y a mí nos devolvió los documentos, en los que ahora rezaba que yo era un preso político, un comunista, y que tenía dieciséis años. Me cambiaron la estrella amarilla del pijama por una roja. La resistencia controlaba incluso aquella oficina.

El Partido Nazi accedió a desarrollar la idea de las escuelas en los barracones. Para empezar, era *vox populi* que ya secuestraban a niños cuyo aspecto les parecía lo suficientemente germánico o ario como para germanizarlos aún más. Lo que no sabían los nazis era que los mamposteros estaban enseñando canciones e historia yidis, geografía y matemáticas. Mis barracones solían ser un dormitorio para los dolientes, y estaba rodeado por una verja y una valla metálicas. Jakow oía el chirriar de la puerta cuando se abría, lo que indicaba que los nazis estaban al caer. En el Bloque 66, Antonin, el líder del barracón, les comunicó a las SS que el tifus se estaba propagando y que ni se les ocurriera acercarse al edificio.

Los líderes de los bloques con las mayores concentraciones de

niños también convencieron a los nazis a cargo de los barracones de que permitieran hacer el recuento dentro en el caso de los niños, y no en la *Appellplatz*, arguyendo que éramos el futuro del Partido Nazi. No podían permitirse que enfermáramos, y los inviernos alemanes eran muy duros.

Con la llegada de más y más niños, los conocidos como «barracones infantiles» no daban abasto. Llegaron a trasladarlos a burdeles para que los ocultaran las mujeres de las que los alemanes abusaban, así como a campos secundarios. Cuando los nazis decretaron que los niños debían trabajar, la resistencia nos colocó, en la medida de lo posible, en las cocinas para que no pasáramos frío.

También nos consiguieron comida extra, mantas y ropa de abrigo. Como Jack Werber dijo: «Haber sufrido una pérdida personal irreparable me provocó una obsesión por salvar niños. Los veía a todos como si fueran sangre de mi sangre».

Esa noche, en Francia, los cuatro nos echamos a llorar sin consuelo. Era la primera vez que nos contábamos nuestras experiencias como grupo. Nos cogimos de las manos. Salek se alejó en un momento dado y regresó con una botella de coñac que fuimos compartiendo. Fue también la primera vez que me emborraché; la cabeza me daba vueltas y seguía llorando a moco tendido.

—Estuve casi un año... —mascullé en un determinado momento, resollando, recordando, recordando, haciendo memoria de los días que me pasaba pegado a la ventana, esperando a que regresaran mi padre y Abram—. Vi tantas caras, tantas almas marchando, que me paraba y abría la boca para gritarles cuando me parecía ver a Chaim, Motel, Abram, Moishe, papá... Me pasaba hasta con las mujeres guardias. Por su postura corporal, la forma de mover la cabeza, me daban ganas de acercarme, de abrazarlas, pensando «mamá», «Leah»... Y entonces se volvían. Y no eran ellas. Nunca era nadie que yo conociera. Nunca. Al final dejé de mirar, incapaz de soportar el dolor en el pecho, la infinita opresión.

Aquella noche todos golpeamos nuestras almohadas, nos tiramos de los pelos, nos arañamos las piernas y nos enfadamos como nunca. Cuando el canto del gallo marcó el primer aviso de la mañana, los cuatro, desorientados y perdidos, pero aligerados de gran parte de lo que llevábamos dentro, nos arrastramos hasta nuestras habitaciones y dormimos un día entero.

Estaba pasando el fin de semana en el apartamento de Jane cuando Ralph vino de visita.

Madame Minc le había dicho dónde estaba.

Le abrí la puerta del edificio con el portero automático. Ralph

silbó cuando entró en el colosal vestíbulo con sus suelos de mármol de cuadrados blancos y negros y el gigantesco espejo enmarcado en oro.

—¡Menudo sitio bonito! —exclamó.

Ralph parecía diferente. Para empezar, ya no iba vestido de negro de pies a cabeza. Llevaba un *blazer* gris oscuro encima de unos pantalones plisados a juego, una camiseta blanca de algodón y una corbata. Tenía el pelo rizado, no peinado hacia atrás, y sin toda la gomina tenía un aspecto más bien claro, no negro azabache. Tampoco exudaba la misma confianza altiva. Lo notaba inquieto, como si estuviera nervioso. No se atrevió a mirar a Jane a los ojos cuando se conocieron.

—¿Te parece si vamos a dar una vuelta? —me susurró, frotándose las manos.

Me puse zapatos negros de charol que Jane me había comprado, cogí la correa de *Tarzán* y llamé a mi caniche.

Una vez fuera, Ralph se encendió un cigarrillo y me pasó el paquete.

—No fumo —le indiqué con una risa nerviosa—. Nunca he acabado de acostumbrarme.

Pusimos rumbo al Sena.

—¿No vas a reprenderme por lo de Jane? —le pregunté por fin—. Sé que representa todo lo que desprecias.

—Me voy a Canadá —anunció, sin responder mi pregunta.

Frené en seco y me volví hacia él. Se encogió de hombros, presintiendo lo que le iba a decir antes de verbalizarlo.

—No se me ha perdido nada en la Europa del Este —contestó.

Inclinó la cabeza hacia el cielo. Estaba encapotado. Nos llegó el grave bocinazo de una barcaza en el río. Pasó a nuestro lado un grupo de jóvenes estudiantes, las chicas con coletas y los chicos con boinas francesas, riendo y sosteniendo paraguas.

—Me equivoqué. Es decir... Ya no sé... no sé qué creer —continuó cuando los jóvenes pasaron de largo. Ralph hablaba con dificultad. Ya no era el gran orador que conocí.

—¿Qué ha pasado con el Ejército Rojo y Stalin? —pregunté.

—Creo que ahora mismo lo único que quiero es estar en paz —respondió con una voz angustiada y queda—. Quiero dejar de luchar, tanto en el exterior como en el interior. —A continuación, se señaló la cabeza—. Llevo tiempo soportando una batalla interna por todo lo que he visto y experimentado. Era más fácil olvidarlo y luchar por otra cosa que enfrentarme a mis propios demonios.

Asentí despacio. A pesar de que hablara con metáforas, comprendí a qué se refería, o al menos tanto como comprendía a Elie cuando hablaba.

La lluvia arreciaba. Le sugerí a Ralph que fuéramos a La Mère

Catherine, donde todo el mundo me conocía. El personal me dejaría atar a *Tarzán* debajo del toldo de la terraza donde los parroquianos se sentaban a ver pasar a los viandantes mientras sorbían sus cafés con leche. El restaurante incluso ofrecía golosinas para perros y había un bol plateado de agua reservado para *Tarzán*.

Ralph, sin embargo, no hizo ademán de moverse.

Tarzán defecó. Cogí una bolsita que llevaba en un bolsillo de los pantalones, recogí la deposición, tal como Jane me había enseñado, y la tiré a un contenedor.

—Creas en lo que creas —acabó diciendo, con la mirada perdida en dirección al río—, asegúrate de que te sale del alma. No del corazón, que siempre peca de exceso de pasión y a veces es ciego; ni tampoco de la mente, que solo trata de racionalizarlo todo. Del alma. Los comunistas de Buchenwald no nos ayudaban por su ideología. Nos ayudaban porque eran buenas personas.

Ralph y yo echamos a andar hacia La Mère Catherine. Durante el trayecto, me vinieron a la cabeza Jakow, los mamposteros judíos y los comunistas de Buchenwald. Veían la bondad de las personas. Gustav también, a pesar de que decidiera quiénes eran los buenos y los malos y se tomara la justicia por su mano con los segundos.

—Tienes razón —susurré—. Fue la bondad de las personas y no las políticas comunistas lo que me salvó, lo que nos salvó a todos.

»Y mi padre —proseguí después de que pidiéramos el desayuno —. Confiaba en que los alemanes no nos harían daño. Y yo lo culpé... —No sabía de dónde salían aquellas palabras, pero me sentía cómodo hablando con Ralph mientras él escuchaba pacientemente. Aquello también fue una sorpresa, porque siempre me había parecido una persona que disfrutaba hablando, no escuchando—. A lo mejor no era el iluso que yo creía —añadí—. A lo mejor no fue el culpable de lo que nos pasó a mí, a Abram..., a la familia. Mi padre, en lo más profundo de su alma, creía en la bondad de las personas.

Y entonces fue cuando recordé algo que también había aislado en alguna parte de mi memoria. Durante uno de mis primeros días de trabajo en la HASAG, me tambaleé durante el recuento, me fallaron las rodillas y me mareé por la falta de costumbre a las exiguas raciones de comida y las largas jornadas de trabajo. Un *kapo* judío me señaló y me ordenó que me montara en un gran carromato de madera que iban desplazando por los barracones de la HASAG recogiendo a enfermos y moribundos. Tenía las manos ensangrentadas y vendadas con harapos de mi camiseta, puesto que todavía no se me habían formado callos. Mi padre echó a correr detrás del carro, tratando de convencer al *kapo* de que yo estaba contribuyendo a la máquina bélica alemana. Mi padre rogó que me perdonaran la vida, ya que a aquellas alturas todos sabíamos que marcharse en el carro significaba una

muerte segura. Mi padre le ofreció al tipo eslotis, joyas y lo que fuera por salvarme la vida. El *kapo* se detuvo, chasqueó la lengua y me ordenó a gritos que me bajara.

—No quiero que me des nada, viejo —le espetó a mi padre—. Alimenta al muchacho y cúrale las manos. Más le vale endurecerse, porque puede que no tenga otra oportunidad.

—Gracias, gracias —repetía sin cesar mi padre cuando me rodeó con los brazos. Agradeció el gesto al *kapo* y le hizo una reverencia como cuando recitaba oraciones.

—La gente es inherentemente buena, Romek —me susurró de camino al barracón—. Todos queremos lo mismo: amor. Pase lo que pase, nunca abandones tu bondad. Y no te olvides de la de los demás. Puedes crear grandes obras de arte, ser una persona culta y avanzada en muchos aspectos y tener una gran vida, pero si olvidas la bondad, no harás más que sufrir en este mundo. No permitas que los nazis te la arrebaten.

—¿Jane no te cae bien? —le pregunté a Ralph mientras regresábamos al apartamento. Había dejado de llover, pero el cielo seguía cubierto por unas nubes plomizas—. Te he notado incómodo cuando la has visto.

Ralph suspiró.

—No, estaba avergonzado. Aunque ella no lo sepa, yo sí sé que clamé por una guerra abierta contra la gente de su clase. Ella no es el problema. El problema son las personas como Hitler que abusan de su poder.

—¿Cuándo te marchas a Canadá? —pregunté para cambiar de tema.

—De aquí a unas semanas.

—¿Y cómo es Canadá?

No sabía ni siquiera dónde estaba. En Buchenwald, cuando el mampostero judío que nos enseñaba geografía venía a nuestros barracones, traía a cuestas un globo en miniatura que, según explicaba, había conseguido que alguien sustrajera del almacén. Nos contó que en Auschwitz había una sección llamada *«Kanada»*, donde los reclusos judíos, en su mayoría mujeres, repasaban las maletas y forros de las prendas de los judíos y apartaban todo lo que fuera de valor, como los empastes de oro de los dientes que los nazis habían arrancado.

—Hace bastante frío —respondió Ralph—. Pero Europa y Canadá están separadas por un enorme océano. Si se desata otra guerra, a mí me cogerá a muchos kilómetros de aquí.

—¿Y nieva? —le pregunté, pensando en los días en los que me

deslizaba en trineo por las colinas de Skarżysko-Kamienna con Motel, Moishe y Abram.

—A todas horas.

—¿Y hay lagos? ¿Y se puede nadar y patinar por encima? —pregunté, recordando el neumático que Chaim ataba a la larga rama de un roble y que mis hermanos usaban para lanzarse al río Kamienna en verano. Entonces todavía me daba miedo el agua, el simple hecho de tener que nadar. Pero ahora pensaba con emoción en lagos en los que pudiera bañarme en los calurosos días de verano.

—Claro.

—¿Y chicas? —No me podía creer que le hubiera preguntado eso.

Ralph soltó una risita.

—Te diría que más chicas que lagos, y guapas, no te creas.

—Mmm —mascullé—. Mmm.

Cada segundo o tercer jueves de cada mes, el capataz de mi planta en la HASAG me enviaba al despacho principal a recoger los conocimientos de embarque. Me recibía una secretaria con el cabello rubio como la paja, bastante corto y ondulado. Era alta y esbelta. Ni siquiera se dignaba a mirarme cuando me pasaba el montón de documentos. Me siseaba que no se me ocurriera perder ni uno o mezclarlos y que volviera rápidamente a la planta principal.

—*Raus*, *raus* —me espetaba, ordenándome que me marchara y que me fuera al cuerno.

Aun así, cada vez que aquella mujer me entregaba paquetes de papeles, dentro encontraba, envueltos en papel de periódico, una buena porción de pan recién hecho, denso y crujiente, y un botecito de mermelada.

Pensaba en la secretaria cuando me despedí de Ralph y lo vi alejarse camino de la estación de tren. Pensaba en ella cuando les pregunté a Jane y Jean si podíamos hablar.

También recordé a la secretaria cuando cerré los ojos y les confesé a Jean y Jane lo mucho que me importaban y que, con su generosidad, me habían ayudado a volver a sentirme humano. Les dije a Jean y Jane que eran los faros de mi vida, y que Leah me había dicho que algún día me encontrarían.

—Y así fue. Me encontrasteis —añadí—. El problema es que... —empecé—. Creo que, para sobrevivir, y tal vez por lo muchísimo que sufría al estar solo, reprimí recuerdos de mi padre y de mi familia. Quería culpar a mi padre de todo lo que me había pasado..., a mí y a todos. Pero por fin he comprendido que era yo quien intentaba sacarlo de mi vida, no él a mí. Supongo que era demasiado doloroso recordar que mi hogar y mis orígenes habían desaparecido. Me olvidé de quién

era.

»Me he pasado muchísimo tiempo enfadado con mi padre —continué—. Al final, no lo veía a él, ni a su amor, ni siquiera aceptaba su amor. Pero ahora sí lo veo. Chil Wajsman. Así se llamaba. Y sigue vivo dentro de mí.

No quería que me adoptaran.

—Debo vivir mi propia vida, seguir el camino que mi padre habría querido para mí, el que yo mismo quiero —les dije a Jean y Jane.

Quería marcharme a otro país y honrar mis orígenes, el nombre con el que me bautizaron y mi religión, valiéndome del amor y los valores que debía a mis padres. Lo que Jane y Jean me ofrecían, añadí, habría sido un sueño hecho realidad para muchísimos niños perdidos y huérfanos. Pero yo me había encontrado. Por fin sabía quién era.

—Me llamo Romek Wajsman. Nací y viví en Skarżysko-Kamienna, en Polonia. Me criaron en una comunidad judía cimentada en la fe, el amor y la fraternidad. Crecí sabiendo lo que era el amor, y también dándolo.

23

> Lo siento, pero yo no quiero ser emperador; ese no es mi oficio. No quiero gobernar ni conquistar a nadie, sino ayudar a todos si fuera posible. Judíos y gentiles, blancos o negros. Tenemos que ayudarnos unos a otros. Los seres humanos somos así. Queremos hacer felices a los demás, no hacerlos desgraciados. No queremos odiar ni despreciar a nadie. En este mundo hay sitio para todos. La buena tierra es rica y puede alimentar a todos los seres.
>
> CHARLIE CHAPLIN, de *El gran dictador*

Rellené una solicitud para emigrar a Australia, pero, por alguna razón, Canadá era el país con el que más conectaba. Me llamaba mucho la idea de la nieve y de que el entorno natural fuera muy similar al de Polonia.

Madame Minc me dijo que Canadá había abierto un proceso de inmigración para aceptar a unos mil judíos supervivientes de lo que entonces ya se llamaba Holocausto y que yo cumplía los requisitos. Sin embargo, había algo sobre Canadá que me atormentaba. Durante la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente novecientos judíos escaparon del continente europeo a bordo del *Motorschiff St. Louis*. Estados Unidos y Canadá le negaron el derecho a atracar en sus puertos, a pesar de que había ciudadanos en ambos países dispuestos a acoger a los judíos. El *St. Louis* acabó regresando a Europa. Algunos países europeos aceptaron a parte de los pasajeros como refugiados, pero la mayoría de ellos acabó en campos de exterminio. A la travesía del *St. Louis* se la llamó el «viaje de los malditos». Canadá, igual que Polonia, tenía cuotas para el número de judíos que podían estudiar en sus universidades. También se limitaba y restringía la inmigración judía.

—Pero puede que ese sea mi próximo viaje —le dije al profesor

un día—, no tanto irme a un país en el que esté a salvo, sino a uno en el que pueda ayudar a los demás a entender que los judíos no somos el enemigo y que el amor es más fuerte que el odio.

Jean y Jane aceptaron mi decisión sobre la adopción, aunque los dejó devastados. Jane se convirtió en mi madrina. Seguimos yendo al cine, al *ballet* y a la ópera. Nos llevó por sorpresa a mis primos y a mí a ver *El gran dictador*, de Charlie Chaplin. Leah y Abram no se equivocaban: era tan magnífica como me dijeron. Escribí inmediatamente a Leah y les conté a ella y a Abram todo lo que pude sobre la película y lo que había significado para mí.

Isabelle, Claude, Michel y yo continuamos siendo amigos íntimos. Me pasé varias semanas con la familia en la casa de verano que tenían en Suiza, una mansión rural con vistas al lago de Ginebra, jugando al ajedrez con Claude y al escondite en los bosques con Isabelle y Michel. Hubo muchas noches en las que montamos grandes hogueras al aire libre, asamos castañas y palomitas y observamos a las luciérnagas danzar entre los árboles.

Durante el otoño y el invierno de 1948, me pasaba prácticamente todo el día con Aurore. Fuimos a bailar bastantes más veces de lo previsto. Aun así, le confesé que solo podíamos ser amigos. Aunque sentía que podía llegar a amarla, en el fondo sabía que había otra persona para mí, y ella creía lo mismo. Me dijo que su *maman* solía recordarle: «Todas las personas que aparecen en nuestras vidas son un regalo. Dales la bienvenida como si te estuvieras conociendo a ti misma». Otra persona que hablaba con acertijos, comenté con una carcajada.

Aurore admitió que cuando me vio en el tren, tuvo la sensación de que no era la primera vez que me veía. Yo le confesé que me había atraído por la misma razón.

—Quizá nos habíamos visto en sueños —dijo y soltó una risita.

En la primavera de 1948, les comuniqué a madame Minc y al profesor que estaba listo para aceptar que mi familia no hubiera sobrevivido. Un viernes en Le Vésinet, invité a Jean, a Jane y a sus hijos a cenar, así como a Henri, Jacques, Rose y Hannah. Con la ayuda de los cocineros, Hannah preparó un festín parecido al que mi madre solía servir en *sabbat*. Aquella noche realizamos el *kadish* en honor a las familias de Salek, de Marek, de Joe y a la mía.

En mi cabeza, añadí una oración especial dirigida a Azrael, el ángel de la muerte, para pedirle que se asegurara de que mi familia iba directa al cielo, y que los cuidara durante el viaje a través del nebuloso velo que separa esta vida de la eterna, y que a ellos y a todos los que murieron durante el Holocausto se los recordara por la pureza de sus corazones.

El sueño de volver a mi hogar en Skarżysko-Kamienna, el sueño que me había mantenido vivo durante el Holocausto, no era más que un sueño que me recordaba lo que era el amor, el amor que llevaba conmigo y que me rodeaba, el que en los momentos más oscuros había olvidado. Mi hogar era el amor del que mi familia me había colmado, y el amor que yo sentía por ellos era eterno.

Epílogo

Romek emigró a Canadá en noviembre de 1948. El profesor Manfred Reingwitz lo acompañó hasta el barco.

Al llegar a Canadá, Romek se cambió el nombre a Robert (Robbie) Waisman, la forma inglesa de su nombre polaco. Tenía diecisiete años.

Dado que sabía francés, Robbie pretendía establecerse en Montreal, pero la organización que lo acogía, el *Canadian Jewish Congress*, lo envió a Calgary. Allí, Robbie aprendió inglés mientras trabajaba en una de las mayores empresas sombrereras del país. Robbie tuvo la enorme fortuna, al igual que en Francia, de encontrarse con las personas adecuadas justo cuando lo necesitaba, que le ofrecieron refugio y amor. Eso incluía a la familia Goresht, quienes le proporcionaron alojamiento, comida y una familia e identidad canadienses. Gracias a su trabajo en la empresa sombrerera, Robbie ahorró el dinero suficiente para empezar un grado universitario en ingeniería, cumpliendo así el sueño de su hermano Moishe. Sin embargo, Robbie acabó dejándolo un año más tarde, ya que prefirió aprovechar el dinero de la matrícula para traer a Leah, a su marido, Abram, y a su hijo, Michael, a Canadá, puesto que seguían teniendo serios problemas en lo que para entonces ya era Israel. Más tarde también financió el viaje de Henri y Jacques, y les dio sustento hasta que pudieron ganarse la vida por sí mismos. En Canadá, Leah y Abram tuvieron un segundo hijo y lo llamaron Nathan.

Robbie siguió trabajando y estudiando un grado de contabilidad a tiempo parcial. En 1958, a través de una cita a ciegas, conoció a su alma gemela y esposa, Gloria Lyons. Gloria era de Saskatchewan, y en aquel momento estudiaba ciencias en la Universidad de Alberta. La pareja se asentó en Saskatchewan, donde abrieron lo que acabaría siendo una cadena de tiendas de ropa infantil. En Saskatchewan fue también donde formaron su familia. La primera en nacer fue Arlaina Joy, en 1962, y más tarde Howard Steven, en 1964. La familia se mudó a Vancouver en 1977, donde Robbie decidió probar suerte con el negocio hotelero. La familia ha vivido en Vancouver hasta el día de hoy.

En Canadá, Robbie apenas hablaba de sus experiencias durante el Holocausto, ni siquiera a sus hijos, a fin de que no les afectara y con la firme intención de no remover el pasado, a pesar de que no pasaba un

día sin que pensara en sus seres queridos asesinados por los nazis o en los que seguían desaparecidos, como Nathan, Motel y Moishe. Sin embargo, en 1984, Robbie sintió que debía dar un paso al frente después de oír que un profesor de Alberta, James Keegstra, había estado enseñando a sus estudiantes que el Holocausto era una farsa y una conspiración generada por los judíos. Fue entonces cuando recordó las voces que lo arropaban en la oscuridad de los campos y le suplicaban que, si sobrevivía, «debía contarle al mundo de lo que había sido testigo». A través del *Vancouver Holocaust Education Centre*, que cofundó con el doctor Robert Krell, se organizó un evento en el que Robbie fue uno de los primeros niños supervivientes de Buchenwald en hablar públicamente, si no el primero, y en describir sus experiencias como niño durante el Holocausto.

Robbie se acabó convirtiendo en un ponente querido y reconocido en todo el mundo, y a menudo hablaba junto a Leon Bass, un soldado afroamericano que estaba con el Batallón de Ingenieros de Combate 183 que llegó a Buchenwald tras la liberación para ofrecer apoyo y suministros. Gracias a su activismo, Robbie ha recibido numerosos reconocimientos por su labor humanitaria, como el *Canadian Governor General's Caring Canadian Award* en 2013. En 2018, Robbie recibió un doctorado *honoris causa* en derecho por la Universidad de Victoria.

Robbie se ha convertido en mentor de otros supervivientes de genocidios, como el de Ruanda. También es observador honorario en la *Truth and Reconciliation Commission*, una comisión creada en 2008 para analizar el impacto a largo plazo que tuvo el sistema escolar residencial para amerindios de Canadá en los indígenas canadienses y sus familias.

Robbie disfruta de sus charlas con estudiantes de secundaria, sobre todo con los de las Naciones Originarias. Muchos jóvenes se sienten identificados con la historia de Robbie sobre la separación de su familia y la alienación de su cultura y su legado. Les resulta especialmente valioso el hecho de que encontrara sentido para seguir adelante ante las más terribles atrocidades.

Cuando Robbie no está viajando o dando charlas, le gusta pasar tiempo con su creciente familia y sus seres queridos, sobre todo con sus dos nietas, Ava y Kiera. Siguió teniendo contacto con Jane y Jean durante el resto de sus vidas, y continúa manteniendo una relación cercana con sus hijos y nietos.

Sobre la OSE

Intelectuales y doctores judíos de San Petersburgo, Rusia, fundaron la *Œuvre de Secours aux Enfants* (OSE) en 1912. La organización se llamó entonces *Obshchestvo Zdravookhraneniia Yevreyev* (Organización para la protección de la salud de la población judía, u OZE). El objetivo original de la OZE era ofrecer tratamientos médicos a las comunidades judías que habían sobrevivido a las masacres en Rusia, conocidas como pogromos.

En 1917, a partir de la Revolución rusa, también conocida como revolución bolchevique, la OZE pasó a asistir a las comunidades judías de Polonia y de otros países del este que limitaran con Rusia. En 1922, durante el mandato de su primer presidente, Albert Einstein, la OZE se convirtió en una red de grupos que trabajaban en numerosos países, con sede en Berlín. Allí, la organización pasó a conocerse como la «Union OSE».

A raíz de la persecución nazi en Alemania, la sede volvió a trasladarse a Francia y adoptó el nombre de *Œuvre de Secours aux Enfants* (OSE).

Durante la Segunda Guerra Mundial, la misión de la OSE fue salvar a niños judíos. A través de una intrincada red de colaboradores, la organización fue capaz de trasladar a niños judíos de otros países europeos hasta Vichy, la zona no ocupada al sur de Francia. Allí, la OSE gestionaba catorce hogares infantiles, financiados en gran parte por la *United Jewish Appeal* y el *Joint Distribution Committee*. Trabajando para la OSE y directamente en esos hogares había doctores, psicólogos y trabajadores sociales judíos, que habían sido expulsados de sus carreras profesionales y amenazados por los nazis con su deportación a campos de exterminio.

Cuando los nazis estrecharon el cerco sobre los judíos de Francia y tomaron el control del territorio de Vichy en 1942, las familias judías francesas comenzaron a dejar a sus hijos también al cuidado de la OSE. La OSE diseñó una compleja red clandestina que se encargaba, entre otras cosas, de falsificar documentos para introducir a los niños en países neutrales, como Suiza y España. Se estima que, durante la guerra, la OSE salvó a más de mil doscientos niños.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la OSE suiza recibió un telegrama del comandante de las tropas estadounidenses que habían liberado Buchenwald: «Hemos encontrado a mil niños judíos en

Buchenwald. Tómense acciones inmediatas para evacuarlos». La OSE tardó algo más de dos meses en trasladar a los 427 niños más pequeños desde Buchenwald hasta Francia.

Los niños de Buchenwald, como se los llegó a conocer, fueron la concentración más numerosa de huérfanos judíos que dejó el Holocausto. De nuevo, y apoyándose en académicos, sanitarios, artistas y psicólogos judíos, la OSE trató de ofrecer a aquellos muchachos el cuidado médico y psicológico que necesitaban para reintegrarse en la sociedad. Una parte de los servicios que ofrecía la OSE a los niños era la de asignarles un mentor, generalmente adultos, así como educación, enseñanza de lenguas y, lo más importante, cuidados básicos, como higiene, una dieta equilibrada y cuidado personal. Al principio, algunas personas relacionadas con la OSE no creyeron que los muchachos pudieran llegar a superar sus traumas y convertirse en ciudadanos funcionales de la sociedad.

Los niños de Buchenwald acabaron dejando a todo el mundo con la boca abierta.

Cronología

Enero de 1933: Adolf Hitler, líder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán o Partido Nazi, que es como más se lo conoce, es nombrado canciller de Alemania. La plataforma del Partido Nazi lucha por reforzar al pueblo germánico, refiriéndose a los alemanes como la raza aria o superior. Para proteger la pureza de la raza aria, los no arios y los arios considerados inferiores por sus problemas físicos o mentales son el blanco de exclusiones y, en última instancia, de matanzas. Los judíos y los socialistas, a quienes Hitler consideraba los dueños de Alemania, fueron otros de los blancos principales.

27 de febrero de 1933: los nazis queman el *Reichstag* (el Parlamento) de Berlín y culpan a los comunistas, lo que provoca un estado de emergencia y que se arrebaten numerosas libertades civiles a la población alemana.

Marzo de 1933: los nazis empiezan a construir campos de concentración en Alemania para recluir a presos políticos, sobre todo comunistas, criminales y otros enemigos del régimen.

Marzo de 1933: a partir del estado de emergencia, el Parlamento alemán aprueba una ley que le otorga a Hitler poderes propios de un dictador.

Abril de 1933: las tiendas y los negocios judíos sufren boicot. También se prohíbe a los judíos participar en las artes, poseer tierras o dirigir periódicos.

1934: los judíos de Alemania tienen prohibido participar en política, acceder al sistema nacional de salud y ejercer como abogados o jueces.

Agosto de 1934: el presidente alemán, Paul von Hindenburg, muere. Poco después, Hitler se convierte en *Führer* de Alemania, lo que termina de consolidar su dictadura y régimen fascista.

15 de septiembre de 1935: el partido nazi implementa las Leyes de Núremberg, que marginan y excluyen a los judíos del Estado y la

sociedad alemanes.

7 de marzo de 1936: los nazis emprenden sus planes de expansión y ocupan Renania, en lo que hoy sería el oeste de Alemania. En el Tratado de Versalles, firmado después de la Primera Guerra Mundial, Renania había quedado bajo control francés.

12 y 13 de marzo de 1938: las tropas nazis entran en Austria. Austria firma un acuerdo de unión con Alemania.

15 de octubre de 1938: las tropas nazis ocupan Sudetenland, una zona germánica situada a lo largo de la frontera checa que, en aquel momento, estaba anexionada como parte de Checoslovaquia.

9 y 10 de noviembre de 1938: en Alemania tiene lugar la *Kristallnacht* o la noche de los cristales rotos, también conocida como los pogromos de noviembre, una masacre dirigida a aniquilar a la población judía. Se destruyen más de doscientas cincuenta sinagogas judías, así como hogares, hospitales y escuelas. Se derriban miles de negocios judíos, y treinta mil judíos acaban en campos de concentración alemanes. Se empieza a enviar a los judíos a los campos de concentración construidos en Alemania.

15 y 16 de marzo de 1939: las tropas nazis toman Checoslovaquia.

1 de septiembre de 1939: los nazis invaden Polonia, el país europeo con la población más numerosa de judíos, alrededor de 3,35 millones.

3 de septiembre de 1939: Gran Bretaña y Francia declaran la guerra a Alemania, pero no intervienen para asistir al ejército polaco en su lucha contra los nazis.

Mediados de septiembre de 1939: se firma un pacto entre Alemania y la Unión Soviética, encabezada por el líder soviético Iósif Stalin, en el que las tropas soviéticas se comprometen a no atacar a Alemania durante la ocupación de Polonia a cambio de controlar el este del país. El Ejército Rojo de la Unión Soviética invade Polonia por el este. Los nazis y los soviéticos dividen Polonia en dos naciones. Los nazis asesinan a los judíos y a los polacos con cargos políticos, judiciales o universitarios, así como a escritores, músicos y otros artistas que pudieran organizar movimientos de resistencia.

1940: se forman los guetos en las zonas de Polonia controladas por los nazis. Se obliga a millones de judíos a trasladarse a esos barrios,

muchos de los cuales acabarían rodeados de cemento y vallas electrificadas con alambre de espino. A los judíos de Polonia se les niegan prácticamente todos los derechos y se los obliga a vivir a base de raciones y a sobrevivir con unos pocos cientos de calorías al día.

10 de mayo de 1940: los nazis invaden con éxito los Países Bajos, Bélgica y Francia.

22 de junio de 1940: en el armisticio entre Francia y Alemania, se divide Francia en una zona libre al sur y una zona ocupada por los alemanes al norte.

Verano de 1940: el *Kommandant* de Auschwitz, Rudolf Höss, recibe el aviso de que su campo de concentración ha sido escogido para implementar la solución final de la cuestión judía (o cómo matar a todos los judíos de la Europa continental). Se probará el gas Zyklon B en Auschwitz para su uso en la masacre de judíos.

7 de octubre de 1940: los nazis invaden Rumanía.

Noviembre de 1940: Hungría, Rumanía y Eslovaquia pasan a ser aliadas de los nazis.

Finales de junio de 1941: Hitler rompe el pacto de no agresión germanosoviético y ataca territorio soviético, como zonas de Polonia ocupadas por la Unión Soviética.

Agosto de 1941: la Unión Soviética permite que los ciudadanos polacos combatan en el Ejército Rojo. En la Unión Soviética, los restos del ejército de Polonia se reagrupan.

Enero de 1942: los judíos de Francia y Eslovaquia son deportados a Auschwitz-Birkenau, el campo de concentración alemán en la Polonia ocupada.

Mayo de 1942: en Birkenau tiene lugar la primera «selección» de judíos por parte de los nazis. Aquellos elegidos son sentenciados a muerte.

A lo largo de 1942: los judíos franceses, holandeses, belgas, alemanes, noruegos y croatas son enviados a Auschwitz-Birkenau, junto con los romaníes. Los judíos de Polonia también son trasladados a otros campos de la muerte nazis, como Treblinka, que abre sus puertas el 23 de julio de 1942.

29 de enero de 1943: los nazis ordenan que todos los romaníes sean enviados a los campos de concentración y asesinados.

Marzo de 1943: los judíos de Grecia son enviados a Auschwitz-Birkenau y asesinados.

9 y 10 de julio de 1943: las tropas aliadas desembarcan en Sicilia.

3 de enero de 1944: las tropas rusas, conocidas como el Ejército Rojo, comienzan a expulsar a Alemania de Polonia.

19 de marzo de 1944: los nazis ocupan Hungría. Aproximadamente 440.000 judíos húngaros son deportados a Auschwitz-Birkenau. Se asesina a más del 80 % nada más llegar.

6 de junio de 1944: Día D, el día en que los aliados desembarcan en Normandía y comienzan los esfuerzos por liberar Francia y, a continuación, expulsar a los nazis de Alemania.

24 de julio de 1944: las tropas soviéticas, hostigando a los alemanes desde el este, liberan el primer campo de concentración en Majdanek, Polonia.

Agosto de 1944: los alemanes pierden el dominio de Francia.

A lo largo de 1944 y 1945: a medida que las fuerzas aliadas avanzan por el oeste y el Ejército Rojo por el este, los nazis llevan a cabo «marchas de la muerte» con los supervivientes de los campos de concentración alemanes en la Polonia ocupada. Transportan a Alemania a los sanos y capaces de trabajar como mano de obra esclava.

27 de enero de 1945: las tropas rusas liberan Auschwitz.

4 de abril de 1945: el ejército estadounidense libera Ohrdruf, un campo secundario de los campos de concentración de Buchenwald en Alemania.

11 de abril de 1945: los estadounidenses liberan Buchenwald. El ejército estadounidense se asombra al encontrar a más de mil muchachos menores de dieciocho años. Estos chicos forman el mayor grupo de niños judíos supervivientes.

Finales de abril de 1945: a los doctores que llevan a Buchenwald les preocupa que los chicos no se recuperen nunca de los traumas de lo que han vivido. Un doctor cree que los muchachos, dada su frágil salud física y mental, no pasarán de los cuarenta años.

7 de mayo de 1945: Alemania se rinde.

Principios de mayo de 1945: un convoy de camiones con más de doscientos cincuenta niños de Buchenwald, los de mayor edad, parte hacia Praga, y los muchachos emprenden el viaje de vuelta a sus hogares en Checoslovaquia, Hungría y Rumanía.

15 de junio de 1945: la *Œuvre de Secours aux Enfants*, u OSE (la organización de apoyo a la infancia judía que, durante la ocupación alemana de Francia, había ocultado y rescatado a miles de niños judíos franceses), recibe un transporte con 427 niños de Buchenwald en Francia. La OSE pretende rehabilitar a los niños de Buchenwald, ayudarlos a buscar a los miembros supervivientes de su familia y ofrecer apoyo a los que no tengan adónde ir. Más tarde, unos doscientos cincuenta niños de Buchenwald son trasladados a Suiza, donde recibirán la ayuda de la Cruz Roja suiza.

Finales de la década de 1940: a la matanza masiva de judíos se le llama Holocausto y se trata como un genocidio, el intento de un grupo de personas de aniquilar a otro grupo de personas.

Agradecimientos

Son muchas las personas y las organizaciones que me han inspirado para compartir mi historia. Sin embargo, y por encima de todas las demás, este libro no habría sido posible sin el apoyo y los esfuerzos de mi difunta mujer Gloria, que nunca dejó de defenderme, pasara lo que pasara. Era el amor de mi vida y mi confidente, y la primera persona con quien compartí historias de mi pasado que aún le ocultaba al mundo. Me animó y ofreció la confianza necesaria para acabar haciéndolas públicas. Le estaré eternamente agradecido y espero que sonría desde los cielos al ver estas memorias materializarse al fin. TE QUIERO más de lo que puedo expresar con palabras.

A mis hijos, Arlaina y Howard, quiero expresarles mi gratitud, amor y agradecimiento por su apoyo y sus ánimos. Y a mis nietas, Ava y Kiera, a mi yerno, Ian, y a mi nuera, Cheryl, por haberme ayudado a lo largo de mi camino hacia la luz. Con vosotros a mi lado, mi vida vuelve a estar completa. Sé que mi madre y mi padre están sonriendo en algún lugar.

Y debo darles las gracias a otras muchas personas, porque sin ellas no habría sido capaz de presentar el testimonio de las vilezas del ser humano ni del triunfo posterior. En primer lugar, a todos los chicos de Buchenwald, entre ellos a mis hermanos, los más cercanos: Abe, Salek, Marek, Joe y todos los demás. Nuestro vínculo es irrompible. Y a mi amigo y compañero de Buchenwald Elie Wiesel, quien iba a escribir el prólogo de estas memorias, pero, por desgracia, falleció en 2016. Elie era una mente brillante cuya inteligencia, escritura y pertinentes preguntas deberían hacer pensar a todas las personas que se consideren humanas. Te echamos mucho de menos. La fuerza para superar lo inimaginable es el testamento de nuestra resiliencia. Todos vosotros formáis parte de mí y fluis con la sangre de mis venas. Huelga decir que nuestra reinserción en la sociedad no habría sido posible sin los cuidados del equipo y los voluntarios de la *Œuvre de Secours Aux Enfants* (OSE). El equipo y la mayoría de los voluntarios fueron de los pocos que creyeron en nosotros en aquel momento. Uno de los voluntarios, Manfred Reingwitz, se convirtió en mi ángel de la guarda, en mi mentor, y a través de numerosas conversaciones me ayudó a derrotar a mis demonios y convencerme de que podía volver a vivir.

Gracias a Michel y su esposa, Bridgette Renaud, Isabelle y Claude

Renaud y a Jane y Jean Brandt por ayudarme a volver a ser humano. Me ofrecisteis amor, apoyo e incontables oportunidades, que, sin vosotros, no habría sido capaz de experimentar. Tenéis toda mi gratitud. Sin marcharnos de Francia, gracias a Jacques y Henri, a su madre, Ruchla Mydlarski, y a Dora Florence. Jacques y Henri me ofrecieron su amistad después de la guerra, primero como chicos y ciudadanos franceses de mi edad y, como descubrimos más tarde, como primos de sangre. *Merci*. Sin vosotros, no estaría aquí para contar mi historia.

Gracias a la familia Goresht, quienes me acogieron en su hogar en Canadá sin que yo supiera ni una palabra de inglés y me ayudaron a comenzar de nuevo y a tener una vida con la que jamás habría podido soñar. También me gustaría darles las gracias a los miembros de la directiva, al equipo, a los voluntarios y a los supervivientes del *Vancouver Holocaust Education Centre*, un centro que cofundé con mi queridísimo amigo Dr. Robert Krell en 1994. Juntos hemos creado un legado duradero que continuará luchando contra el racismo bajo la bandera del «nunca más»; es decir, que la historia no vuelva a repetirse. Fue Robert quien se puso en contacto conmigo y me convenció para combatir el odio mediante actos públicos. Montó una plataforma para organizar simposios y charlas que pudieran alcanzar a muchas mentes jóvenes.

Y hablando de injusticias, incluso mi precioso Canadá, uno de los países más tolerantes e inclusivos del mundo, tiene un vergonzoso pasado de maltratos a sus propias comunidades indígenas, japonesas y panyabí. Las comunidades de las Naciones Originarias me han invitado a compartir mi propia experiencia con sus gentes al considerar que guardaba relación con la subyugación sistémica que han sufrido, y me honra que me hayan ofrecido participar como observador en la *Truth and Reconciliation Commission*. Esta comisión se creó para investigar las injusticias que padecieron los jóvenes indígenas en las escuelas residenciales para amerindios, que rompieron familias y trataron de destruir su cultura. La comunidad indígena también me ha inspirado y ayudado como individuo a intentar arrojar luz sobre la oscuridad y, en última instancia, a escribir este libro.

También quiero darles las gracias a los siguientes profesores de la Universidad de la Columbia Británica: Dr. Graham Forest, Dr. Chris Friedrichs, Dr. Richard Menkis y Kit Krieger; así como a los numerosos profesores de secundaria de Canadá y Estados Unidos, que me han ofrecido un altavoz con el que compartir mi historia con sus estudiantes. Quien olvida su pasado está condenado a repetir su historia, y, desgraciadamente, cada vez hay menos jóvenes conocedores del Holocausto.

Gracias, también, a Leon Bass. Leon formaba parte de la unidad afroamericana del ejército de Estados Unidos que entró en Buchenwald poco después de la liberación. La voluntad de Leon para concienciar sobre los horrores de la liberación de Buchenwald, sumada a sus propias experiencias de discriminación como hombre negro en Estados Unidos y su ejército, ha permitido que muchos corazones y muchas almas comprendan que el sufrimiento y la degradación no están circunscritos a ningún color ni religión.

También debo darles las gracias a Steven Spielberg y al equipo y voluntarios de la *Shoah Foundation*, quienes, con gran diligencia, se han encargado de recoger los testimonios de supervivientes y han dedicado tiempo a incluirme con todos los demás. A lo largo de los años he conocido a muchísimas personas increíbles, con las que me he reunido para que compartieran sus historias de opresión. Recientemente, doy las gracias por haber conocido a un joven magnífico, Eloj Butera, que sobrevivió al genocidio de Ruanda en 1994, cuando tenía diez años. Como yo, él también sufrió un dolor y unas pérdidas irreparables, pero también ha encontrado la fuerza para salir adelante en Canadá. Su terrible experiencia me recordó que la humanidad tiende a repetir los errores del pasado y que debemos continuar con el importante mensaje de amor y compasión para luchar contra el odio.

También querría dar las gracias a Aaron Eichler de Calgary, superviviente y amigo, por su inspiración temprana como educador sobre el Holocausto. Sería un descuido por mi parte no reconocer lo mucho que me inspiraron también Jack Kuper, buen amigo, escritor y niño superviviente, y su esposa, Terry.

En 2002 se estrenó el documental *Boys from Buchenwald*, producido por David Paperny Films y la *National Film Board de Canadá*. La película sigue los pasos de algunos de nuestros viajes desde Buchenwald hasta Écouis, y hasta los lugares a los que acabamos emigrando. Gracias a todas las personas involucradas por recordar lo que ocurrió.

Uno de los individuos que fueron indispensables para que yo rompiera mi silencio fue un desacertado profesor de secundaria: James Keegstra, de Eckville, Alberta. El señor Keegstra enseñaba a los estudiantes que el Holocausto jamás sucedió, y que no era más que una conspiración y una invención de los judíos. Después de recibir noticia de aquellas detestables enseñanzas, comencé a ofrecer mi testimonio y a hablar en público. En ese sentido, quiero dar las gracias a Canadá por reconocer que la libertad de expresión es una de las piedras angulares de la democracia, pero también exige responsabilidad. Me siento muy agradecido de haber sido bien recibido en un país con valores y ética, y en el que falsear o

distorsionar la historia y la verdad tiene sus consecuencias. También debo agradecer a Canadá que abriera sus puertas y nos diera la bienvenida tanto a mí como a otros supervivientes para poder comenzar una vida nueva.

Y por último, pero no menos importante, quiero expresar mi más sentido agradecimiento a Susan McClelland, por la magia que ha puesto insuflando vida a mi historia. Su dominio del lenguaje y su habilidad para pintar suntuosas imágenes con palabras están mucho más allá de mis propias capacidades. Me ilusiona y honra que decidiera colaborar en mis memorias.

ROBERT WAISMAN

Este libro no habría sido posible sin nuestra editora de Bloomsbury, Susan Dobinick, y nuestros magníficos agentes, Rob Firing de Toronto y John Richard Parker de Londres. Gracias por creer en la historia de Robbie y luchar con uñas y dientes para que se contara en todo el mundo, y no solo en América del Norte.

Este libro no habría sido posible sin nuestra editora de Bloomsbury, Susan Dobinick, y nuestros magníficos agentes, Rob Firing de Toronto y John Richard Parker de Londres. Gracias por creer en la historia de Robbie y luchar con uñas y dientes para que se contara en todo el mundo, y no solo en América del Norte.

Robbie y yo queremos darle las gracias al Dr. Robert Krell, por presionarnos, con delicadeza, para asegurarse de que esta historia se documentara, y por su concienzuda revisión del manuscrito. También estamos en deuda con Kenneth Waltzer, profesor emérito de relaciones sociales y políticas en la Universidad del estado de Michigan y el mayor experto del mundo sobre los chicos de Buchenwald. El Dr. Waltzer nos proporcionó información crucial para llenar las lagunas que pudiera haber, más de setenta y cinco años después, en la memoria de Robbie. El Dr. Waltzer también nos ofreció una revisión imprescindible y completa del manuscrito, en aras de la precisión. Gracias también al Dr. Piotr Wróbel, catedrático Konstanty Reynert de Historia de Polonia en la *Munk School of Global Affairs* de la Universidad de Toronto, con quien trabajé codo con codo para comprender las complejidades de la sociedad polaca bajo el yugo nazi. Y gracias también a la *Œuvre de Secours Aux Enfants* (OSE) por su generosa ayuda, por permitirnos acceder a sus documentos y por ser de los pocos que creyeron en los niños de Buchenwald.

Este libro tampoco habría sido posible sin la bondad de Gloria, cuyo recuerdo sostuvo y acunó a Robbie mientras contaba esta

historia. Gloria es la espina dorsal de este libro, y su hermana, Harriet Goldenberg, psicóloga de profesión, se aseguró de que reflejáramos en condiciones el viaje desde los momentos traumáticos hasta el cierre de las heridas, de que todos encontráramos en las cicatrices una luz que volviera a guiarnos. A Howard, Arlaina y todo el clan Waisman, quienes compartieron los recuerdos sobre su padre y los increíbles ángeles que siempre lo han acompañado. Para acabar, gracias al Canada Council for the Arts por su generoso apoyo económico y su empeño en creer en la importancia de esta historia para los lectores más jóvenes; y en la importancia en un género creciente como el de la no ficción juvenil.

SUSAN MCCLELLAND